Juan Francisco Garrido Alcalde

NACIDOS del AMOR

4ª edición

Ponemos a su disposición este libro con la esperanza de que la lectura del mismo aumente la fe en sus lectores y, en la medida de lo posible, sirva para acercar a las almas a Dios, sobre todo en momentos de dificultad.

O R I G I N A L
revisado

NACIDOS DEL AMOR

JUAN FRANCISCO GARRIDO ALCALDE

Febrero 2013

[TEXTO UTILIZADO EN LA CUARTA EDICIÓN]
de
Nacidos del amor

Cuarta edición: Marzo 2012
Editado: AACHE EDICIONES
I.S.B.N.: 978-84-96885-77-6
Depósito Legal: GU-116/2009

(Corregido: 2 de febrero 2013)
==========

A mi mujer, a mis hijos y nietos,
y a la memoria de mis padres
y de Francis, mi hijo.

El Señor al que ama, le castiga;
y a cualquiera que recibe por hijo
le azota, “y le prueba con adversidades”.
(Hebreos,XII, 6)

El que quiera venir en pos de Mí,
niéguese a si mismo, tome su cruz;
y sígame.
(San Marcos, VII, 34)

Carísimos, amémonos los unos a los
otros , porque el amor procede de Dios.
Y todo aquel que ama, es hjo de Dios,
y conode a Dios.
(San Juan, Ep. I, IV, 7)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 2

CAPÍTULO I 4
Fin de semana en el pueblo

CAPÍTULO II 45
Adolescencia y juventud de Luisita

CAPÍTULO III 67
Matrimonio de Luisita

CAPÍTULO IV 83
Desde tierras amazónicas

CAPÍTULO V 111
La fortaleza de la fe y el amor

EPÍLOGO 136

NOTA FINAL 140

NACIDOS DEL AMOR

INTRODUCCIÓN

Contemplamos cómo en la sociedad actual, aparentemente, existen ciertas tendencias que tratan de desvirtuar la dignidad y la condición moral de la mujer, convirtiéndola en objeto de placer y deseo, olvidando o menospreciando su excelsa condición de madre, sin tener en cuenta que cuando la mujer se "corrompe" moralmente, con ella se corrompen los hijos, la familia, la sociedad y los pueblos. Por esta razón, pretendemos, en la medida de lo posible, hacer un pequeño elogio o exaltación a los valores éticos, morales y espirituales de la mujer, y a la dulzura y fortaleza de su amor; sabiendo también que su capacidad de sufrimiento es -salvando excepciones- superior a la del hombre, y mucho mayor cuando se apoya en la fe de Cristo, en la máxima disposición de amor y entrega a Dios. Por todo esto y por mostrar, de alguna manera, cómo soportar o vencer la adversidad o dificultades -que la vida más temprano o más tarde a todos nos depara-, me dispuse a escribir NACIDOS DEL AMOR, confiando en que el "mensaje" de este sencillo libro pudiese transmitir al lector todo el sentimiento y cariño con el que ha sido escrito.

En NACIDOS DEL AMOR, se narra la historia de Luisita -la protagonista principal de este profundo y emotivo relato-, desde sus diez años hasta los veintisiete; mostrando, con su comportamiento y con su vida, la pureza de sentimientos, la alegría de vivir y el vencimiento del dolor, haciendo un derroche de fe y de amor... a pesar de las adversidades que, inesperadamente, tiene que afrontar en plena juventud.

Pudiéndose deducir o extraer de sus páginas varias lecturas. En ciertas ocasiones o circunstancias, podría ser como un libro de autoayuda, sobre todo en aquellos momentos en que las "tempestades" de la vida impiden contemplar la belleza del Horizonte. En sus páginas, también se refleja cómo el amor en el matrimonio se fortalece aún más, si cabe, cuando se fundamenta en el amor de Dios y, de ese modo, es transmitido a los hijos, incluso antes de haber nacido. Lo cual, no pocos padres, no pudimos transmitir por falta de fe y confianza en Dios.

Si la lectura de las siguientes páginas, lograra hacer reflexionar, o al menos entretener, a quienes tengan la paciencia de leer, a modo de cuento o historieta, este relato que a continuación presentamos, habremos conseguido el propósito que pretendemos.

Cualquier semejanza o parecido que pudiese darse con algún caso real, en cuanto a situaciones o personajes referidos a continuación, sería fruto de la casualidad o pura coincidencia; exceptuando la Legión de María, dirigida por D. Manuel Palero, en el Hospitalillo de Antezana en Alcalá de Henares (MADRID)

El autor

CAPÍTULO I

Fin de semana en el pueblo

Transcurría la tercera semana del mes de las Flores o mes de Mayo, con un tiempo que invitaba a salir al campo a contemplar la maravilla de la Creación, en su máxima expresión de luz, vida y belleza; cuando Juan le propuso a Luisita, el ir a pasar el fin de semana a la casa del pueblo. Ella, sabiendo que a su marido le encantaba el campo, accedió muy gustosa; y también, porque el volver a su pequeño pueblo, situado en la Sierra del Alto Rey, en la provincia de Guadalajara, en el que ella había nacido y vivido los primeros años de su infancia y bastantes veranos después, la llenaba de gratos recuerdos, y así podía visitar la sepultura de sus fallecidos padres, a los que no podía olvidar. También visitaba la tumba de sus abuelos maternos en la que, en su descanso eterno, se hallaba su hermana Elena, dos años mayor que ella, fallecida a los quince años, atropellada por un coche en una calle de Alcalá de Henares (Madrid).

Luisita, por su intuición femenina y por los tres años de noviazgo y cuatro de matrimonio, conociendo a Juan, intuía que su querido marido, como ella decía, algo la quería decir o comentar en el calmoso ambiente de aquel pueblecito serrano. Pero ella, que por su natural dulce y agradable, rezumaba o transmitía paciencia y serenidad, nada hacía ni decía que a Juan, el amor de su vida, pudiese importunarle o inquietarle.

Sobre las siete y media de la tarde del viernes de aquella tercera semana de mayo, llegó el enamorado matrimonio a la casa en la que Luisita había nacido y vivido hasta la edad de diez años. La casa era amplia, de una sola planta, con amplio jardín en la entrada y rodeado por una verja de hierro. El jardín lo cuidaba un tío de Luisita ya jubilado, hermano de la madre de ésta, cuya mujer cuidaba y limpiaba dicha casa de vez en cuando. Enchufaron el frigorífico, en el cual metieron los alimentos que pensaban consumir durante aquel fin de semana.

Dieron una vuelta por todas las habitaciones; comprobando los grifos del agua de la cocina y del servicio o aseo. Salieron al patio trasero, muy bien

cuidado por los tíos, en el que había un membrillo que, por las heladas tardías que se daban en aquella sierra, algunos años no tenía fruto. Este membrillo era contemplado por Luisita con mucho cariño, por haber sido plantado por su fallecido padre con la "ayuda" de su hermana Elena y de ella, cuando contaban con diez y con ocho años de edad, respectivamente.

Después de haber dado la vuelta por toda la casa, salieron de ella para contemplar la "puesta" del Sol, ya que el cielo estaba claro y transparente, y desde aquellos parajes, subidos en algún montículo o cerrete, las vistas eran impresionantes. Cuando no habían andado cuarenta metros, vieron venir hacia ellos a la tía Justa, que había sido la madrina en el bautizo de Luisita, a la que ésta quería como a una madre. Después de Justa, y avisados por la otra tía que cuidaba la casa, acudieron otros familiares y vecinos de aquel pueblecito serrano a saludarles con muestras de sincero cariño, por el buen recuerdo que en el pueblo habían dejado los difuntos padres de Luisita, y porque la simpatía, la pureza del alma y la belleza de ésta cautivaba a todos. Tanto es así que, al final, se perdieron ver como el disco solar se "escondía" entre aquellas montañas serranas.

Decidieron salir del pueblo y dar un paseo por sus alrededores que, aunque sin Sol, eran maravillosos y transmitían paz y sosiego al cuerpo y al alma. Entre tanto, Luisita, agarrada del brazo de su querido esposo; unas veces en silencio y otras hablando. Él lamentaba haberse perdido la "puesta del Sol" que con tanta ilusión contemplaba cuando podía.

- No te preocupes, Juan –dijo ella-, mañana lo veremos, y tendremos que subir hasta la piedra de "nuestro secreto", que hace mucho tiempo que no hemos estado allí ¿no te parece?. Ya sabes, es un lugar encantador…

Esto último lo dijo con toda intención, a la vez que observaba a Juan un tanto retraído; a lo que él contestó:

- Como tú quieras… Es verdad, hace mucho que no hemos estado allí. ¡Es un maravilla poder disfrutar de la paz de este lugar y contemplar estos impresionante paisajes serranos, disfrutando de tu compañía!

Cuando Juan terminó de hablar, según iban paseando, sintió un íntimo deseo de soltarse del brazo de su querida serrana, para abrazarla y besarla; no obstante, con cierto sentimiento doblando el cuello la besaba en la mejilla, lo que ella agradeció, dándole un fuerte apretón con las dos manos en el brazo al que iba agarrada.

Entraron en el pueblo siendo casi de noche. En las puertas de algunas casas había sentados vecinos de cierta edad, tomando el fresco, en corrillos de cuatro o más personas, que sonreían al verles pasar, viéndoles tan jóvenes,

tan bien puestos y enamorados, a lo que Juan y Luisita correspondían dándoles las buenas noches o hasta mañana. Comentando que en el pueblo casi todos los vecinos eran mayores. Llegaron a casa, disponiéndose a cenar de fiambre, por no hacer cena a esas horas.

Juan, diciendo estar cansado quería acostarse, en tanto que Luisita prefiriendo evocar recuerdos de otros tiempos, le convencía para que saliera con ella al jardín de la entrada, para "disfrutar" de la serenidad de la noche y a contemplar las estrellas que, en aquellas latitudes, tienen un brillo especial.

- Mira, desde aquí -señalando el suelo en el jardín-, tumbados en una manta, mi hermana y yo con mi padre, una a cada lado suyo, contábamos las estrellas y las poníamos nombres, y nos enfadábamos porque una a otra nos quitábamos las estrellas -así decía ella, sentados en uno de los poyos de piedra que la casa tenía, uno a cada lado de la puerta del jardín o entrada principal.

Cuando terminó de hablar, después de un breve silencio; él, viendo que su mujer se ponía triste, sumiéndose en los recuerdos de sus desaparecidos seres queridos, echándole un brazo por los hombros y besándola en la cara, procurando dar a sus palabras un tono de dulzura:

- Tan jóvenes y ya cargados de recuerdos. Mirando a un mañana incierto, con unas ilusiones y aspiraciones que no se cumplen, soportando situaciones inesperadas. La vida es bella e ingrata a la vez; en multitud de ocasiones viviendo para sobrevivir, y después ¿qué queda?

- Queda la vida eterna, queda el amor -sentenció Luisita-. Mientras yo siga amando a mis padres, a mi hermana Elena y a mis abuelos difuntos, ellos seguirán viviendo en mí. Sólo están muertas las personas que no tienen quien les ame, las que no supieron o no quisieron amar y las que no amaron a Dios y vivieron depreciando su inmenso Amor. Sí, sólo el amor es vida. Sólo el amor, da y crea vida. Hay muchas personas tristes porque carecen del más preciado de los dones que no es otro que el amor a Dios y a los hombres. Sí, mi querido Juan, de esto hemos hablado muchas veces y es en lo único que no nos ponemos de acuerdo. Me escuchas con paciencia, por lo mucho que me quieres; te lo agradezco con todo mi corazón. Vi destrozada y tirada en el suelo a mi hermana Elena, he visto morir a mi madre, y de qué manera, y a mi padre. También mis abuelos a los que adoraba. –Por unos instantes, ella callaba, recordando a sus seres queridos-. Casi a diario estoy viendo dramas familiares en esos niñitos que casi nunca ríen, y hago todo lo posible y lo imposible para darles amor, y cuanto más amor doy, tanto más recibo. Por ello, todos los días le pido a Dios que haga de mi corazón un inagotable

manantial de amor, para ofrecérselo a El y a los hombres, mis hermanos. Y nunca me ves triste, nunca me oyes lamentarme; si tengo que llorar, lloro en silencio, entregándome a mi Dios, que también es tuyo, aunque no lo quieras admitir, y tengo por lema eso de: "Vive amando,/ ama sufriendo,/ sufre callando,/ pero siempre sonriendo".

Entre tanto, Juan seguía con su brazo sobre los hombros de su mujer que, una vez más, con profundo sentimiento, había dado suelta a ese torrente de amor que llevaba dentro de todo su ser. Sin dejarla de mirar, con una sonrisa en sus labios y con cara de satisfacción:

- Sigue así, no cambies nunca, mi querida serranita, pase lo que pase, no cambies nunca. Ese fuego que llevas dentro de todo tu ser, cada día te hace estar más bonita y más hermosa. Te quiero, Luisi, te adoro y te amo con toda mi alma. ¡Eres mi ilusión… tú eres mi vida!

Levantándose del poyo de piedra de aquella casa cercana al Alto Rey, agarrando a su mujer de las manos, la levantaba del poyo de piedra; tomándola por la cintura con sus dos manos, la besaba con un pausado beso en la boca, diciendo Luisita:

- Basta, ¡Estás loco...!

- Sí, estoy loco por tu cuerpo serrano y por ese corazón de oro que se refleja en esta cara de quinceañera llamada Luisita, mi amor -ésto lo decía Juan, unido a ella sin soltarla de la cintura, y seguía-. Nos acostamos, ¿o nos ponemos a contar estrellas?

Ella, no queriéndose soltar de los brazos de Juan, con su pie buscó la espinilla de él para darle un cariñoso puntapié, abrazándose más fuertemente al cuello de él, con su boca junto al oído de su esposo, en tono bajito y dulce:

- Lo mejor que me ha ocurrido en mi vida, ha sido casarme contigo. Te quiero y te querré por toda la eternidad. ¡Porque tú eres el amor de mi vida y nunca dejare de amarte!

Ante esta situación o actitud amorosa de los dos esposos, él pensó que Luisi -así la llamaba en los ciertas ocasiones-, no se había dado cuenta de que él, de un tiempo a esta parte, andaba preocupado por algo, y, por ello, poco comunicativo. Bien poco conocía él, que aquella, a la que por mujer tenía; siempre estaba pendiente de él, de sus acciones y reacciones, dándose cuenta de que algo estaba silenciando o más bien ocultando. No obstante, en su paciente discreción, ella sabía esperar sin manifestar inquietud, a la vez que, por su fortaleza interior, no se derrumbaba fácilmente a pesar de su porte juvenil, de la pureza de sus sentimientos y de su angelical semblante, sin imaginar él de dónde le procedía tal fortaleza.

Amaneció el siguiente día, sábado, arreglaron la casa, después de haber desayunado, salieron al patio, dando unas vueltas por el jardín, regando algunas plantas, quitando algunas hierbas de muy pocos días; pues, el tío Julián lo tenía bien cuidado; así, la feliz pareja allí se entretenía hasta que:

- Oye, Juan, ¿no teníamos que subir hoy hasta la piedra de "nuestro secreto"? En eso creo que quedamos ayer; hace un día estupendo para pasar la mañana por aquellos parajes.

- Ya no me acordaba; pero si quieres… vamos.

Decía él con tono despreocupado y como con cierta desgana, que ella captó en la respuesta.

- Pues, ¿a qué esperamos? Preparémonos, tomemos agua, algún bocadillo y fruta, y hacia la piedra de "nuestro secreto".

Decía ella en tono alegre y con cierta intención.

- Esta chica levanta el ánimo al más "pintado".

Esto decía él como murmurando, sin que ella lo oyese.

Lo que ellos llamaban la piedra de "nuestro secreto", era una piedra que, en un cerrete, sobresalía de la tierra como si hubiera sido colocada a propio intento para sentarse dos personas. Estaba a unos veinte o veinticinco minutos del pueblo, según el paso más o menos ligero que se llevase. Desde aquel lugar se divisaban, tanto de cerca como de lejos, unas vistas o paisajes impresionantes.

Calzados con unas deportivas, equipados con ropa cómoda y provisiones en sus dos ligeras mochilas, más los prismáticos, se fueron "de campo", como Luisita y su pandilla decían, cuando iban de merienda, en aquellos inolvidables veranos de su infancia, que pasaron para no volver.

Luisita, presentía que Juan no salía aquella mañana hacia la piedra de "nuestro secreto" con el mismo ánimo o disposición que en ocasiones anteriores; estando cada uno con su mochila en la espalda, ya en el jardín, entre los dos poyos de piedra, dispuestos a cerrar la puerta de la casa, como si algo se la olvidase, exclamó:

- Un momento, Juan, se me olvida algo –entrando en el dormitorio en el que, colgado de una pared, se hallaba un viejo cuadro con una Imagen de la Virgen de los Dolores, que había pertenecido a su abuela materna. Con su mano derecha haciendo una cruz sobre la imagen de la Virgen, al tiempo que decía: "María, Madre mía, acompáñanos". Ella volvió sonriente, mirándole a los ojos, sin decirse nada el uno al otro. Él cerraba la puerta y, seguidamente, se pusieron en marcha; ya estaba acostumbrado a estos últimos olvidos de ella y nada decía.

Era el día buenísimo para salir, con un Sol radiante, en un cielo azul, transparente y luminoso, con un suave y puro vientecillo serrano y unos veinticinco grados de temperatura; por compañera: la Naturaleza, pletórica de esplendor, en aquel mes de mayo, invitaba a soñar; pero Luisita, sabía que ella tendría que ser la protagonista o animadora para que, tan maravilloso día, fuera de la ciudad, fuese de lo más distraído y alegre posible. Así que, andando por caminos y senderos, comenzó a decirle a Juan, algunas frases alegres y palabras cariñosas, acompañadas de su singular simpatía. Al tiempo que contemplaban un maravilloso paisaje con abundante y variada vejetación, rica en arbustos, robles, fresnos, encinas…

Después, relataba sus excursiones veraniegas por aquellos caminos y senderos que ahora ellos pisaban. En aquellas salidas "de campo", como decía Luisita; la pandilla, junto a ella, la componían sus primos: Pepi y Tito, hijos de sus tíos Julián y Fermina, los que cuidaban del jardín y de la casa. Tere, Loli y Toño, éste era el menor de todos ellos, tenía cuatro años menos que Luisita; siempre le tocaba salir perdiendo, éstos eran hijos de la tía Justa, la madrina de Luisita, que ahora vivía sola en el pueblo, puesto que los tres, por razones de trabajo, estaban situados en otros lugares; su marido había fallecido dos años antes de casarse Luisita.

Caminando por aquellos andurriales, ella relataba, no sin cierta nostalgia, las peripecias de aquellas salidas al campo con sus juegos de indios y pistoleros, y de otras mil fantasías. Él, también comentaba cosas de su infancia, cuando jugaba con otros chicos en Arganda del Rey (Madríd), que de allí procedía su madre; lugar donde seguían viviendo sus abuelos maternos. Entre tanto, Juan insinuaba con ciero tonillo:

- Tu hermana Elena, también participaría en los juegos de la pandilla…

- Sí, también. Con mi prima Pepi, eran las que organizaban y disponían cómo y a qué teníamos que jugar, por ser ellas las más mayores de la pandadilla.

Los dos se miraron con una media y sonrisa. Luisita sabía y conocía la intención por la que él hacía la pregunta. Se había dado cuenta de que ella no quería mencionar tristes recuerdos. No obstante, un tanto resentida, le daba un pellizco en el costado, sonriendo con cierta complicidad.

- ¡Eres admirable!. Que bonita y preciosa estás con ese niqui, con esa gorra, y con el pelo recogido en "cola de caballo". Deberían pagarte los del niqui y la gorra, por hacerles publicidad. Hasta con ropa publicitaria y con unos vaqueros viejos, estás la mar de bonita y hermosa; eres una preciosidad, mi querida Luisi, con toda el alma, te quiero.

Según caminaban, arrimándose él a ella, echándole un brazo por los hombros a la vez que la besaba en la cara.

Lo que menos esperaba Luisita, era que su marido tuviese semejante cariñosa reacción, estando ya próximo el lugar donde querían llegar. Siendo para ella como un "balón" de oxígeno -aunque lo que menos faltaba por aquellas sierras era oxígeno- que la hizo no caber en sí de gozosa alegría, resplandeciendo su rostro de gracia, amor y ternura:

- Si pudiésemos poner tu amor en el platillo de una balanza y mi amor en el otro platillo, pesaría mucho más el mío, no lo dudes, Juan. -Volvieron a reír los dos agarrándose de la mano. Y, al momento, ya habían llegado.

Ella, habiéndose quitado la gorra, dándole el sol de lleno en plena cara, morena y sonrosada, con su brillante pelo negro, resplandeciente de alegría, parecía tener diez años menos. Él la miraba sonriendo con admiración y cariño, como si estuviese contemplando un prodigio de la Naturaleza, sobresaliendo del esplendor de la maravillosa vegetación que les rodeaba; para sus adentros se decía: "Tu cara y tu cuerpo parece como de una diosa de la mitología"; mientras ella exclamaba jubilosa:

- Hemos llegado a la piedra de "nuestro secreto". ¿Recuerdas por qué la "bautizamos" con este nombre y cuántas veces estuvimos aquí?

- Recuérdamelo tú, que te acordarás mejor que yo.

- Ay, Juan. ¿Te das cuenta, lo de la balanza y los platillos, como tengo razón? Las veces que aquí estuvimos no me acuerdo; pero lo del nombre, sí… Cuando estábamos saliendo ya en serio, como novios, algo menos de un año o así, viniste por primera vez al pueblo, a casa de mis padres, cuando ellos vivían; caminando y caminando, hasta aquí llegamos; sentados en esta piedra, tú me dijiste: "¿Quieres que nos juremos amor eterno?", y yo contesté, como se hace en la bodas: "Sí, quiero, porque eres el amor de mi vida". Esto era el primero de mayo, hacía mes y medio que yo había cumplido los veintiún años. Vinimos muy de mañana, con mis padres, y nos marchamos del pueblo después de la "puesta" del Sol, que tú quisiste contemplar; de esto hace ya seis años, ¿quieres más detalles?

Él seguía sorprendido y embelesado contemplado a su mujer. No teniendo por menos que, agarrándola de las manos, decirle:

- Eres una bendición que ha caído sobre mí. Sigue así. No cambies nunca, mi querida Luisi, eres un encanto de criatura.

Después de quitarse la mochila de la espalda, se sentaba sobre la piedra, a la vez que pasándose la mano por la frente:

- Es todo un sacrificio llegar aquí arriba ¿eh?

- Sí; pero es un sacrificio que da vida al cuerpo y al espíritu. Todo sacrificio que se hace con amor y por amor, y para el bien de las almas, es bendecido por Dios, Sí, no pongas esa cara de desconfianza. Dios bendice todo aquello que da vida, que alegra la vida en Él, y para Él. Sí, Juan, el Señor nos bendice, y más cuando imploramos su bendición, que yo le pido varias veces al día, también hoy, cuando ascendíamos hasta aquí, y, a la vez, le doy gracias por tenerte junto a mí; por todos los acontecimientos de mi vida, sean buenos o no lo sean, porque el Señor todo lo hace para bien de las almas y conducirlas a Él. Multitud de almas ésto no lo entienden por su excesiva soberbia; raíz de muchos males que aquejan a la humanidad. Sí, mi querido esposo. Confía en mí y en esto que te digo desde lo más profundo de mi alma y con todo el amor de mi corazón. Te diría mucho más; pero sé que este tema no te agrada. Así que tomemos o comamos algo, que el desayuno le tendremos en los talones; esto decía mi padre, cuando hacíamos algún esfuerzo, y llegar hasta aquí… es todo un sacrificio.

Juan, una vez más, la contemplaba sorprendido y encantado por su hermosura y belleza; por su gracia y por su fuerza interior, dulce y arrolladora. Por lo que, no tuvo por menos que decirla, a la vez que la tomaba de una mano, según sacaba las cosas de las mochilas:

- Te diré una cosa: "Si Murillo te hubiera conocido, te habría elegido de modelo para pintar la Inmaculada" -ella sonreía agradeciendo el cumplido.

A Juan, que seguía sentado en la piedra, Luisita le abrazaba por el cuello, estrechando su cabeza contra el pecho de ella. La escena era impresionante, por la alegría y el cariño que mostraban. No dejaban de sorprenderse el uno al otro. Como Luisita decía: "esto es una bendición en plena Naturaleza".

No había terminado ella de retirar sus brazos del cuello de su esposo, cuando él, con una mezcla de emoción y agridulcee alegría, que le era difícil controlar:

- ¿Quieres que hagamos aquí y ahora una nueva renovación de nuestro juramento de amor eterno?

- ¡Faltaría más! ¡Si tú quieres, ahora mismo! -Respondía ella.

Levantándose Juan de la piedra, se unieron en un fuerte y prolongado abrazo, con sus bocas puestas sobre el oído del otro, con suave e imperceptible tono se dijeron lo que les dictaba el corazón, como en aquel primer juramento de hacía ya seis años; hasta que los dos, al unísono, subiendo un poco el tono de su voz: "…sí, amor eterno".

Conscientes de la emoción que les embargaba, recordaron también su primer juramento de amor. A la vez se decían el uno al otro:

- Comamos algo, que donde estará el desayuno, después del sacrificio de llegar hasta aquí arriba.

Después de haber "comido algo", y pasados unos minutos contemplando desde aquella altura, valles y cumbres, todo cubierto de verde y abundante vegetación, decía Luisita:

- Para que nuestro juramento sea como aquella primera vez, te voy a recitar una poesía que hace tiempo compuse, y, en este lugar, ya te la recité aquel primero de mayo; titulada:

TÚ Y YO

En la alegre Primavera,
con los almendros en flor
y las rojas amapolas,
habitamos, tú y yo.

En el mundo en que vivimos
con bandera de ilusión
izada a los cuatro vientos,
caminamos, tú y yo.

A lo largo del camino,
bajo los rayos del Sol,
rebosantes de ilusiones,
nos alegramos, tú y yo.

Con el corazón alegre
y soñando en el amor,
contemplando el Firmamento,
meditamos, tú y yo.

Si yo te miro y tú sonríes,
si los dos nos escuchamos,
si también nos comprendemos,
si mutuamente nos queremos,
siempre alegres,
viviremos, tú y yo.

- Eres maravillosa, mi querida Luisi. Mi querida serranita… eres un encanto –decía Juan, no sin cierta emoción-; nos vamos a tener que marchar de aquí cuanto antes, porque entre el paisaje, la piedra de "nuestro secreto", con tu alegría y tu encanto, con tu belleza y hermosura, me estáis embelesando y hechizando… ¡Esto es demasiado!.

Luisita reía como una colegiala que le ha gastado una broma a otra compañera de colegio; pero ella sabía lo que quería, estaba llevando a su marido al "terreno" que ella quería. Una vez serenados los ánimos, en la piedra sentados, se arrimó más a él, echando su brazo izquierdo por los hombros de él, poniendo su mano derecha en el antebrazo de Juan, dulcemente preguntaba:

- ¿Recuerdas por qué, a esta piedra, pusimos el nombre de "nuestro secreto"?

- Ya me lo has preguntado antes.

- Sí, y en parte, he contestado yo, pero en todo, tú has callado, sabiendo que lo más importante de "nuestro secreto" es lo que hemos silenciado; lo cual no hemos olvidado. Los dos sabemos que sentados aquí, como estamos ahora, aquel primero de mayo, y en otras ocasiones más, nos "prometimos" tener cuatro o más hijos, y, en cuatro años casados, el Señor no se ha dignado concedérnoslos. Acepto la Voluntad de Dios, al que amo y adoro; lo que no puedo aceptar, por el gran amor que nos tenemos, es tener secretos en nuestro matrimonio. Hace ya varios meses, nos hicimos unas pruebas de fertilidad. Tú eres Ginecólogo, es lo tuyo, y yo no soy tonta; pero tu silencio sí me trata como si lo fuera. Sé que hay silencios tanto o más elocuentes que las palabras. En este caso, tu silencio me dice bastante; pero nada me aclara. Y yo, por encima de todas las cosas, quiero sinceridad entre nosotros.

Después de una pausa, en tono serio continuaba.

- Cuántos matrimonios están rotos no por falta de amor, sino porque no fueron sinceros entre la pareja. Tienes estudios de psicología, me conoces incluso mejor que yo misma. ¡Daría por ti mis ojos, para que tú siguieras viendo; aunque el resto de mi vida yo no pudiese ver!. ¡Te daría mis riñones o mi corazón para que tú siguieras viviendo; aunque yo tuviese que morir!. No para que tú me estuvieras eternamente agradecido; no, sino por lo que antes te dije: ¡"Todo sacrificio que se hace por amor y con amor para el bien de las almas es bendecido por Dios"!. Dios bendice todo aquello que sirve o se hace para dar vida, no para quitarla. Así que, por el Amor de Dios y por el amor que nos tenemos, no te consumas en el silencio ni con tu silencio; todo se supera con amor y comprensión. De todo ésto tú sabes que a mí me sobra.

Amor de mi vida, no soporto más tu silencio, que te está haciendo sufrir a ti. A mí, la duda es lo que más me atormenta. Aunque me veas reír y no me veas nunca triste, me aterra la idea de que nuestro matrimonio se rompa por esto y tuviéramos que vivir separados. ¡Sólo pensar en éllo me da un escalofrío que recorre todo mi ser! ¡Sí! ¡Juan! ¡Mi amor es eterno y nunca dejaré de amarte!

Abrazándose seguidamente con los dos brazos al cuello de su marido, rompiendo a llorar como un niño al que se le ha roto su único juguete. También él, abrazado a su esposa, en silencio, las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Después de haberse calmado de aquella emoción, seguían abrazados, sin quererse soltar el uno del otro, hasta que Juan, besándola en le frente, en un tono entre cariñoso y grave:

- ¡Perdóname, Luisi! ¡Perdóname, me he equivocado! Debí decírtelo en su momento. No quería hacerte sufrir; ¡Soy estéril! Yo no puedo, ni nunca podré engendrar unos hijos a los que tú puedas dar vida y amar. ¡No, Luisi!. ¡Nunca podré!. Con toda el alma, lo siento. ¡Con toda mi alma y con todo mi ser, te seguiré amando! ¡Tú eres mi vida! ¡Nunca dejaré de amrte!.

La volvió a besar en la frente. Después de soltarse de aquel emocionante abrazo, mirándose a lo ojos, se dieron cuenta de que los dos habían llorado. Luisita, también le pedía perdón a Juan, por haber sido dura con él. Levantándose de la piedra, cogiendo una botella de agua de la mochila, se la ofrecía a su esposo, para que se lavara los ojos. Después, ella se lavó la cara, que volvía a resplandecer como rosa de mayo. En unos instantes, recuperó la alegría y la fuerza interior que siempre la acompañaban. Dándose cuenta del posible sentido de culpa que pudiese quedarle a su marido, poniéndose ente él, mirándole fijamente a los ojos, con una de sus mejores sonrisas, a la vez que le decía:

- Aquí no ha pasado nada. Te comprendo perfectamente, y por encima de todo estás tú; está nuestro matrimonio con todo nuestro amor, que es con lo único que se solucionan estas cosas; y tanto a ti como a mí, si algo nos sobra es amor. ¡Te quiero, Juan, te quiero! ¡No dejes nunca de quererme!

Juan, una vez más, quedaba gratamente sorprendido por la bondad y grandeza del alma de aquella extraordinaria mujer, que por esposa tenía.

El día seguía siendo maravilloso, corría una ligera brisa que mantenía una temperatura agradable; en aquella mañana primveral, el Sol en lo alto se dejaba caer sobre la abundante y variada vegetación; todo el entorno donde la pareja estaba, y cuanto a lo lejos se divisaba, era una verdadera explosión viva de la Naturaleza, que daba Gloria y Alabanzas al Creador.

Luisita, había metido en una mochila las botellas vacías de agua, el aluminio albal y algún papel que habían dejado por el suelo. Retirándose de Juan unos cuatro metros, meditaba y contemplaba en silencio aquella maravilla de paisaje; de pie, con la mano derecha en la cadera y el brazo izquierdo dejado caer, con sus viejos vaqueros, que le quedaban algo ceñidos, con el blanquísimo niqui publicitario, también algo ajustado, que le hacían resaltar los colores moreno y sonrosado de su cara y las graciosas formas de su figura; con su gorra publicitaria de color azulado-verdoso, sobre su negro pelo recogido en "cola de caballo"; realmente parecía una diosa moderna de la Naturaleza esculpida por el mismo Miguel Ángel.

Sentado en la piedra, Juan la contemplaba como si fuese una figura caída del cielo, le parecía irreal. Sumido en un amasijo de pensamientos; le había silenciado su esterilidad; sintiéndose menos hombre; por primera vez la había visto llorar siendo él la causa. Se le habían grabado a fuego, en lo más profundo de su mente y de su alma, las palabras de ella: "Te daría mis ojos, para que tú siguieras viendo, aunque yo me quedase ciega; te daría mi corazón o mis riñones para que tú siguieras viviendo, no para que tú me lo agradecieras de por vida, no, sino porque mi amor es total". "Dios bendice todo aquello que se hace para dar vida". En cambio él, no podía engendrar ni transmitir vida en ella.

¿De qué pasta interior estaba hecha aquella criatura que parecía no ser de este mundo ni para este mundo? ¿De dónde le nacía esa fe en ese Dios que él no veía por ninguna parte y que le gustaría creer en Él, más contagiado por su mujer que por propia convicción? Se daba cuenta él de que allí estaba aplanado y hundido junto a aquella, su mujer, que era la bondad, la inocencia y la pureza personificadas, sin dobleces, sin mentiras, sin hipocresías ni fingimientos.

Entre tanto, Luisita, tratando de no mostrar su desilusión por la confesión de Juan; sumida en sus meditaciones más que contemplando el paisaje. Dando tiempo a que Juan calmase sus ideas y pensamientos, puesto que sabía que él estaba pasando un mal rato, y para nada pretendía humillarle ni parecer la dominante de aquella situación que ya se le hacía violenta; por lo que, volviéndose con la mayor naturalidad:

- Juan, nos tendríamos que marchar, mira que hora es.

- Espera, ¿quieres sentarte aquí?, quiero decirte una cosa -Pretendiendo sacar fuerzas de su aplanamiento-. Estoy pensando… -se interrumpió mientras Luisita se sentaba a su lado, echándole, a la vez, su brazo izquierdo sobre los hombros, mirándole con su media sonrisa que la caracterizaba-,

estoy pensando que deberíamos cambiar el nombre a esta piedra, porque sobre ella hemos gozado y reído; hicimos promesas y nos juramos amor eterno; hoy hemos llorado y sufrido… deberíamos llamarla "la piedra de nuestra historia".

- Mejor deberíamos llamarla también "la piedra de nuestro amor". Porque el amor es eso, gozar y reír, promesa, entrega y donación, sin esperar nada a cambio; es también sufrimiento, dolor y llanto; es comprensión, paciencia, humildad, sacrificio… todo ésto y mucho más es el amor -decía Luisita-. No así el amor a sí mismo, que no es otra cosa que puro egoísmo, en el que sucumben multitud de personas que quieren ser felices a costa de los demás. Te diría mucho más, mi querido Juan; pero quiero que tengas presente que ¡te amo con toda mi alma! ¡Porque tú eres el amor de mi vida!

Dicho esto; con su brazo izquierdo sobre los hombros de él, le atrajo hacia ella dándole un pausado beso en la cara. Juan, sintiéndose desconcertado, pero aliviado:

- Siento mucho, mi querida Luisi… -ella le ponía un dedo en la boca, pero él seguía-, que por mi culpa no puedas tener unos hijos, como aquí nos prometimos.

Agarrándole de la mano, Luisita se levantó; a la vez, le levantaba a él diciendo dulcemente:

- Estoy preparada para esto y para más, porque acepto la Voluntad de Dios, confiando plenamente en Él; porque donde Él está, hay amor, y donde hay amor allí está Él, con sus gracias y dones. ¡Cuántos conflictos son ocasionados por falta de amor y porque Dios no es amado! Te amo, te quiero, mi querido Juan, y siempre te amaré, porque mi corazón es un recipiente del amor de Dios que, rebosante de amor, tú eres el primer beneficiario. Te adoro, Juan. Pero, en correspondencia al grandísimo amor que te tengo y que te manifiesto, sólo te pido que, por encima de todo, y de todo cuanto la vida nos tenga reservado, no me dejes nunca de querer ni te apartes de mí. ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Juan, dolido consigo mismo, con cierta turbación en el ánimo, no salía de su asombro. La veía imponente, admirable. Con su metro y setenta y dos centímetros de estatura, sus sesenta y cinco kilos de peso, con el torrente de sus dulces palabras, parecíale, que hasta los ojos y la cara la resplandecían como con un brillo especial, rejuveneciendo su bello rostro. Estaba como extasiado…, embelesado. Cuando ella dejó de hablar, para sí, se dijo: "Esta chica no es de este mundo…" Echándola los brazos al cuello, a la vez que la besaba en la cara, decía:

- ¡Te quiero! Luisita, ¡te quiero! Desde hoy, a esta piedra la llamaremos "de nuestro secreto y de nuestro amor".

Tomando las mochilas, dejaban atrás aquel inolvidable lugar en el que ellos, haciendo promesas y compartiendo ilusiones, habían gozado y sufrido; ahora, cada cual con su pesar en el alma, descendiendo cuesta abajo, se encaminaron hacia el pueblo.

Sumido en sus pensamientos sobre lo ocurrido en la piedra que, de ahora en adelante, seguiría siendo de "su secreto y de su amor"; firme y fiel testigo de importantísimos momentos en sus vidas, Juan, se había descargado de un peso, que ya se le hacía insoportable; pero continuaría con otro aún mayor: "el no poder transmitir o engendrar vida a unos hijos que habrían sido cuidados, amados y queridos por aquel manantial o tesoro de amor, de la que hubiera sido su madre". Este era el gran pesar que él tendría que soportar durante toda su vida.

Aquella criatura excepcional, con un alma pura, limpia y transparente, que era su mujer, no merecía ver truncada la ilusión de su vida. ¿Por qué Dios, del que tanto le hablaba Luisita, había consentido que ella se casara con él siendo estéril? ¿Por qué le daba a ella esa cruz de no poder tener hijos que habrían sido nacidos del amor; educados en el amor y, como Luisita decía: "serían conducidos hacia Dios, porque Dios es Amor"? ¿Cómo es posible que Dios siendo Amor, pueda impedir a Luisita, que parece ser una elegida por Él, para dar testimonio de fe, de amor y pureza, alegría y armonía allí donde quiera que ella esté; que todo ésto no pueda depositarlo en unos hijos que habrían sido la continuación de su vida? Con estos pensamientos entrelazados; con el comportamiento de Luisita, allí arriba, sentados en la piedra; por la "visión" que de ella había tenido, viéndola como una diosa de la mitología pagana, en versión moderna; por aquel brillo especial de su cara y de sus ojos, que parecía rejuvenecida cuando le hablaba de Dios. Por éstos y otros pensamientos que en su mente se amontonaban, Juan caminaba semiaturdido y en silencio.

También ella, al lado de él, en silencio caminaba con sus pensamientos, recordando los momentos vividos en aquel inolvidable lugar, tanto en ocasiones anteriores como en el presente, que ahora estaban dejando atrás. Recordaba también la meditación-oración que había improvisado, sin que Juan lo percibiera, cuando inmóvil, como una estatua, que a él le parecía irreal, como si fuese algo caído del cielo: "Señor, aquí estoy para cumplir tu Voluntad. Aquí estoy para aceptar tu Voluntad. Que nada ni nadie me aparte de Ti, mi Dios, ni de Juan, mi esposo. Que mi amor hacia Ti y hacia él, sea

firme como esa piedra en la que está sentado Juan. Que las "tempestades" de la vida nunca nos separen y nos lleven a Ti. Apártanos, Señor, de toda tentación, y líbranos de todos los males del cuerpo y del alma".

Acordándose del Cuadro de la Virgen de los Dolores, en el que al salir de la casa, había hecho una cruz con la punta de los dedos, Ahora en silencio también repetía: "Acompáñanos, Virgen Santa…, acompáñanos".

Con estos sentimientos y con el corazón "dolorido", repasando emociones y recuerdos, anduvieron varios minutos encaminandose hacia el pueblo; hasta que ella, sin decir nada, tomaba de la mano a su esposo, a la vez que le miraba con su habitual sonrisa.

Como si hubiera despertado de una ensoñación. Siendo consciente de la situación que estaban viviendo de vuelta al pueblo, comenzó a hablar de los amigos y de cuando salían a cenar con ellos, algunos fines de semana; de que tendrían que ir a alguna corrida de toros de la Feria de San Isidro, cuando torease tal o cual torero; del Real Madrid, del que eran aficionados; del tiempo que hacía que no veían a sus primos; a los de él y a los de ella; de lo solitarios que se habían quedado los mayores de los pueblos de aquella zona, porque los jóvenes habían salido a trabajar fuera, y de otros temas de mayor o menor importancia. Así hablando o comentando, Luisita había conseguido que la vuelta de Juan hacia el pueblo, fuese como en "volandas" durante todo el camino.

Estaban llegando al pueblo y por más que ella se empeñase en hacer la vuelta más amena o distraída, él llevaba por dentro su "procesión" particular, a la vez que iba pensando: "A esta chica no la entiendo; no es de este mundo, ni para este mundo. Esta chica…, es de Dios". Estas tres últimas palabras se le habían escapado, como en un susurro; que Luisita escuchó:

- ¿Qué has dicho de Dios?

- Que estoy empezando a creer en Él –respondía sonriendo con cierta ironía. Al instante recibía un cariñoso pellizco en el costado, cuando ella con semblante serio, a modo de sentincia:

- ¡Cuánto más te valdría!... ¡por tu bien!

Entraron en su casa, pasadas las dos de la tarde, se disponían a ducharse antes de comer, en tamto que Luisita, dirigiéndose a Juan:

- Oye Juan, en lo que te vas duchando, voy un momento a casa de tía Justa a decirle que quería ir con ella esta tarde a las sepulturas de mis padres y de mi hermana Elena. Vuelvo enseguida. No tardo nada. Ya verás… -Él no dijo nada y, efectivamente, en pocos minutos ella volvía a casa. Estaba cansada; y quería descansar.

Después de comer, Juan, con semblante serio y con aire de cansancio, comentó como esperando respuesta:

- Deberíamos echarnos la siesta, nos vendría bien.

- Échate tú en la cama, yo me quedaré en el sofá del salón; quiero ver si hay algo interesante en la tele; que he quedado con tía Justa que también quiere hacermos unas rosquillas de sartén, de las que a ti tanto te gustan.

Sin decir palabra, se encaminaba hacia el dormitorio, haciendo un ligero movimiento de cabeza, sorprendido, una vez más, por la fortaleza moral de su mujer y su natural comportamiento, después de lo "sucedido" en la "piedra de su secreto y de su amor".

Lo que él no sospechaba es que ella, acostumbrada a superar adversidades con una entereza fuera de los común, no dejaba tralucir sus penas ante los demás. Ni de dónde le provenía aquella fortaleza ante a las dificultades o adversidades.

Para nada le interesaba a Luisita ver la televisión. Quiso ella estar a solas consigo misma, y dejarle también a él. Los dos tenían necesidad de estar solos; de meditar solos y, en silencio, serenar los ánimos y calmar las emociones de aquel día.

Cerrando la puerta del dormitorio, para no escuchar el ruido de la televisión; ya en la cama, intentaba descansar y dormir un poco, lo cual le fue imposible conseguir. Continuamente, los pensamientos que había tenido cuando iniciaron la marcha hacia el pueblo, dejando atrás la "piedra de su secreto y de su amor", no los podía desechar ni apartar de sí. Al mismo tiempo resonaban en sus oídos como una "melodía" que quería escuchar y rechazar a la vez, aquellas palabras llenas de fuerza, de vida y de amor: "Te daría mis ojos, aunque tuviera que vivir ciega el resto de mi vida". "Te daría mi corazón, para tú vivieras, aunque yo tuviese que morir". "Todo sacrificio que se hace por amor y con amor es bendecido por Dios…" "Todo sacrificio que se hace por el bien de las almas y para dar vida, es bendecido por Dios". "Dios Bendice lo que se hace para dar vida. Estoy preparada para esto y para más, porque acepto la Voluntad de Dios y plenamente confío en Él". "Donde está Él hay amor…".

Ahora, aquellos hijos que se habían "prometido" en aquel lugar, se habían esfumado y disipado como un sueño; al igual que los sueños del cuento de "la lechera", cuando el cántaro cayendo al suelo, la leche se desparramó.

Sumido en estos pensamientos, que se repetían una y otra vez, igual que un disco rayado, por primera vez se preguntaba a sí mismo: ¿Quién es esta "chica" -así la llamaba en ciertos momentos- que me desborda, que hay

momentos que no logro comprenderla? Yo, que en mi consulta he tratado con muchísimas mujeres, de las más diversas condiciones sociales y morales; ¿cómo es posible que no haya encontrado ni a una semejante a Luisi, o en poco que se le parezca en fortaleza moral ni en lo espiritual? ¿De dónde saca esa fuerza interior para amarme de esa manera, sin reprocharme nada, ni hacer un pequeño lamento ante mí al ver truncada la mayor ilusión de su vida? Que no era otra que el haber tenido varios hijos, para derramar sobre ellos todo ese manantial de puro amor que, desde lo más profundo de su corazón y arraigado en todo su ser, sale al exterior en el semblante de su cara, en la mirada de sus ojos y en las palabras de su boca. ¿Qué pensamientos, pasarán de ahora en adelante por su mente, y que sentirá en su corazón, viendo a aquellas madres que, agarrando a sus hijos de la mano, seguiran llevando todos los días al Colegio de Alcalá de Henares, donde ella como profesora de Enseñanza Infantil ha de recibirlos? ¿Cómo es posible que Dios siendo Amor, según dice Luisita…? ¿Cómo y por qué a ella que tanto le ama…? Preguntas y más preguntas, que no encontraba repuestas. En cambio, a su querida Luisi, la veía tan conforme, con lo que ella decía ser la Voluntad de Dios, que no era otra cosa que la serena aceptación de todo cuanto le ocurría o acontecía: ¿Qué misterio lleva dentro de todo su ser esta a la que tanto amo? Así Juan, pensando en su mujer, se encontraba encerrado como en un círculo vicioso, del que era incapaz de poder salir.

Entre tanto, Luisita, de manera instintiva, encendiendo el televisor, lo apagaba unos instantes después. Para nada le interesaba ver la televisión. Echándose seguidamente en el sofá del saloncito de aquella casa serrana. Cerrando los ojos, sus pensamientos volaron al cerrete de la piedra que de ahora en adelante llamarían también "…de nuestro amor".

Todo cuanto allí habían vivido en aquella mañana de mayo, se le había grabado en el alma, en la que, a la vez, también había recibido el duro golpe de no poder ser madre de unos hijos que habrían sido la culminación del inmenso amor que Juan y ella se tenían, y que ella se los hubiera ofrecido y consagrado a Dios, principio de todo amor.

Recordaba como, con el corazón dolorido, tuvo que ser la "mujer fuerte" para que Juan, el amor de su vida, no se derrumbara en su sentido de culpabilidad, del que ella sabía que jamás se recuperaría. Todo esto, junto con el recuerdo del regreso al pueblo, teniendo en cuenta que las dificultades o adversidades que la vida nos depara, se solucionan mejor con fe y con amor; haciendo la vuelta al pueblo, como si nada hubiese pasado en aquel inolvidable lugar; a pesar de estar su corazón llorando lágrimas de sangre.

Lo vivido aquella mañana, había pasado por la mente de Luisita como en un película a "cámara rápida". No obstante, se centraba en sus meditaciones espirituales: "Lo que Tu quieras, Señor. Aquí estoy para cumplir tu voluntad. Tú sabes que vivo entregada a Ti, y que así quiero seguir viviendo, aunque no comprenda los planes que tienes reservados para mí, y sabes también Tú, Señor de Cielos y Tierra, que quiero seguirte aunque el camino que me marques sea de piedras y espinas. Tú sabes, Señor y Dios mío, que pocos días antes de morir mi hermana Elena, hicimos las dos, en la capilla del Hospitalillo, en la calle Mayor de Alcalá, la Consagración al Inmaculado Corazón de María y a Tu Sagrado Corazón, con la intención de ser siempre tuyas, viviendo unidas a Ti. A Elena te la llevaste cuando contaba quince años; a mí me dejaste. Pude ser aplastada por aquel coche junto a Elena; pero me dejaste aquí. Por eso, una vez más, te digo: Dame fuerza, Señor, para seguirte, para no negarte, para llegar con la mayor pureza a la meta o final de mi vida. A Ti me entrego, Señor, porque tuya soy". "Te presento a Juan, mi esposo, apiádate de él; haz el milagro que con otras almas has hecho, de dar entendimiento a su alma, para que te sienta en su interior y te ame, siendo Tú su Luz y Guía". .

Después de esta meditación, continuó, diciendo en silencio y muy pausadamente algunas jaculatorias. Quedándose algo transpuesta y adormecida; despabilándose después, recordó unos versos de José María Pemán que, cuando contaba con doce años de edad, unos meses antes del fatal accidente de su hermana, como una premonición, había copiado en una pequeña libreta de apuntes que casi siempre llevaba consigo, y que tantas veces había repasado, siendo chica y de mayor, y que ahora en silencio repetía:

No quiero que en mi cantar
mi pena se transparente;
quiero sufrir y callar,
no quiero dar a la gente
migajas de mi pesar.

Bendito seas, Señor,
por tu infinita Bondad,
porque pones con amor,
sobre espinas de dolor,
rosas de conformidad.

Por tu bondad y tu Amor,
porque lo mandas y quieres,
porque es tuyo mi dolor…
Bendita sea, Señor,
la mano con que me hieres.

Al abrir Juan, la puerta del dormitorio y no escuchar el sonido de la Televisión, pensó que Luisita habría ido a casa de tía Justa. Al entrar en el pequeño salón, la encontró dormida en el sofá, contemplándola unos instantes, tocándola en la frente al tiempo que le decía:

- ¿No tenías que ir a casa de tía Justa?

- Sí, me he dormido… Me voy; quédate con la corrida de San Isidro que echan en la tele. Vendré pronto; luego saldremos para que veas ponerse el Sol, que tanta ilusión te hace. Hasta luego…

Ella saliendo de la casa, quedándose él con tiempo para meditar en soledad la situación que estaban viviendo y cómo tendrían que afrontar el futuro.

Después de haber estado Luisita con la tía Justa, volvió a casa con una bolsa llena de aquellas rosquillas de sartén que su tía y ella habían hecho, y que tanto le gustaban a Juan. Enseñándole la rosquillas y ofreciéndoselas:

- Pruébalas, verás que ricas están. ¡Están buenísimas…!

Él, antes de mirar a la bolsa de rosquillas, con una media sonrisa en su semblante, miraba a su encantadora esposa, que sonreía radiante, como quien ofrece un trofeo conseguido con esfuerzo, a la persona amada. En tanto, Juan levantándose y tomando la bolsa de rosquillas, la dejaba encima de la mesa, y dirigiéndose a ella, abrazándola por la cintura con los dos brazos, mirándola a los ojos, con cierto tono agridulce:

- Las mejores “rosquillas” del mundo son tus ojos, tu cara y tus labios, y, por encima de todo, ese corazón de oro que no te cabe en el pecho y que es un inagotable manantial de amor. ¡No me faltes nunca mi querida Luisi!

Dicho esto, dándose un beso, se unieron en un prolongado y emocionado abrazo, sintiendo cada uno los latidos del corazón del otro, como dos enamorados que se encuentran, después de haber estado meses separados.

Esta vez, la sorprendida fue Luisita que, aunque agradecida, no salía de su asombro, a la vez que decía emocionada:

- ¡Nunca te faltaré, porque eres el amor de mi vida...!

Juan probó dos rosquillas de aquellas, que le parecieron las mejores que había probado en su vida; diciéndole a ella:

- Si te parece, podíamos invitar a chocolate con rosquillas a los tíos Julián y Fermina -así se llamaban los padres de Pepi y Tito, primos de Luisita-, y también a tía Justa, ¡no faltaría más! –siendo esta la madre de Loli, Toño y Tere, también primos de ella.

Luisita no saliendo de su asombro, ante la disposición de Juan; sin olvidar la "situación" a la que se estaban enfrentando; daba su aprobación.

Se arreglaron, y como dos enamorados, se encaminaron a las casas de sus tíos a invitarles a chocolate con rosquillas, después de la "puesta" de Sol, la cual se disponían a contemplar desde las afueras del pueblo.

Luisita estaba radiante de belleza, con su negro pelo recogido en "cola de caballo". El comportamiento de Juan, esperaba fuera muy distinto, siendo para ella motivo de alegría la buena disposición de él. Sus dudas se habían disipado. Con cierta desconfianza, esperaba el atardecer y la noche de aquel día. "Sí, sólo el amor puede salvar nuestro matrimonio", iba pensando, agarrada del brazo de él. También meditaba: "Gracias, Señor, gracias por todo lo que Tú nos das; todo es para nuestro bien -también las dificultades-; que nos acercan más a Ti y nos hace más sencillos y humanos. En todo momento danos tu Paz, danos tu Amor y tu Bendición, así sea".

El feliz matrimonio se había retirado del pueblo como unos quinientos metros o poco más, parándose a contemplar como el Disco Solar trataba de ocultarse en el Horizonte. Lo miraban como si fuese algo que no ocurría todos los días, y para Juan, el ver salir y ponerse el Sol, era todo un espectáculo que pocas veces podía contemplar; que le hacía meditar sobre la pequeñez del hombre y la brevedad de la vida. Luisita, que sabía y conocía las ideas de Juan, sobre la puesta y la salida del Sol, con respecto a la vida del ser humano; según estaba con su mano agarrada del brazo de él, girándose un poco para mirarle, al tiempo, le decía:

- Cuántos hombres, mujeres y niños habrán visto ponerse el Sol, a lo largo de la historia, y en las más circunstancias mas diversas, sin haber dado un auténtico sentido a sus vidas. Viviendo sólo para sobrevivir y después morir, sin saber porqué ni para qué han vivido… sin haber meditado nunca sobre las maravillas de la Creación, etc.

- En esas diversas circunstancias que has mencionado, supongo estarán también aquellos que, enfermos, sin médicos y sin medicamentos, agonizan y mueren, prácticamente tirados en cualquier lugar. Las madres que no pueden alimentar a sus hijos. Los que, en esas absurdas guerras, matan y mueren sin quererlo y sin pretenderlo. Los ancianos arrancados brutalmente de su entorno y depositados en modernos "vejestorios", llamados "jardines" o

residencias de la tercera edad, porque estorban en las casas de sus propios hijos. Los desplazados por las guerras. Las víctimas inocentes que esta salvaje y consumista sociedad, que nos ha tocado vivir, crea, fomenta y abandona a su triste suerte, etc. etc. No, querida mía. En estas y otras diversas circunstancias que dices, la gente no está para contemplar ni meditar las maravillas de la Creación ni del Creador.

Mientras Juan, así le respondía a su mujer, ésta pensaba: "Dices no creer en Dios, y, sin embargo, le llevas dentro. Cuántos, quizá, declarándose creyentes, no meditarán sobre esto que terminas de decir". Y ya en voz alta:

- Las víctimas inocentes de la sociedad y de los hombres que la formamos, son los preferidos de Dios. Nunca Dios desprecia a los inocentes, ni a los desvalidos, ni a los perseguidos por ser buenos y humildes, ni a los que sufren explotación de cualquier índole o procedencia, en beneficio de otros hombres. Estos géneros o clases de personas y los que tú has mencionado, son los que el Señor, se refería en el "Sermón de la Montaña":

- "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".

- "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
  porque ellos quedarán saciados".

- "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra".

- No esta tierra, Juan, que es lugar de pecado y corrupción, sino el Cielo Eterno. Ha merecido la pena salir a contemplar la "puesta de Sol". Me has dado, sin saberlo una profunda alegría. Me has descubierto el fondo de tu corazón, y he visto que en él "anidan", el espíritu de las Bienaventuranzas. ¡Sí, Juan, amor de mi vida, tú eres de Dios! No te hagas preguntas. ¡Confía en mí y en cuanto te digo!

Con semblante más serio de lo habitual en ella, le había dicho estas cosas a él, que la miraba como si estuviera viendo un ángel de carne y hueso; a la vez que ella, rebosante de gozo que trataba de ocultar sin conseguirlo, le daba un apretón con las dos manos en el brazo al que estaba agarrada.

Juan, haciéndose como el despistado, no queriendo entrar en el tema que ella le brindaba, y que le desbordaba. Si bien él se encontraba satisfecho viendo alegre a su esposa y por cuanto le había manifestado, respondía:

- ¡Que tenemos invitados, y lo mismo nos están esperando…!

Luisita, volvía radiante de alegría. Por fin, Juan, sin saberlo, se había adentrado en el tema que a ella le encantaba comentar con él. Al fin, su marido, se había sincerado en aquello que él siempre había tratado de rehuír. "Este ha sido el primer paso, en un camino en el que tú solo entrarás". Esto iba pensando ella de regreso al pueblo, mientras le sonreía.

También él, viendo contenta y feliz a ella, sonreía diciendo:

- ¡Me vuelves loco, Luisi. Me vuelves loco con tus cosas, con tus encantos, con tu alegría y con tu amor! ¡No me faltes nunca… serrana mía! ¡Te quiero, no cambies… sigue así, que tú vales mucho, mi vida! -Mientras él ésto decía, ella le sonreía como con aires de triunfo.

Cuando llegaron a casa, se disponían a preparar las cosas para hacer el chocolate. Al momento, la tía Justa llamaba a la puerta. Luisita, abriendo la puerta, sonriente como siempre; la tía no tuvo por menos que exclamar:

- ¡¿Qué te das en la cara para tenerla tan preciosa, mi querida sobrina?! ¡Viendo tu cuerpo y tu cara y conociendo tus sentimientos y como eres, tengo que decir que eres la novia perfecta que toda madre habría deseado para sus hijos; y que se entere Juan! -Éste, sonriendo, se incorporaba a la escena, mientras Justa seguía-. ¿Verdad que sí, Juan?

- ¡Qué estoy casada, tía! ¡Que estoy casada… Que ya no soy novia!

Respondía Luisita, halagada y ruborizada, mientras Justa, con cierto tono andaluz, para dar más realce a sus palabras, seguía:

- ¡Pero hija, si parece que tienes ahora veinte años, habiendo cumplido ya los veintisiete! -Iba a decir: “si tu madre de viera”; pero se cortó por no entristecer la escena.

- Vamos a hacer el chocolate que usted, con sus cosas, me va a sacar los “colores”. ¡Que ya sé que me quiere mucho…!

A Luisita, la quería su tía como si fuese hija suya, habiendo sido la madrina en su bautizo; siendo hermana de la madre de aquella y de Julián que, con su mujer, Fermina, ya estaban llamando a la puerta.

Después de haber tomado el chocolate con rosquillas, allí se quedaron los cinco en animada tertulia, contando historias y episodios de las vidas de los mayores, de los abuelos y de los bisabuelos de Luisita. La tía Justa, con una memoria prodigiosa, recordaba cosas que había oído de sus bisabuelos. Parecía no ignorar nada. El tío Julián no hablaba mucho, porque las cosas de la familia, ya las contaba su hermana Justa. No es que fuese ésta una mujer habladora, de esas que no saben callar; no, es que además de tener buena memoria, ella era culta e inteligente, de esas mujeres de pueblo que saben hacer de todo lo que se ha de hacer en aquellos los pueblos, y hacerlo bien.

La gustaba más la lectura que la televisión. Siendo más joven, había llevado un tractorcillo que tenía su difunto marido; fallecido hacía cinco años, viviendo ahora sola. Sus hijos, solían venír a verla al pueblo los fines de semana, no en el presente. Siendo una mujer con una fortaleza moral, espiritual y física envidiables; se podría decir que era una serrana íntegra.

A Juan, niño y hombre de ciudad, le parecía estar en otro mundo, con aquella gentes y sus historias; el pequeño pueblo con sus calles casi desiertas; la Naturaleza en todo su esplendor. Todo aquello, comparado con su consulta en el Hospital La Paz, de Madrid, la masificación de gran ciudad por todas partes. Con sus gentes y sus aparentes prisas, caminando entre desconocidos.

También la tía Fermina contaba historias. Había tenido un abuelo que estuvo en la guerra de Cuba, y de alli volvió sin dos dedos de una mano. Ella, de más joven, había trabajado en el campo y ordeñado cabras y sabía hacer queso, chorizos y morcillas; y conservas de frutas y hotalizas del huerto. No la importaba matar un conejo o una gallina para guisarlo en familia. También contaba que su padre había sido tratante de mulas y caballos; cuando no había tractores para el campo, se iba a comprar las mulas hasta Huesca, cerca de los Pirineos. Sus hijos, Pepi, casada; con dos niños, vive en Almazán (Soria). Tito (Vicente), trabaja y vive en Guadalajara; también venían a ver a sus padres y a pasar el día los fines de semana, "no todos", decía Fermina.

El tío Julián, hermano de la madre de Luisita, también contaba algunas "historias" que había oído a los más viejos del pueblo; cuando él era chico. Decía que le daba mucha pena lo vacío que está el pueblo, que sólo tiene "vida" los meses de verano, y le preocupaba qué iba a ser de ellos cuando no "se puedan valer".

Parecía como si Justa y Fermina fuesen a porfía, a ver cual de las dos contaba más y mejores sucesos o "historias" vividas por sus familiares o por ellas o por las gentes del pueblo.

Hablando y hablando, se les hicieron las once de la noche. Despidiéndose, los tíos se marcharon satisfechos por la animada tertulia que habían mantenido. Cuando se hubieron ido los tíos a sus casas, Juan comentó:

- No sé si podré dormir esta noche. Esto son historias para no dormir. Es impresionante. Semejantes cosas nunca antes habío escuchado.

Luisita se echó a reír. Estaba feliz; las dudas y temores que había tenido durante la siesta en el sofá, de cómo pasarían la tarde y el anochecer de aquel sábado, después de lo ocurrido por la mañana en la piedra de "su secreto y de su amor", se disiparon. Para ella, su felicidad era mayor cuando estaba rodeada de alguien que también gozaba, y en aquella tertulia mantenida con sus tíos, todos lo pasaron bien. Juan, escuchando sucesos o hazañas de unas gentes que, siendo chicos o jóvenes, vivieron un estilo de vida muy diferente al actual. Perteneciendo a un mundo lleno de sacrificio y privaciones para él desconocido; en el que sus únicos medios de transporte fueron el burro, la mula y el carro, y, para los más "pudientes", el caballo. Y, para generaciones

anteriores, la vela de cera y el aceite en el candil, como medio de alumbrado, antes de llegar al pueblo la luz eléctrica.

Él se había imaginado como vivirían aquellas gentes en la antigüedad no lejana; pero nunca lo había escuchado de primera mano. Justa y Fermina, igual que otras chicas de su tiempo, habían trillado las mieses en las eras, subidas en un trillo tirado o arrastrado por mulas… y de ésto hace unos cincuenta años; también habián lavando la ropa en el río… -"Nos quejamos ahora"-, se decía Juan cuando las estaba escuchando.

Sus tíos, también había disfrutado relatando unos recuerdos que formaban parte de sus vidas y que, según ellos, ya nadie quería escuchar; porque ahora los viejos, "pintamos menos que la "tomasa" en los títeres…"

- Me voy a la cama, Luisi –decía Juan, mientras ella estaba en la cocina-. Tú te quedarás a tus cosas ¿No?

- Vale, yo iré más tarde. No tardaré mucho.

= = =

Al día siguiente, domingo, Juan se levantó unos treinta minutos antes de la salir el Sol. Quería contemplar lo que él consideraba como "maravilloso espectáculo": Ver aparecer los primeros rayos del Sol en el Horizonte.

También quería respirar la frescura del ambiente mañanero que se produce antes de la "salida" del Astro Rey sobre las montañas.

No habiendo comentado nada la noche anterior, sobre esta idea de salir temprano al campo, Luisita extrañada preguntaba:

- ¿Cómo te levantas tan temprano? ¿Vas a ver la salida del Sol?

- Sí. Iré hasta la Fuente de la Peña. Vendré pronto. Luego desayunaremos.

Juan, salió de la casa hacia el campo, no sin antes haber dado un beso en la frente a su mujer. Esta, intuyendo que Juan prefería salir solo al campo, nada dijo de acompañarle; pensando que podría ser bueno el estar algún rato solos. A la vuelta de Juan, cuando estaban desayunando, propuso Luisita:

- Si quieres, podríamos pasar la mañana acercándonos hasta el Viejo Molino, junto al río, en esta época es delicioso estar por aquel lugar.

- Vale; preparamos las mochilas y nos vamos, que este día tan hermoso invita a salir y a disfrutar de la Naturaleza, que está preciosa… como tú.

No entendía por qué quería ir al Viejo Molino; ¡con los recuerdos que ella tenía de aquel lugar!; pero nada preguntó. No queriéndola contradecir ni contrariar; porque "esta "chica", aunque no la entienda, es merecedora de todo", se decía a sí mismo.

Se pusieron de camino hacia el Viejo Molino, comentando durante el trayecto, sobre lo que les habían contado, más sus tías que su tío, la noche anterior; admirándose de aquella forma de vida, donde lo más importante era subsistir, con mil carencias e incomodidades, pasando penalidades y trabajos; pero como les habían dicho los tíos: "Éramos felices, había más unión y cariño que ahora. Ahora no hay respeto… y, donde no hay respeto no hay amor. Entonces había más respeto y unión que ahora. Haciamos caso a los mayores; hoy, en cambio, se está perdiendo la tolerancia y la vergüenza, y así nos va a todos y al mundo". Avanzaban por el camino; pero durante unos minutos, lo hicieron en silencio meditando estas frases de sus tíos, cuando espontáneamente preguntaba Luisita:

- ¿Qué es la vergüenza? -A la vez que, con semblante serio, miraba a Juan.

- El respeto a sí mismo y a los demás; integridad y disposición en el recto proceder en pensamientos, palabras y obras, conforme a la ley moral o natural que dice: "Querer o no querer para mi prójimo, lo que para mí quiero o no quiero".

- Muy buena respuesta, así es -Contestó Luisita, preguntando:

- ¿Sabes también, por qué hombres, mujeres y niños pierden la vergüenza y no hacen nada por recuperarla? -Por el tono de su voz y por el brillo de sus ojos, Juan ya conocía la intención de llevarle al tema en el que él prefería evitar:

- ¡Dímelo tú, que lo explicarás mejor que yo, y así aprendo!…

- Se pierde la vergüenza, mi querido Juan, cuando el ser humano, en su orgullo, se aparta de Dios, expulsándole de su vida y convirtiéndose, desde su pequeñez, en su propio Dios y en su propio guía, sin temor a nada ni a nadie, confundido y hundido en su propia soberbia, siendo incapaz de respetarse a sí mismo, sin respetar a los demás. También, porque si a Dios no se admite y se le rechaza, Él se retira llevándose tras Sí todos los Dones que está dispuesto a dar a las almas que le acogen y le aman, y quieren segrirle. ¡¡Y la guasita, para otras cosas!! ¿eh?.

Juan, no queriendo parecer como vencido ante los razonamientos de su mujer, intentaba responder con una irónica sonrisa; pero al mirarla, le pareció ver como aquel brillo especial que despedían sus ojos y su semblante, cuando hablaba de Dios y de temas espirituales; optando por dar "la callada como respuesta", pretendiendo entenderla sin conseguirlo.

Sin darse cuenta, estaban llegando al Viejo Molino; que no era otra cosa sino unas paredes semiderruidas que, construído junto a una pequeña cascada del río, dejaba ver que aquellas ruinas podían ser de un molino que, en otros

tiempos, tendría su esplendor y su utilidad; pero al final, como todo, se destruye y acaba, como era el caso.

Desde aquellas viejas paredes, cuando Luisita contaba con once años de edad, cayendo al suelo, se fracturó el hueso Húmero del brazo izquierdo, con alguna fractura e importantes fisuras en el lado izquierdo de la Pelvis, produciéndose también importantes lesiones en la Columna Vertebral. Por aquel triste accidente, mucho tiempo tuvo que estar "enfundada" en una escayola. Aunque lugar de triste recuerdo para ella; aunque ya superado, ahora estaba dispuesta a contarle a su esposo, una vez más, como había sido su doloroso percance.

- Mira, Juan. Desde aquí me caí -señalando en una pared de unos cuatro metros de alto-. ¡Me pude haber matado!... ¡Qué susto para toda la pandilla y para mí, que dolor! Era el veintiséis de agosto. Hacía un año que nos habíamos marchado del pueblo a vivir a Alcalá de Henares. Vine aquí con todo el grupo de mis cinco primos, mi hermana Elena y otras dos chicas y un chico. Éramos diez. Se me olvidaba, estuvimos aquí, en el pueblo, los meses de julio y agosto. Qué fatalidad; cuando faltaban unos días para marcharnos ¡qué final de vacaciones!

- Te decía, Juan: Estábamos jugando a indios y americanos; esto era un fuerte para los soldados; yo me había subido a lo más alto, para vigilar y avisar cuando vinieran los indios, cuando ¡zas! ¡Al suelo!. Mi hermana Elena, que decía sería médico, y tenía trece años, se lo tomó muy en serio diciéndome que no me moviera. Yo sabía que estaba muy mal, porque no me podía levantar, ni mover el brazo izquierdo. Mis primos Toño y Pepi, salieron corriendo hacia el pueblo, y como dijeron que no me podía mover, vinieron con un furgón que, a no se qué, había venido al pueblo; metieron en el furgón un colchón de lana de oveja, menos mal que estaba mi padre que, como médico, con muchísimo cuidado me colocaron sobre el colchón, llevándome seguidamente al Hospital de Guadalajara, y desde allí al Hospital La Paz, de Madrid.

- Después, meses de escayola, mucho sufrimiento mío y de los míos; temiendo que la Columna y las Vértebras no quedasen bien. Después, mucha y dolorosa rehabilitación… ¡y aquí estoy para contártelo, una vez más! -esto ya lo dijo con su encantadora sonrisa-.

- Si hubieras visto a toda la pandilla llorando; uno decía<. "está muerta"; otro: "no, que respira". "Sí, pero no se mueve", decía otra; esto, por lo que me contaron después, porque yo apenas si me enteraba, estaba con los ojos cerrados. El pobre Tito, con sus ocho años recién cumplidos cinco días antes,

estaba hecho un mar de lágrimas. Ya te he dicho, aquí estoy para contártelo, para quererte y besarte -dicho esto besándole en la cara, seguía-, y para darle gracias a Dios, por haber quedado bien y por estar contigo… ¡el amor de mi vida! -Esto lo decía con su habitual alegría, por lo que Juan no tuvo por menos:

- ¡Eres maravillosa, Luisi! ¡Eres un encanto de criatura, no cambies…! ¡Eres única! -Juan, la contemplaba entusiasmado.

Él se había sentado sobre aquellas ruinas, meditando y pensando como sería posible que a su mujer no la hubiese quedado alguna lesión en la Columna. Por ello, no estaría demás hacerla alguna revisión médica o radiológica, por si acaso.

Entre tanto, ella daba una vuelta entre aquellas ruinas, en las que varias veces habían dejado volar sus fantasías, a pesar de las regañinas que les echaban sus padres.

Con mucho cariño y no sin nostalgia, allí recordaba aquellos años tan felices: Sus padres, su hermana, sus abuelos, habían desaparecido ya, aunque no de su recuerdo ni del fondo de su alma; meditando: "Qué ingrata la vida, Señor. Nuestros planes no son los tuyos. Sólo Tú sabes por qué nos das el sufrimiento y el dolor, aunque en ocasiones no lleguemos a entenderlo. En este lugar, en aquella caída, pude haber muerto con mis inocentes once años, y haber volado hacia Ti; pero aquí me dejaste. Pude haber muerto, también, bajo las ruedas de aquel coche que arrolló a mi hermana, y, junto a ella, haber volado hacia Ti; pero me dejaste aquí. Antes de hacer el año de casada te llevaste a mis padres, como si hubiese sido "el regalo" de boda que Tú me enviabas. Ahora, aquí estoy. No sé que planes tienes para mí, Señor, mi Dios; pero sí sé que Tú me los irás marcando. Sé que Tú, a quien quieres y por que quieres, le vas dando poco a poco, como gotas de fuerte licor, "astillitas" de tu Cruz, para que la vaya recomponiendo y, cuando la tenga completa, en ella se tienda y Contigo se ofrezca al Padre Eterno, y tomando tus palabras, diga: "Hágase tu Voluntad y no la mía"… "Si acaso, en tus planes tienes dispuesto que, "astillita" a "astillita", tuviese que completar tu Cruz, estoy dispuesta a lo que Tú dispongas, sin esperar a completarla; porque desde este lugar, por Ti elegido, en que me diste el primer trozo de tu Cruz, con toda el alma te digo: "Hágase tu Voluntad y no la mía". Tuya soy, Señor…"

Cuando en ésta meditación-oración estaba Luisita, la postura de su cuerpo era la misma que tenía al lado de la piedra de "su secreto y de su amor". Con su mano derecha en la cadera y el brazo izquierdo dejado caer, pegado al cuerpo, con la mirada puesta como en un punto fijo del Horizonte. Llevaba la

misma ropa que el día anterior: Los viejos vaqueros, que le quedaban algo ajustados, con el blanco niqui publicitario, recién lavado de la tarde anterior, realzando así su graciosa y femenina belleza. Con la gorra publicitaria color verdoso-azulado claro, sobre su negro pelo recogido en "cola de caballo"; dándole el Sol por el costado derecho, impresionaba su aspecto un tanto místico y majestuoso a la vez.

Entre tanto, Juan la contemplaba impresionado… Como si estuviese viendo un espejismo. La veía entre un ángulo del costado izquierdo y el frente de ella. Como el día anterior, le parecía ver en su cara un ligero resplandor; como si fuese irreal o mas bien una visión que ante él se presentaba con la figura de su mujer.

Pensaba que ella sufría una especie de transformación; pero ¿por qué? Él, era médico. No podía ni quería pensar en esas cosas. ¿Sería algún efecto alucinante de su mente sin ser Luisita la causa? Pero allí estaba ella. Era su mujer, que hasta allí había llegado en su compañía. Él no había tenido nunca alucinaciones ni visiones raras. Así estaba Juan, sin poder olvidar lo sucedido el día anterior. Quería olvidarlo, pero no podía: Era estéril, y su esposa no podía concebir ni tener unos hijos a los que poder amar, por ser él la causa. Siendo Luisita una de esas personas nacidas para amar; como si fuesen la misma encarnación del amor, nunca podría depositar su maternal amor en unos hijos que habrían sido la culminación de su aspiración matrimonial, para ser ofrecidos a Dios. "Otra vez Dios" -se decía a sí mismo-. ¿Qué tendrá que ver Dios en esto? Si es tan bueno, como Luisita dice ¿porqué le priva a ella de realizarse como madre de unos hijos que a Él se los pensaba ofrecer? ¿Cómo puede hablar de Dios con esa fe y ese ardor, que se refleja en su semblante y en sus ojos, si Él la impide ver realizada la ilusión de su vida y, a pesar de ello, dice que todo es lo que el Señor quiere?"

En estos pensamientos estaba Juan, de los que quería evadirse mirando cuanto le rodeaba; pero por más que miraba para distraer su mente; los mismos pensamientos y las mismas preguntas volvían una y otra vez a su mente, como esas pesadas moscas que, por mucho que se las espante, siempre vuelven.

Al terminar Luisita de aquella meditación-oración, en la que a veces su tiempo dedicaba, en los más diversos lugares; miró a Juan, viéndole serio y cabizbajo, siguió como distraída recorriendo aquellas ruinas, recordando juegos o personajes que ella y su pandilla allí representaran. Él, levantando la cabeza, vio a su mujer a unos diez metros de distancia, subida como en un poyato de cal y piedras. Su "diosa" se había movido, ya no le parecía la

misma que un rato anterior. Desechando el pensamiento de su "visión"; al verla allí subida:

- ¿Quieres que te llevemos otra vez, sobre un colchón de lana de oveja, metida en un furgón, hasta el Hospital de Guadalajara?

- ¡Enemigos a la vista…! ¡Adelante mis gerreros! ¡Al ataque, valientes! ¡Vamos… Vamos a por ellos!

Esto decía Luisita, mirando a su esposo, con el brazo izquierdo extendido y la mano a la altura de la cabeza, señalando con el dedo índice hacia la margen derecha de río abajo, y con el brazo derecho extendido también, con la mano a la altura de su cintura, como animando o arengando, con voz en grito, a sus invisibles guerreros.

Sin poder contener unas risas o carcajadas; contagiando también a su marido, que no salía de su asombro, ante la desbordante alegría que ella manifestaba repasando sus juveniles recuerdos.

Calmados los ánimos, Juan se levantaba de su asiento yendo hacia donde su esposa estaba, observando los cimientos y restos de paredes de aquel Viejo Molino, como queriendo descubrir su conformación, volviéndose a sentar después con cierto aire cansado.

En la pared paralela a río se veía un hueco por donde, en su tiempo, saldría un eje de madera que en la punta exterior tendría una rueda grande que, movida por la fuerza del agua, a su vez movería la polea situada en el extremo interior, y por medio de una correa de transmisión, haría mover el mecanismo de aquellas grandes piedras de moler.

- Mira, Juan, en este hueco, decíamos que era donde el molinero guardaba el dinero. -Comentó ella, señalando un hueco en la pared.

- Poco dinero tendrían que guardar entonces. Lo realmente cierto es que el tiempo todo lo crea y todo lo destruye. Es el enemigo de las cosas y de las personas.

Al decir esto, Juan sintió una sensación de tristeza, mirando a su mujer que, por su extraordinaria belleza y hermosura, bien podría participar en concursos de belleza; imaginando el cambio que sufriría su semblante y su físico, perdiendo hermosura y belleza, con el paso del tiempo. Tratando de evitar tristes pensamientos, relativos a su esposa, que sin duda le conducirían a recordar la mañana anterior, pretendía vivir el momento presente:

- Cuántas personas habrán comido pan gracias a este molino, y nunca pensarían que terminaría en este estado. Con qué satisfacción se marcharían de aquí con sus sacos de harina cargados en mulas y burros, teniendo asegurada buena parte de su alimentación y la de los suyos; que pena…

- Nada es eterno, mi querido Juan; nosotros tampoco. Nos haremos viejos y achacosos enfrentándonos a la muerte, y sólo tendremos como equipaje las obras buenas o malas que hayamos realizado durante nuestra vida, que se pasa en menos de lo que pensamos. Sí, Juan. Lo peor de todo es que al mundo y al ser humano, sin querer pensar ni profundizar en estas cosas, le sobran sonrisas "profident"; le sobran sonrisas cargadas de orgullo, soberbia y vanidad; sonrisas forzadas de hipocresía y de maldad, y le faltan sonrisas que, cargadas de amor y de espíritu de entrega, inspiren confianza, paz, alegría y bondad; ¿sabes por qué? ¡Porque al mundo y al hombre le falta amor, le falta Dios! Por eso vemos como millones de hombres y mujeres corren tras los placeres, aunque se manchen y corrompan en el pecado y el vicio; todo por llenar un "vacío" que sienten dentro de ellos, que es el hueco que dentro del alma estaba reservado a Dios; pero que, al rechazarle y despreciarle a Él, el hombre le llena con soberbia, orgullo y vanidad y muchos vicios más.

Juan, sentado sobre parte del cimiento de aquel Viejo Molino, con atención y cierta emoción, había escuchado a su mujer que, una vez más, había dado rienda suelta a sus sentimientos. Si las palabras que ella acababa de decir eran convincentes el tono con que las había pronunciado, lo era mucho más, por la fe, el amor y el sentimiento con que hablaba.

Esta vez, que Luisita también le había hablando de Dios; él, con la mirada a larga distancia en el suelo, meditando y sentado en el cimiento del Viejo Molino, había preferido no mirarla a la cara, y reconocía, en gran parte, que lo que ella terminaba de decir era cierto, por no decir el todo.

Ella, en silencio, se había retirado unos pasos, también meditando sobre cuanto acababa de decir, y con la mirada como sin fijarla en ninguna parte; al cabo de unos momentos, volviendo hacia Juan y sentándose a su lado, en tomo más suave y pausado que antes, comentaba:

- Lo peor de todo no es lo que acabo de decir, sino que muchos niños y multitud de jóvenes están atrapados en los vicios, no sólo sin principios espirituales, sino sin principios morales, sin respetarse a sí mismos ni a los demás, pisoteando su propia dignidad, y éstos han de ser los hombres y mujeres del mañana. Tú sabes y conoces como se desarrollan algunas fiestas en la Universidad. Y de allí han de salir las "cabezas pensantes" y dirigentes de la sociedad: Políticos, juristas, médicos, abogados, periodistas, profesores, etc., etc., que no han de ser máquinas para cumplir con una misión para la que han sido preparados o "programados", porque, en estos casos, los conocimientos adquiridos, si no se apoyan en una moral, en una honradez y

en una integridad a prueba de “tempestades”, en no pocas ocasiones llegan a causar efectos contrarios a los que deberían producir, llegando incluso a crear inocentes víctimas que sufrirán las consecuencias. Por otro lado, el “fenómeno” del “botellón”, los preservativos en las puertas de los Institutos, más las “pastillas” y la corrompida televisión, manchando los ojos, oídos y sentimientos de multitud de niños y jóvenes desde su más tierna edad, sin que nadie levante la voz a favor de ellos, porque nos estamos acostumbrando a vivir en el “cieno” como los gusanos, y todo lo damos o admitimos como normal o natural.

- Mira, Luisi, no puedes medir a todos con la misma bara, ni meter a todos en el mismo “saco”; hay mucha gente buena, tanto jóvenes como mayores que hacen “voluntariado” y otras acciones benéficas dedicándose a los demás. Ya ves mi hermano Luís, cuando puede dedica su tiempo en labores humanitarias, y los veranos se marcha como cooperante a otros países.

- Sí, hay mucha gente buena; pero mete en una habitación cerrada, durante tres días, a un griposo con seis personas que no tengan la gripe, y después me dices quien ha contagiado a quien.

Juan, ante esta réplica de ella, quedó en silencio durante unos instantes, mirándola con cariño y admiración, como dándole la razón:

- Tú y yo hacemos el bien que podemos, tal vez podríamos hacer más; pero, como tú dices, si todo es lo que Dios quiere, dejémoslo todo en sus manos, que Él sabrá la forma y el modo de arreglarlo. No te preocupes tanto. Todo tendrá solución.

Ella quedando sorprendida ante esta respuesta de su esposo, se dijo a sí misma: “Me ha dicho que lo dejemos en manos de Dios, luego entonces ¿estará empezando a creer?”.

Haciendo una pasusa, creyendo conveniente cambiar de tema, por no hacerse la pesada o molesta, queriendo dar un giro a la conversación:

- Me gustaría ir hasta el Puente de Piedra; con este día tan espléndido, da gusto estar por aquí, junto al río; sólo está como a un kilómetro río abajo, podriamos llegar hasta allí dando un paseo ¿quieres?.

Antes de dejar aquellas ruinas, habiendo dando alguna vuelta sobre ellas; fueron río arriba hasta la antigua presa, a unos veinte metros del molino, de la que, por un canalillo, tomarían el agua para mover el molino, y que actualmente surtía de agua a una acequia para regar unos pequeños huertos familiares que en la margen del río, cuidaban y cultivaban algunos vecinos del pueblo. Estuvieron contemplando las compuertas que los hortelanos abrían o cerraban, cuando querían regar sus huertos.

Posteriormente, iniciaron la marcha río abajo, por un estrecho pero bien cuidado camino que les servía de acceso a los huertos, por el que pasaban con algún tractorcillo y alguna furgoneta, para llevar al pueblo las verduras y hortalizas que aquellas gentes serranas producían.

La feliz pareja estaban maravillados viendo correr el agua, unas veces mansa y otras más rápida, escuchando su rumor entre las piedras. El caudal de agua era como un arroyo en crecida. Escuchaban el tintineo de las hojas de los árboles, junto a las márgenes o riberas del río; también los cantos y los trinos de los pájaros que revoloteaban entre las ramas de los chopos y álamos que por allí abundaban. Disfrutando del Sol y de una suave y pura brisa serrana, miraban también los huertos que, en esas fechas, sólo eran tierra bien preparada para sembrar, y poco más, lo cual tenían que esperar por temor a las heladas tardías que a principios de mayo se daban en aquella zona. Los frutales ya cubiertos de hojas con sus incipientes frutos. Todo esto, para el feliz matrimonio, siendo gente de ciudad, era como estar en un mundo pletórico de paz y serenidad, en el que ellos gozaban al máximo de cuanto sus sentidos percibían.

Llegaron al Puente de Piedra, que se decía había sido construído por los árabes. Estaba situado en el vértice del estrecho camino de los huertos y el camino que desde allí conducía al pueblo, que, a su vez, con el camino que iba del pueblo al Viejo Molino, formaban un triángulo perfecto. Ya en el puente, se sentaron en el pretil de piedra de aguas abajo. Juan, gozaba encantado contemplando el paisaje, con el maravilloso día, el limpio azul del cielo, la pureza del aire, y por encima de todo ésto: la dulce compañía de su encantadora mujer… Diciendo él:

- ¡Cuándo nos jubilemos, nos tenemos que venir a vivir aquí! Al menos, por temporadas; porque Madrid se está poniendo…

- Por mí, encantada. Madrid, es un agobio excitante y agotador; me queda grande. No se pueden hacer comparaciones. ¡Aquí se relaja el cuerpo, la mente y el alma…!

Cambiándose de postura en el pretil del Puente de Piedra en el que estaban sentados, echando los pies hacia fuera, hacia aguas abajo.

- Mira Juan. Desde aquí -señalando una parte del pretil de piedra-, se tiró mi prima Loli, vestida y todo al agua, cuando todo nuestro grupo o pandilla estábamos sentados tan tranquilos. Había entonces como unos cincuenta centímetros de agua; hizo como que se ahogaba; no veas que susto. Esto fue unos días antes de mi accidente; ¡Cómo nos lo pasábamos… y cómo ha pasado aquel tiempo! -Decía ella con cierta nostalgia-. Date la vuelta y ponte

como yo; mirando al agua, y verás. Dime, que ves en el agua… Vuelve a mirar -Juan, mirando al agua respondía:

- ¡No veo nada…, sólo veo agua y las piedras del fondo!

- El agua que has visto pasar, ya no la volverás a ver más! ¡Así son nuestras vidas! ¡Hoy vemos personas o cosas que mañana u otro día dejamos de ver, para no volver a ver jamás! Sin embargo, el hombre moderno de esta generación agitada y estresada, engreído en su soberbia, sólo piensa en el momento presente, despreciando el ayer que pasó y no queriendo saber nada del futuro desconocido. Los hombres y mujeres de estos pueblos, fueron felices con lo poco que tenían, sin sufrir los efectos de la desmedida y atroz ambición de la sociedad actual, origen de no pocos males; de no pocas enfermedades físicas y mentales. De ésto, tú sabes mucho, muchísimo más que yo. Estas gentes no disfrutaron de los logros de la ciencia y la técnica moderna; pero tuvieron paz y unión. Se ponía el Sol, y al calor de la chimenea, en invierno, estaba toda la familia; en verano, al fresco de la noche hablaban unos vecinos con otros. En casa, todos comían en familia, a la misma hora y en la misma mesa, escuchándose unos a otros, sin estar pendientes de la televisión, que no tenían ni de ella dependían. ¿Que también tendrían problemas? pues claro que sí; pero se ayudaban unos a otros, se compadecían unos de otros porque tenían amor. Llegó la industrialización en las ciudades, y estos pueblos se quedaron vacíos de jóvenes, que son la continuidad de la vida; cayendo los pueblos en una lenta agonía; donde nos encanta volver a los hijos de aquellos que un día, por razones de trabajo, abandonaron el pueblo que les vio nacer.

Luisita, con cierta emoción y nostalgia, haciendo una pausa:

- Sí, Juan, estar aquí, es como vivir en un mundo lleno de paz y de amor. Todos no saludamos, nos decimos adiós o hasta luego con caras que reflejan paz y serenidad. ¿Que hay algo de cotorreo…? Puede haberlo; pero de ahí no se pasa, porque aquí no ha llegado la deshumanización existente en las grandes ciudades, ni la individualización del ser humano que, por muy rodeado que de personas esté, se encuentra solo entre una multitud de extraños y desconocidos, en no pocas ocasiones. Desconfiando los unos de los otros; salvo excepciones, mirándose como enemigos. Por otra parte, la masificación de las ciudades; la machacona publicidad; la superabundancia de géneros de consumo en comercios y supermercados, incitando al hombre a comprar y consumir más y más, como si este fuese el único modo de alcanzar la única y verdadera felicidad. Los trabajos del matrimonio en distintos horarios; los hijos con sus horarios en los estudios o trabajos, haciendo de la

unidad familiar un grupo de personas que no tienen tiempo para la convivencia, razón por la cual, esa unidad familiar, en no pocos casos, salta hecha añicos, por no haber tenido tiempo para conocerse, para entenderse y para poner a Dios en el centro de aquella familia y de sus vidas. Por otra parte, cuántas son las personas que, viviendo en el mismo piso, escalera o portal, no se conocen o se conocen sólo de vista, sin saber como se llaman o cual es su procedencia, etc., etc. Ante estas circunstancias al ser humano le es muy difícil encontrarse consigo mismo, y aún más difícil encontrarse con Dios, que sería el centro de su vida en medio de aquel torbellino de vida que le arrastra sin saber donde. Sí, mi querido Juan, éstas y otras causas que me repugna recordar, son las derivadas de una sociedad en la que, el hombre, dándose más culto a sí mismo que a Dios, absorbido por un llamado progreso materialista y consumista, se autodestruye rechazando a Dios y renegando de Él. De esta "plaga", las gentes de estos pueblos, por ahora se ven libres. Te diré unos versos de José Mª Pemán, que hace mucho tiempo anoté en mi libreta privada:

Vida serena y sencilla,
yo quiero abrazarme a ti,
tú eres la sola semilla
que nos da flores aquí.

Conciencia tranquila y sana
es el tesoro que quiero;
nada pido y nada espero
para el día de mañana;

y así, si me da ese día
algo, aunque poco, quiza,
siempre me parecerá más
de lo que yo le pedía.

- Este ha sido el sentir de estas mis gentes, de este pueblo serrano que me vio nacer. Si te ha cansado… discúlpame. ¡Qué estos "paraísos" de paz y serenidad, tengan que morir; por la sinrazón o abandono de los hombres…!

Juan, la había estado escuchando; unas veces miraba al agua que pasaba bajo el puente, como si ésta quisiera pararse a escuchar a Luisita, y otras veces la miraba a ella, que haciendo igual que él, unas veces le miraba,

cruzándose sus miradas, y otras miraba al agua del río. Según ella callaba, después de su "sermón", esperaba que Juan algo dijera, pero seguía callado, a lo que ella no tuvo más remedio que romper, diciendo:

- No dices nada, ¿acaso te he molestado? De esto que te he dicho, sabes más que yo; muchísimo más que yo. Nunca te he preguntado ni quiero preguntarte nada de los "casos" que se te presentan o hayan presentado. No me contestes; pero, ¿a cuántas mujeres has atendido en tu Consulta, como Ginecólogo, que después de haber abortado han sufrido trastornos internos y mentales, incluso adolescentes o menores de edad? Y si tienen trastornos mentales, malo; y si no los tienen, peor; puesto que su condición humana es tan pobre que les impide tener remordimientos, lo cual demuestra que son incapaces de transmitir amor, porque de él carecen, porque les falta Dios. Sí, mi querido Juan, créeme, y tienes motivos para creerme; las almas que rechazan a Dios y le niegan y reniegan de Él, desconocen lo que es el amor puro y limpio, el que procede de Dios. Sí, éste es el único amor que hace feliz al ser humano, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en el dolor, en la compañía y mucho más en la soledad, en aquellos momentos en que el alma se abandona plenamente a Él, en íntima unión con Él, sin nada ni nadie que se interponga ni cause impedimento.

Luisita, agarrándole de la mano y mirándole fijamente a los ojos, según seguían sentados sobre el pretil del puente, hablándole mucho más con el corazón que con la boca, seguía:

- Si muchas almas entendieran ésto, con todas sus fuerzas buscarían a Dios y le encontrarían. ¡Solamente los humildes y sencillos encuentran a Dios!

Una vez más, echándole el brazo por los hombros, al tiempo que le daba un beso en la cara le decía: "Te quiero…" Respondiendo él: " Y yo también".

Juan, que había vuelto a ver el semblante de su mujer, como con aquel brillo especial, radiante de pureza, de belleza y de amor, en aquellos instantes pensaba: "Si los ángeles existen, no me cabe duda que esta "chica" es uno de ellos, que Dios ha puesto en mi camino… para conducirme hacia Él".

- Eres única mi querida Luisi, si no fuera porque te toco y siento el roce de tu cuerpo con el mío, pensaría que eres una visión que se me presentaba con tu voz y con tu figura. Sigue así y no cambies nunca, mi querida serrana. Me has preguntado, ante mi silencio, que si me habías molestado. Como me voy a molestar contigo y con tus palabras, que las dices más con el corazón que con la boca: Sabes que tengo mis dudas sobre la existencia de Dios; pero, con mis propios ojos veo como muchísimas personas teniéndolo todo, viven amargadas y son incapaces de ser felices, y son incapaces también de

transmitir alegría y de hacer felices a nadie, consumiéndose en su propia amargura. Y, por otra parte, veo a personas que con sueldos para pasar hambre, viviendo auténticos dramas, saben sobreponerse y tienen paz, y me hablan de su confianza en Dios, incluso me dicen, cuando se marchan de mi consulta: "Que Dios le bendiga".

Haciendo una pausa, mirando fijamente a su esposa, continuaba:

- No. No me he molestado con lo que dices, si tienes toda la razón del mundo; si continuamente veo y contemplo eso que dices de las sonrisas "profident", cargadas de hipocresía y falsa felicidad. Si yo también quisiera que todo el mundo tuviera tu sincera y pura sonrisa, y los mismos sentimientos que anidan en tu corazón. Pero ¿por qué, es tan difícil ser como tú eres?; ¿por qué? Esta es la pregunta que me hago mil veces. Sí, en mi consulta me encuentro con mujeres mayores llenas de ilusión, a pesar de saber que tienen un cáncer dentro de ellas, que también me hablan de Dios; y me encuentro con ciertas jovencitas que me hablan de suicidarse. ¿Por qué? Me pregunto. ¿Por qué…? Quisiera tener la desbordante alegría que tienes tú, incluso ante la adversidad. Estuviste metida en una escayola durante meses, a tus once años. Por lo que me tienes contado. Poco tiempo después, siendo una niña, presenciaste la muerte de tu hermana, de la que fuiste testigo en plena calle, y que situación tuviste que soportar; cuando contabas con doce años de edad. Antes de hacer el año de habernos casado, soportaste el fallecimiento de tus padres, y todo lo superaste con una fortaleza de espíritu admirable, fuera de lo normal. Esta es la pregunta: ¿por qué…? Quisiera tener esa fuerza interior que tú tienes. También quisiera ser como mi hermano Luís; quiere terminar sus estudios de Medicina para irse a "Médicos sin Fronteras". Lleva tres veranos yéndose a países de Centroamérica, como voluntario o cooperante, con tal de darse a los demás. Luis y tú, por vuestras ideas, sentimientos y por vuestros comportamientos personales, parecéis de otra especie fuera de lo común. Diría que sois como dos "almas gemelas".

Sin pensarlo ni pretenderlo, se había abierto como un abanico mostrando sus sentimientos, mientras ella le escuchaba admirada, sin poder dar crédito a lo estaba escuchando.

- Cómo me voy a molestar contigo, "ángel mío", si en todo caso serías tú, quien tendrías que molestarte conmigo por haberme entremetido en tu vida o interpuesto en tu camino. Si tú podrías haber sido otra Teresa de Calcuta, sin importarte colores, razas o religión; si tú puedes "evangelizar" y llevar almas a Dios sin hablar del Evangelio. Solamente con ese manantial de amor, limpio y puro que es tu corazón; con tu sonrisa y tu cara de ángel, puedes

ganar almas para Dios. Sí, querida Luisi, no solamente es el Evangelio el que habla a los hombres de Dios, sino los corazones puros y limpios que, con sus ejemplos y con sus vidas, hablan de Él. Mi hermano Luís, me habla de Dios con su modo de vivir y su bondad, no con palabras llenas de ciencia religiosa o espiritual. Tú me hablas de Dios con tu amor, con tu sonrisa y con tu semblante de "virgen inmaculada" y con tus palabras que en mi interior suenan como latidos de tu corazón, acompañados de suave "música celestial". Quisiera seguir mostrando o descubriéndote mi sentir y mis dudas; pero, ¡dejémoslo así… Luisi! ¡Es mejor dejarlo!.

¡Luisita, no podía creer lo que estaba escuchando! Estaba desbordada de gozosa alegría que prefirió dominar con la mayor naturalidad, para que Juan no se sintiera molesto después de aquella "confesión". Los dos esposos, estuvieron en silencio durante unos instantes, hasta que ella, cambiando la postura de sus piernas, que las había tenido como Juan, colgando hacia el agua; según estaban sentados en el pretil de aquel puente; se levantó tirando de la mano de él; ya levantados en el centro del puente, agarrándole de las dos manos y mirándole tiernamente a los ojos:

- ¡Juan! ¡sin saberlo, tú crees en Dios! Confía en mí. No te hagas preguntas. Pero, ¡por nuestro amor! ¡Confía en mí…!

Lusita, agarrándole de un brazo por encima del codo a la vez que le impulsaba a girar:

- Gira despacio sobre ti mismo, contemplando el azul del cielo y la maravilla que nos rodea: La Naturaleza con todo su esplendor. Que no está aquí por pura casualidad o propio capricho de sí misma. Aquí, en este bello marco que estamos contemplando, también está Dios. Porque la Creación entera también es su Templo, y donde hay dos o más corazones que se amen, sin intereses o egoísmos, con espíritu de entrega, con puro y limpio amor, allí también está Dios. ¡Porque Dios es Amor!.

Él, tomando a su mujer, con los dos brazos por la cintura, y ella echándole sus brazos al cuello de él, con sus caras pegadas, unidos en un emotivo abrazo, sobre el Puente de Piedra, también se juraron amor eterno.

Comenzaron el camino de regreso al pueblo, no por el que llegaron al Viejo Molino, sino por el que conducía desde el pueblo hacia el Puente de Piedra y viceversa. Caminaban pensando sobre lo que habían comentado, sentados en el pretil del puente. Él, recordando un tanto extrañado que, aquel como brillo que en el semblante de Luisita veía cuando ella hablaba de Dios, no había sido igual en el pretil del puente como cuando la vio quieta, estática, que a él le parecía como una "diosa", con el brazo izquierdo dejado caer,

pegado al cuerpo y la mano derecha apoyada en la cadera, mirando al frente, con la cabeza ligeramente elevada. Así la había visto, con mayor brillo en el semblante, un tanto majestuoso, en las ruinas del Viejo Molino y en la mañana del día anterior, en la piedra de "su secreto y de su amor". Al recordar la mañana anterior, forzosamente recordó lo allí ocurrido, a más de la "visión" que de ella tuvo: La realidad sobre él, que tanto tiempo se lo había silenciado a ella. Su sentido de culpabilidad por tenerse que privar Luisita de traer al mundo aquellos hijos que sobre aquella piedra se habían "prometido".

¿Qué reacción tendría ella de ahora en adelante y con el paso del tiempo, sabiendo que no podría ver cumplida su ilusión de tener aquellos hijos "prometidos"? Y más, cuando se fuese marchitando su hermosura y belleza; contemplando a otras las madres, llevando a sus hijos de la mano al Colegio en el que, como profesora, ella los tenía que recoger. Porque hasta ahora, había vivido con la ilusión de ser madre; ilusión frustada que, en lo sucesivo, podría ser causa de cierto inconformismo que pudiese derivar en tristes consecuencias. ¿Tendría siempre la misma conformidad que ahora tiene frente a la adversidad? ¿Sería su matrimonio uno más de los que engrosan esa "plaga" de divorcios?

Queriendo olvidar estos pensamientos, volvió a recordar la visión de su "diosa" en el Viejo Molino. Él no estaba loco –pensaba- ni era ningún visionario. Él la había visto, no era una ilusión o espejismo, porque Luisi estaba allí. Lo que no podía sospechar Juan, es que ella tenía cierta facultad un tanto "mística" que, en ciertos momentos, no siempre, cuando se ponía en oración o hablaba de Dios, era tal su estado de recogimiento y concentración, que sufría como una transformación que la abstraía de cuanto le rodeaba, sin que ella percibiese tal estado o situación.

Dándose cuenta Luisita, de que su marido nada decía y que algo serio estaba dando vueltas en su cabeza, moviéndole el brazo al que iba agarrada; con su habitual sonrisa, mirándole a la cara, en tono alegre:

- ¡Despierta! ¡Qué estoy a tu lado! Y no te enteras. ¿En qué irás pensando?

- En el puente, pensaba en el puente.

- En que le construyeron los árabes ¿eh? –Respondía ella en tono de broma y con cierta ironía.

- ¡Claro que sí…! ¡Qué sería de mí sin ti! ¡Mi querida Luisi! Vales tu peso en oro. ¡Eres una bendición que ha caído sobre mí! Por mucho que te lo agradezca, nunca podré agradecerte cuanto de ti recibo. ¡Eres, querida mía, la ilusión y alegría de mi vida…! -Contestaba con cierta emoción, a la vez que con su mirada le mostraba todo su cariño; en tanto que su esposaa, con cierta

satisfacción y la dulzura reflejada en su semblante, le daba un apretón con sus dos manos en el brazo al que iba agarrada.

- Mira, ahí está el tío Emilio, hermano de tía Fermina. En esa caseta que tiene para guardar las herramientas, todos los de muestra pandilla, nos tuvimos que resguardar de una tormenta, para no mojarnos. ¡Qué truenos…! Y, ¡qué relámpagos!, si daba miedo… Tuvimos que cerrar la puerta, porque tanto llovía y el viento tan fuerte, que la lluvia entraba dentro de la caseta. Mi primo Tito, tan pequeño… ¡cómo lloraba! Ahí estuvimos hasta que la tormenta pasó. No nos mojamos con aquella tormenta; pero, cuando llegamos a casa, otra "tormenta" nos cayó encima. Hubo quien recibió algún azote y un día sin salir de casa para nada. Pero como en toda tormenta, también en las de la vida, después de pasadas, vuelve a salir el Sol con el ambiente o el aire más limpio y purificado.

Con una media sonrisa, Juan la escuchaba, al tiempo que a ella la veía entusiasmada, relatando aquellas "aventuras" de su infancia; aunque para sí, se decía: "Esta "chica" tiene el don de alejar de mí, todo pensamiento que pueda molestarme".

Llegaron hasta el huerto del tío Emilio, al que, de lejos, Luisita saludaba. Diciéndoles el hortelano que se acercaran hasta la caseta. Allí tenía cortados unos manojos de espárragos, regalándoles uno de ellos:

- Tomad, para que los probéis; no tengo más que daros por ahora, cuando vengáis en el verano, ya os daré tomates y más cosas del huerto. Por ahora, no tego nada más que unas cebollas y lechugas que todavía no valen. Ya voy a empezar a plantar los tomates y pimientos, y otras cosas; es de suponer que ya no vendrán heladas –Sonriendo, dirigiéndose a Luisita-: ¡Cuando eras una chiquilla… y ahora que guapa eres y que preciosa eres!

- ¡Qué me va a sacar los colores, tío Emilio! –repondía ella riendo.

Con el tío Emilio pasaron un buen rato hablando y recordando tiempos pasados; también recordaron el día de la tormenta; despidiéndose de él hasta otra ocasión, se encaminaron hacia el pueblo. Pensando en el tío Emilio, Luisita, comentó:

- ¡No hay felicidad completa!. Visto de lejos, el tío Emilio, sería envidiado por multitud de hombres y mujeres de las grandes ciudades; sin ruidos, sin prisas, sin desconfiar del que a su lado está, sin contaminación, ambiental o social; disfrutando de este azul y limpio cielo, de este airecillo serrano, puro y limpio, como los pensamientos de un niño, que conforta el cuerpo y el alma; pero siempre hay un ¡ay!, también para este buen hombre, que es el tío Emilio -mirando a su marido, con signos de compasión en su semblante,

continuaba-: ¿Sabes para qué quiere el tío Emilio los cuatro manojos de espárragos que tiene en la caseta del huerto? Uno para él y su mujer, los otros tres… para regalarlos a los vecinos que, por su edad y achaques, ya no pueden tener huerto. Mientras sus hijos, los del tío Emilio y los hijos de los vecinos que tienen achaques, -por residir bastante retirados del pueblo-, si llega el caso, sólo vienen a ver a sus padres una vez al mes, o más tiempo, si cabe, y no llegan a probar los espárragos que su padre sembró, más pensando en sus hijos que en él… Sí. Esta es la "suerte" con la que se tienen que enfrentar el tío Emilio y su mujer, y casi todos los mayores del pueblo: La soledad familiar y el alejamiento de los hijos… ¡Es así la vida! ¡Qué pena!

Faltando ya poco para llegar al pueblo, preguntaba Juan:

- ¿Qué es la felicidad, y dónde está?

- Tú sabes que hay felicidades momentáneas o pasajeras, que dejan a las personas más tristes o vacías que antes estaban. Felicidades que son como una "obra de teatro" que, cuando terminan, "baja el telón", y allí no queda nada. La pregunta que me has hecho, tú solo te la has contestado cuando hace un rato estábamos sentados en el pretil del puente: "Has dicho que tratas con quienes teniéndolo todo para ser felices, viven en continua amargura, siendo incapaces de ser felices. Has dicho que algunas jovencitas te hablan de suicidarse. Y también, que tratas a personas que viviendo auténticos dramas, tienen paz y te hablan de su confianza en Dios; incluso te dicen, al despedirse: "que Dios te bendiga". Y que atiendes a mujeres, de diversas edades, llenas de ilusión, sabiendo que padecen un cáncer, también te hablan de Dios". ¿Qué respuesta quieres que te dé? Si bien te la podría dar claramente un niño de Enseñanza Primaria en su primer o segundo curso. Si esto es como presentar a un niño de mi clase de Enseñanza Infantil, un dibujo con un niño que llora porque no tiene chocolate y otro niño que ríe por que sí tiene chocolate, y preguntarle por qué llora uno y por qué ríe el otro.

Callándose por unos instantes, como tomándose tiempo:

- ¿Qué es la felicidad? Me has preguntado: Te contestaré a mi manera. La aceptación de todo lo que ocurre a cada uno, sea bueno o sea doloroso en sus múltiples caras o condiciones como querido por Voluntad Divina. Para los no creyentes, la pura y paciente aceptación de todo cuanto les ocurra, sea alegre o no lo sea, de lo que no se pueden evadir o librar, como venido o querido por lo que ellos llaman suerte o destino; tratando de superar obstáculos o contrariedades, que todo el mundo tiene en la vida, y que nunca uno mismo es el más desgraciado de la tierra; por que la vida es lucha, vencimiento y sacrificio. No hay nadie que continuamente pase la vida riendo y gozando…

Con semblante serio, mirando fijamente a su esposo, continuaba:

- La segunda parte de tu pregunta ¿dónde está la felicidad?: Me remito a esos grupos de personas que atiendes en tu Consulta, que, según tú, unos tienen paz y otros no. Las razones de un grupo y otro grupo las conoces tú mejor que nadie. Pero también te diré, que la verdadera felicidad está en el bien hacer de cada día, con ilusión y espíritu de entrega en la labor que cada cual realicemos donde quiera que nos encontremos; pero la "suprema y auténtica felicidad" esta en aquellos corazones que saben amar, sin intereses, sin egoísmos; sin esperar nada a cambio o incluso dando su vida en beneficio de otro y de sus semejantes. ¡Sólo el amor proporciona la felicidad!

Estaban llegando al pueblo; Luisita, veía a su marido un tanto serio y pensativo. Él, en sus pensamientos, al llegar a este punto de "dar la vida en beneficio de otro", recordaba las palabras que ella había pronunciado la mañana anterior: "Te daría mis ojos para que tú siguieras viendo, aunque yo tuviera que vivir ciega". "Te daría mi corazón o mis riñones… para que tú…" Juan, serio y emocionado, pasando por su mente los recuerdos de aquella mañana, en su mutismo, nada decía. En tanto, Luisita, obsevando la situación de su marido, en silencio caminaba agarrada del brazo de su esposo.

Paseaban dando un rodeo por las afueras del pueblo, comtemplando el sereno panorama que ante sí tenían, disfrutando del día y de aquel paisaje que unas horas después tendría que abandonar. Habiendo dado casi una vuelta casi completa al pueblo, se caminaron a desprdirse de sus tíos Julián y Fermina, de Justa y de algunos vecinos más que como familiares les tenían. Posteriormente, marcharon hacia su casa, donde pensaban ducharse, comer y descansar un rato, antes de partir hacia Madrid.

CAPÍTULO II

Adolescencia y juventud de Luisita

Juan había nacido en Madrid, el día veinticuatro de junio, fiesta de San Juan Bautista. Siempre había vivido en Madrid; siendo chico, durante los veranos, sobre todo, pasaba algunas semanas en Arganda del Rey (Madrid), donde vivían sus abuelos maternos, lugar de donde su madre procedía.

Juan era alto, de complexión atlética; muy aficionado al fútbol-sala, a la natación y al tenis. Antes de casarse, tuvo una lesión de rodilla, no de mucha gravedad, por lo que se vio obligado a dejar la práctica del fútbol-sala y del tenis; haciendo en la actualidad algo de gimnasio y natación, dos o tres días a la semana. Con un metro ochenta y dos centímetros de estatura; con ochenta y siete kilos de peso; pelo color castaño oscuro y piel morena, no tanto como Luisita; elegante en gestos y palabras y en el modo de obrar; simpático y respetuoso con todo y con todos, aunque no muy elocuente, gustándole más escuchar que hablar. Podría decirse de él, aquello que a Luisita le dijo su tía Justa: "Eres el chico que toda madre hubiera querido como novio para sus hijas"; sólo que Juan, no tenía una tía Justa que le echase piropos, pero bien se le podía aplicar similar cumplido.

Terminada la Carrera de Medicina en la rama de Ginecología, empezando a ejercer, tres meses después de haberse licenciado, en el Hospital La Paz de Madrid, donde seguía ejerciendo. Su pasión, a más de Luisita, era seguir estudiando e investigando; porque decía, que "la ciencia, cuando se para o deja de avanzar es cuando empieza a agonizar".

Su padre D. Tomás, había ejercido como profesor en la Universidad Autónoma de Madrid; actualmente recién jubilado; diciendo que "él administraba muy bien el tiempo libre". Siendo madrileño de "toda la vida", de los que antes decían: "de Madrid al cielo"; ahora dice: "en Madrid no hay quien viva"; aunque allí seguía viviendo.

Dª María, madre de Juan, había nacido en Arganda del Rey, siempre había vivido allí hasta que se casó con D. Tomás. Habiendo ejercido como A.T.S, también en el Hospital La Paz, de Madrid, desde que terminó sus estudios;

ahora también jubilada. El matrimonio poseía una vivienda en el pueblo natal de ella, donde con su marido, pasaban algunas temporadas, haciendo compañía a sus padres ya, bastante mayores, aunque estos vivían con otra hija y el esposo de ésta.

D. Tomás y Dª María, tenían otro hijo, habiéndole puesto por nombre Luis María, el cual había nacido el día veintiocho de abril -según el calendario católico-, fiesta de San Luís María G. de Montfort.

Era Luis María, unos cuatro o cinco centímetros más bajo que su hermano Juan. En el aspecto físico muy similar a éste, aunque menos corpulento. De cara podría decirse que eran gemelos, salvando los seis años de diferencia en edad. Como su hermano Juan, también estudiaba Medicina. Más dado a pensar en los demás que en sí mismo. De forma no muy intensa, debido a sus estudios, participaba en labores humanitarias y socorrismo con la Cruz Roja. Durante las vacaciones veraniegas había estado unos meses durante los tres últimos años, en calidad de cooperante, en países de Latinoamérica. Por su semblante bondadoso y sencillo, parecía el chico ignorantón al que era fácil engañar. A su hermano Juan, le admiraba, respetaba y quería tanto, por no decir más, que a su padre. También era Luís, que así siempre le llamaban, de profundas raíces espirituales.

Luisita, había nacido el día quince de marzo, festividad de Santa Luisa, por ello le bautizaron con el nombre de la santa del día, siendo esta una práctica que por entonces se daba en aquel pueblecito de la sierra del Alto Rey, en el que ella vivió hasta la edad de diez años; hasta que sus padres, cambiándose de residencia, se trasladaron a Alcalá de Henares (Madrid).

Su padre, don José también vino al mundo en aquel pueblito de la Sierra Norte de la provincia de Guadalajara. Le encantaba su pueblo y sus gentes. Habiendo estudiado Medicina en Madrid -de lo cual fue Licenciado-, estando hospedado en casa de una tía suya, hermana de su madre, que vivía en la gran ciudad. Unos meses después de Licenciarse, consiguió plaza como Médico de Cabecera o de Familia, para varios pueblos de aquella zona de la sierra, entre ellos, su pueblo. Por conocido desde chico, le llamaban Jose, sin acento; desde que al pueblo volvió como médico, siendo casi un muchacho, sin el acento y sin el don se quedó. En el pueblo se enamoró y posteriormente se casó, con la que después sería la madre de sus hijas, llamada Esperanza.

Esperanza, era una de tantas mujeres serranas curtida por las circunstancias del tiempo que les tocó vivir. Sabiendo hacer de todo y bien, lo que entonces se hacía en las casas de aquellos pueblos serranos. Al igual que su hermana Justa, era inteligente y culta. Su padre tuvo sumo interés de que sus hijas

aprendieran bien a leer y a escribir y las "cuatro reglas" –los números y las "cuentas"-; que no a todos los padres les importaba si sus hijas iban o no iban a la escuela; los chicos sí, por ser considerados como los "baluartes" de las familias, teniendo estos la obligación de "sacar adelante" a su familia.

José y Esperanza, además de Luisita, tuvieron otra hija a la que pusieron por nombre Elena, por llamarse así su abuela paterna fallecida antes de haber nacido aquélla.

Queriendo el matrimonio que sus hijas tuvieran un futuro mejor de lo que aquel pueblo serrano les podía ofrecer; don José, obtuvo plaza como médico en Alcalá de Henares (Madrid). Trasladándose posteriormente a esta ciudad, con su mujer y sus hijas, cuando estas contaban con doce años Elena y diez años Luisita. El traslado lo hicieron durante el mes de agosto, por lo que las vacaciones en el pueblo fueron más reducidas y más divertidas para las niñas, por el ir venir de un lugar a otro y por la novedad de estar en vivienda nueva y en población desconocida para ellas; aunque bien pronto se dieron cuenta de que en el pueblo estaban más a sus "anchas", y de que el piso en el que tendrían que vivir, de ahora en adelante, no era como la casa del pueblo, con su jardín delante de la casa y el amplio patio en la parte trasera, con el membrillo que ellas había plantado no hacía mucho tiempo.

Las dos hermanas iniciaron el nuevo Curso Escolar en el Colegio Religioso Calasanz, situado en la calle Santiago, de Alcalá de Henares. Sin ningún problema, se integraron con toda normalidad con sus nuevas compañeras de estudios y con el profesorado. Según pasaban los días hacían nuevas amistades. El recuerdo del pueblo no se les borraba; pero iba quedando más lejano, según se estaban adaptando a aquel piso situado en el Paseo de la Estación que seguirían teniendo como domicilio.

Transcurrieron los días con toda normalidad; llegando las Navidades, marcharon al pueblo con sus padres, "a pasarlas en familia", así decía doña Esperanza, su madre; volviendo de nuevo a su vivienda en la Ciudad Complutense, ya en el nuevo año.

Pasaban los días y las semanas sin que nada especial ocurriera en las vidas de aquella familia serrana que había dejado su pueblo por mejorar de vida. Llegadas las vacaciones de verano, volvieron al pueblecito que les vio nacer. Otra vez más, se reunían los primos y otros amigos, formando aquel grupo o pandilla que era la alegría de los mayores del pueblo y la pesadilla de sus padres. Al final de vacaciones; siendo el veintiséis de agosto, en las ruinas del Viejo Molino, Luisita tuvo aquel percance o accidente que, durante mucho tiempo, le hizo sufrir una semi-invalidez, y muchas y dolorosas

sesiones de rehabilitación, que por fortuna superó sin posterires secuelas físicas, si bien fue mucho lo que las circunstancias derivadas aquel accidente le hicieron "madurar", en el plano personal y espiritual.

Al verano siguiente, sólo estuvieron en el pueblo durante tres semanas; pues como decía su madre a los de la pandilla: "Luisita no está para muchos trotes ni para hacer diabluras". Esta, recuperada del doloroso percance, hacía una vida normal, procurando no hacer ejercicios violentos.

Habían pasado las fiestas de Navidad, ya en el nuevo año, siendo el veintiséis de febrero, sábado; las dos hermanas habían estado casi toda la mañana en el Hospitalillo de Antezana, junto a la casa de Cervantes, en el calle Mayor de Alcalá de Henares, con aquel numeroso grupo de chicos y chicas jóvenes adolescentes que, perteneciendo a diversas condiciones sociales, estaban integrados en la Legión de María, bajo la dirección del sacerdote don Manuel Palero que, de modo admirable, había conseguido reunir un grupo aproximado de un centenar de jovencitos y jovencitas, comprometidos en la Fe, con la Santísima Virgen y, en la oración, con el rezo del Santo Rosario, el cual llevaban asiduamente en el bolsillo. En este grupo de la Legión de María, también estaban integradas las dos hermanas.

Aquel día, las dos hermanas, salieron del Hospitalillo a última hora de la mañana, para tomar la Calle Cervantes, y, posteriormente, la Calle Santiago. Al llegar a la Calle Tinte, acordándose que tenían que comprar Sellos de Correos, por lo que, en lugar de marchar hacia su domicilio en el Paseo de la Estación, doblaron hacia la Plaza de Cervantes o Plaza Mayor, también por la Calle Tinte hacia la Oficina de Correos, en dicha plaza. Al cruzar la Calle de los Libreros, un coche que a bastante velocidad, procedía de hacia la Facultad de Derecho, arrolló a Elena, que marchaba como a un metro por delante de su hermana, arrastrándola por la calzada unos cuantos metros. Cuando recibía asistencia médica, aquella jovencita estaba practicamente muerta. Luisita, de rodillas en el suelo, junto a Elena, abrazándose a ella, allí estaba destrozada en un mar de lágrimas. En plena calle, había perdido a su hermana, a su confidente, a su consejera, a su mejor amiga, a quien en cualquier situación difícil, en ella encontraba solución.

Después repetiría una y otra vez: "Por qué a ella y no a mí". "Por qué a ella y no a mí…" El accidente de su hermana que había presenciado en vivo y en directo, en primera persona, era para ella como si, de un brutal tirón, le hubieran arrancado un miembro de su cuerpo, cuando solamente le faltaban diecisiete días para cumplir trece años. El pasado veinticinco de enero, había sido el último cumpleaños de Elena; habiendo cumplido quince años.

Los chicos y chicas que con ellas habían estado unos momentos antes en el Hospitalillo, enterados del suceso, acudieron corriendo al lugar del accidente. Cuando llegaron en torno a sus dos jóvenes amigas, había un grupo de personas que por la calle transitaba, contemplando a las dos hermanas tiradas en el suelo. Hubo quienes no les dejaban acercarse a aquellas jovencísimas víctimas, una yacente y la otra sufriente que, destrozada en llanto, no entendía el porqué de aquella situación dramática, dolorosa e irreparable.

Una de aquellas compañeras de Colegio que acababan de llegar, a empujones entre los curiosos se abrió paso, a la vez que decía: "¡Dejadme pasar!...", "¡que son nuestras amigas!, ¡son nuestras amigas!…"

Los amigos y amigas que hasta Elena y Luisita llegaron, alrededor de veinte; junto a ellas, todos llorando, Unos agachados, otros arrodillados; otros abrazándose a la una o a la otra, sin saber que decir ni que hacer. Una chica sacó un pañuelo de algodón, limpiando con él la sangre que cubría el rostro de Elena. Un chico sacó un rosario de su bolsillo y con él signó la señal de la Cruz sobre la frente de Elena. Otras chicas con sus pañuelos de papel o algodón, también limpiaban la sangre de Elena derramada en el suelo, envolviéndolos con un papel, que después guardarían como "reliquia". Al rato, llegaron guardias municipales y al instante una ambulancia, recogiendo el cuerpo casi sin vida de aquella adolescente que trágicamente moría, cuando empezaba a vivir.

Durante todo aquel sábado y el siguiente domingo, allí, al borde de la acera, frente donde el cuerpo sin vida de Elena había estado tendido, como montando guardia o como si de un velatorio se tratase, acudían chicas del Colegio, fueran de los mismos cursos o no, en que las dos hermanas estudiaban; y chicos y chicas de la Legión de María, del Hospitalillo de Antezana.

Pasadas las emociones de los primeros días, aquel grupo de amigos de Elena y Luisita, que por unos instantes habían acompañado a las dos hermanas, en el doloroso percance de la calle de los Libreros; que habiendo repasado una y otra vez la triste y trágica escena que habían contemplado y vivido; que les era muy difícil reponerse y que jamás olvidarían; aquella chica que, a empujones entre los curiosos, se abrió paso a la vez que decía: "¡son nuestras amigas…!" que después sacaría su pañuelo de algodón, limpiando la sangre de la cara de Elena, el cual conservaba como auténtica "reliquia"; comentó, entre los chicos y chicas del numeroso grupo del Hospitalillo, que conservaba aquel pañuelo y que no lo lavaría nunca, como recuerdo de Elena. Al momento, otra chica le pidió un trocito del pañuelo, y

otro chico también, y así varios más. Se corrió la noticia del "reparto" del pañuelo, y también de los pañuelos de las otras chicas con los que habían limpiado la sangre del suelo. Pretendían que fueran partidos y repartidos, entre los que tuviesen intención de conservar, el trocito correspondiente, con mucho cariño y como recuerdo "vivo" de Elena.

Antes de tomar una decisión, acordaron que deberían consultar a los padres de Elena. Dª Esperanza, su madre, se oponía a tal reparto. Entendía que la sangre de su hija, sería exhibida como un trofeo; pidiendo que le entregasen tales pañuelos. Cuando así estaban, aquel grupo compuesto por dos chicos y cuatro chicas. La más joven del grupo, que le faltaban dos meses para cumplir los trece años, en tono muy serio, dirigiéndose a doña Esperanza, mirándola a los ojos fijamente:

- ¡Elena es santa! ¡Está en el Cielo…! Esa mañana, en la capilla del Hospitalillo, antes de que llegaran más, sólo éramos seis; sus hijas, otras tres chicas y yo. Sus dos hijas fueron a Confesar y en la Misa Comulgaron –La chiquilla, haciendo una pausa y sin dejar de mirar a los ojos a doña Esperanza, siguió con cierto tono firme y como desafiante-. ¡Elena está en el Cielo! ¡Yo le daré mi pañuelo, pero me quedaré con un trozo y le guardaré en un joyero! ¡Quiero tenerlo como recuerdo de su hija…!

Ante la firmeza de aquella cría, dona Esperanza se derrumbó rompiendo a llorar… Después de un tenso silencio, en el que todos terminaron llorando:

- Repartidlo, sólo entre los que querían a mi hija, y me traéis un trozo del pañuelo con el que la limpiaron la cara.

Luisita, estuvo una semana sin querer ir al Colegio. En los últimos dieciocho meses, había recibido dos golpes muy duros. Muy duro y doloroso, para una niña de once años, es el estar tanto tiempo metida en una escayola; soportando cierta invalidez y duras sesiones de rehabilitacíon; pero el encontrarse ella sola, en mitad de la calle, con su hermana agonizando; cuanto todavía no había cumplido los trece años, esto era muy fuerte, era demasiado, y después, había de soportar la ausencia de Elena; estando como estaba tan unida a ella.

Aquella niña, que se enfrentó muy seria a doña Esperanza con lo del reparto del pañuelo, llamada Lucía Ruiz, acudía todos los días desde su casa, que no quedaba lejos de la casa de Luisita, para acompañar a ésta hasta el Colegio, puesto que las dos eran alumnas de la misma Clase. También otras niñas, acudían los sábados y domingos a hacerla compañía en su casa. Para Luisita, nadie suplía la ausencia de su hermana. Estuvo cerca de dos meses sin ir por el Hospitalillo, a pesar de que sus padres le animasen. Durante

varios meses, no volvió a pasar por la calle de los Libreros; cuando lo hizo, fue solamente con su amiga Lucía; a pesar de que el lugar del accidente, había sido cierto tiempo como lugar de "peregrinación", para los amigos y amigas de Elena y Luisita.

La chica que con su pañuelo de algodón, limpió la cara de Elena recogiendo la sangre de su rostro; durante mes y medio, en el lugar en que estuvo tendida Elena, con un spray de pintura blanca que llevaba en la mochila, muchos días pintaba un círculo con una cruz dentro, y como la ruedas de los coches desgastaban la pintura, nuevamente lo volvía a pintar.

Enteradas las profesoras de que Susana Villa -así se llamaba aquella jovencita de quince años-, hacía o pintaba como una marca en el lugar donde Elena había sido arrollada por un coche, le llamaron:

- Nos hemos enterado que pintas una señal en el lugar del accidente de Elena ¿podrías decirnos por qué lo haces, y qué representa?

- Lo hago en memoria y recuerdo de Elena: El círculo es el mundo, y la cruz es la señal de Cristo que Él ha dejado en la Tierra, para que con ella los hombres le sigan en el sufrimiento y el dolor, también representados en la cruz, y se purifique el mundo y los hombres, de sus errores, abusos y atrocidades.

Ante esta respuesta, de aquella jovencita de quince años que, a empujones, se abrió paso entre los curiosos, para limpiar la cara de su amiga, y conservar después su sangre como si hubiera sido de una mártir, las profesoras quedaron perplejas; no esperaban tal contestación, y después de una pausa, le dijeron:

- Allí, en plena calle, Elena dejó su vida. Anda y no lo repitas más, no sea que otro coche también te arrolle a ti. El mejor signo que puedes dar al mundo y a los hombres, es hacer el bien, y ahora tienes la ocasión de hacerlo, en memoria y recuerdo de tu amiga Elena. Haz todo lo que puedas a favor de Luisita, ella te lo agradecerá y tú te sentirás mejor.

Susana, no volvió a pintar más la calle. Poco a poco se fue acercando cada vez más a Luisita, hasta convertirse, junto con Lucía, en sus dos mejores e íntimas amigas.

Bien es verdad que, según pasaban las semanas, eran cada vez más las chicas que, descubriendo los buenos sentimientos de Luisita, le mostraban signos amistad y cariño. No tardó mucho esta, en contemplar también la otra cara de la moneda; la que muestra la envidia, que lentamente corroe en su interior a las almas ruines que, en su excesivo amor a sí mismas, son incapaces de amar; y mucho menos a quien, por su limpia pureza de

sentimientos, palabras y acciones, sin pretenderlo, es como una silenciosa acusación para aquellas personas que, por sí solas, con su conduccta, manchan su propia dignidad.

Luisita, había encontrado, entre otras, a dos buenas y excepcionales amigas; con una madurez muy superior a su edad. Susana Villa, muy preocupada por el sentido o valor del sufrimiento humano. Ella veía mucho dolor en el mundo; en ciertas familias; en muchos hombres y mujeres, ancianos y niños inocentes.

Le preocupaba el dolor producido por los hombres a otros hombres, a pueblos enteros, a naciones enteras; por ésto sufría. Ella con sus quince años, bien poco podía hacer. En éstos pensamientos, también incluía a Dios: "No, Señor, no quiero juzgarte –decía, en sus meditaciones-, pero no entiendo por qué millones de seres humanos, víctimas inocentes de la maldad de otros hombres; víctimas de los elementos de la Naturaleza; "víctimas" de la sociedad que después de crearlas las abandona… No lo entiendo, Señor. Desde niña, ya oía decir aquello de "pagar justos por pecadores". ¿Entonces? Luisita, que de pecadora tiene muy poco o nada, ¿ha de pagar por la maldad o los pecados de otros? Dame luz, Señor, no para escrutar o juzgar tus designios, sino para abandonarme en Ti, y confiar en tu Voluntad".

Después de estas o similares meditaciones que para ella eran dolorosas, de algún modo, trataba de evadirse de ellas sin conseguirlo, no tardando mucho tiempo, volvía a tener; a pesar de que ella bien poco podía hacer.

Lucía, dos años más joven que Susana, tendía más hacia cuestiones espirituales, no por ello despegada de lo humano o terrenal. Su madre la llamaba: "esta viejina", que pareces una "viejina", por sus razonamientos, a modo de sentencias. Como escuchase mentir a algún chico o chica, procuraba no hablar más con ellos, por no inspirarle confianza. La televisión no la quería ver casi nunca, porque decía que enseñaba muchas cosas malas a chicos y a mayores. Decía, que si había gente mala, era por nadie rezaba por ellos y porque no les habían enseñado a rezar y a ser buenos. Con Luisita se entendía a las mil maravillas. Era muy devota de la Virgen; más bien, del Inmaculado Corazón de María. Esta niña tenía un lema, que todos los días repetía al salir de casa, y en alguna situación desagradable: "María, que quien me mire te quiera"; que se lo enseñó a Luisita, y esta adoptó.

Llegadas las vacaciones de verano, Luisita, con sus padres, volvieron al pueblo. Para ella y para aquella pandilla de niños serranos, de aquel pequeño pueblo de la Sierra del Alto Rey, ya nunca volvieron a ser lo que en años anteriores habían sido. Les ocurrió lo que a tantas vidas humanas que, con el

paso del tiempo, nunca vuelven a ser lo que en otros tiempos fueron. Ya no volvieron a montar sus correrías por el campo, ni volvieron al Viejo Molino a organizar luchas entre indios y americanos; ni pasaban más por el camino de los huertos, hacia el Puente de Piedra, ni en su pretil del puente se sentaban a descansar de las luchas y juegos en el Viejo Molino. Se reunían, sí, en el jardín o en el patio trasero de la casa de Luisita o en casa de alguno de los componentes de la pandilla; pero faltaba Elena, y la tristeza se reflejaba en el semblante de todos.

Aquel verano, Luisita, con sus padres, sólo estuvieron en el pueblo veinticinco días en el mes de agosto, volviendo a Alcalá de Henares, tres días antes de terminar el mes. Después, volvían a "dar una vuelta a la casa", un fin de semana cada mes o poco más; pero faltaba Elena…

Los meses fueron pasando; unos días antes de que hiciera el año, del accidente de Elena aquel veintiséis de febrero, Luisita acudió al Hospital para hacerse unas pruebas, sobre aquella lesión de Columna, producida por el accidente ocurrido en el Viejo Molino, faltando por ello al Colegio. Al no verla en clase, durante el recreo se preguntaban sus compañeras y amigas, por su ausencia. En un corrillo, se encontraba Lucía Ruiz, con otras chicas, comentando que dentro de unos días haría el año del accidente de Elena. Comentando sobre el mismo, las seis alumnas que formaban el corrillo; Lucía, con la seriedad que le caracterizaba, sentenciaba:

- ¡Elena es santa, y es "mártir"...! ¡Sí, no pongáis esa cara!

- ¿Es "mártir"…? -Preguntaba una chica con extrañeza-. ¡Ya estás con tus cosas! ¿Por qué es "mártir"? ¿Tú sabes lo que es ser "mártir"?

- ¡Sí! ¡"Mártir" es quién muere violentamente sin quererlo! ¡Elena no quería morir...! Y fue víctima de un arrollador "progreso" que destruye muchas vidas, cuerpos y almas, bajo la apariencia de que es en beneficio de la Humanidad y de los hombres.

- ¡Tú estás loca! -Replicaba otra-. ¡Entonces…! ¿qué quieres, que no haya coches?

- ¡Quiero que haya coches, pero conducidos por personas sensatas y prudentes; porque cuando son conducidos por "cabezas locas", son armas o máquinas para matar y para matarse a sí mismos!

- ¿También los que mueren siendo muy jóvenes, durante la noche de los fines de semana en las carreteras, también son mártires y son santos?

- ¡Yo no digo que esos sean santos; pero son víctimas de una sociedad que les ha enseñado a no respetar ni a respetarse; que les ha enseñado a beber alcohol; que les ha enseñado a ser violentos… y a no temer a Dios! –Lucía,

un tanto nerviosa, no comprendiendo el comportamiento de sus compañeras del Colegio, sentinciaba-: ¡Me estáis demostrando que no queriais a Elena…!

Entre tanto, Susana Villa, desde otro grupito, que también hablaban sobre Luisita y sobre el próximo aniversario del fallecimiento de Elena, observando a Lucía un tanto agitada, como que se defendía de algunas componentes del corrillo, mientras otras no decían nada, se acercó a ellas preguntado qué estaba pasando allí. Le comentaron el motivo de la discusión.

- ¡Ésta! -replicó una de las chicas-, que ya está "con sus cosas", ¡como si estuviera loca...!

Susana, a la que todas respetaban más que a Lucía, en tono muy serio y pausado, como para dar más peso a sus palabras:

- No me cabe duda alguna de que Elena esté en el Cielo. Esa mañana confesó y comulgó; si es mártir o no lo es, puedo estar equivocada; pero, en parte, pienso como Lucía, y creo que toda persona, que sin querer o involuntariamente, pierde la vida por la acción violenta de otra persona, sí es "mártir"; aunque no sea para subirle a los altares. Por otra parte, tened en cuenta que multitud de personas cometen acciones violentas que no quisieran cometer, sino que las aprendieron de la sociedad, y que, de algún modo, la sociedad impone como buenas, de las que sólo los más "fuertes" pueden librarse; para esto valga aquella frase: "El hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad le corrompe". Sí –continuaba Susana-, no os extrañe, según vayáis creciendo, iréis comprendiendo mejor lo que Lucía y yo os estamos diciendo; y os diré más: ¡Cuánto más el hombre y la Humanidad, con su soberbia, se aparten de Dios y de Él renieguen, tanto más y mayores serán los males que la Humanidad y el hombre tendrán que soportar!

Susana, hacía una pausa, como esperando una réplica, que no se produjo. Sonando el timbre del Colegio, indicaba el final del recreo.

Ya durante este curso, Luisita y Lucía, con otras compañeras del Hospitalillo, con cierta frecuencia, acudían al Convento de las M.M. Carmelitas Descalzas, de la Calle Imagen, muy cerca del Colegio Calasanz y del Hospitalillo de Antezana. En este Convento, pasaban algunos ratos hablando con la Hermana Tornera, que les hablaba de la vocación y de la vida religiosa y de cosas de Dios. Con sus trece y catorce años, estas jovencitas decían tener vocación religiosa, que salvo dos de ellas, que sí se consagraron, las demás vocaciones se esfumaron.

Susana, en esto de la vocación religiosa no participaba. Tenía muy claro lo que quería. En un mundo en continua degradación moral del ser humano y de las costumbres de la sociedad, ella no podría llevar una vida conventual,

contemplativa y de oración. Necesitaba actuar; necesitaba el contacto con la gente, quería "cambiar" el mundo.

= = =

Luisita siguió estudiando. Terminado el Bachillerado, ingresó en la Escuela de Magisterio, cursando estudios de Enseñanza Infantil. Entre tanto, siguió muy unida a Lucía Ruiz, su mejor amiga, como la solía llamar, que al fin no tomó los Hábitos de Religiosa como pretendía a sus trece y catorce años. Estudiando Enfermería, se Tituló como Ayudante Técnico Sanitario. Antes de terminar los estudios, en fines de semana o vacaciones, participaba como voluntaria con la Cruz Roja, allí donde la destinaban. En algunas ocasiones se encontraba en aquellas tareas humanitarias con Susana Villa, que también estaba integrada en estas labores; a pesar de estar estudiando Derecho, de lo cual fue Titulada.

La madre de Lucía Ruiz, procedía de Los Santos de la Humosa, un pueblo de la provincia de Madrid. En él poseía una casa que había pertenecido a sus padres, antiguos labradores de aquel lugar. Era una "casona" grande, antigua, pero muy bien acondicionada, con un amplísimo patio, en el cual había un manzano y una higera. Esta "casona" era dedicada, últimamente, como lugar de ocio y recreo familiar. Allí pasaban algunas temporadas y fines de semana los padres de Lucía. A esta casa también acudía Lucía con Luisita y otras amigas, a pasar el día en algunas ocasiones, saliendo así del ambiente de ciudad, para respirar aire de campo sereno y sosegado.

A este pueblo, Los Santos de la Humosa, le ocurre con mucha frecuencia, lo que a otros tantos pueblos o lugares con nombres compuestos o derivados, que se les suprime la segunda parte del nombre de la que son origen. Como Alcalá, San Fernando, Azuqueca, Yunquera, teniendo todos ellos como "apellido", "de Henares", que es suprimido por los mismos hijos de estos pueblos, por ser más fácil la pronunciación de su nombre. Así le ocurre a este pueblo, Los Santos, que se le suprime "de la Humosa".

Casi siempre que Luisita iba a Los Santos, se llevaba unos prismáticos. Le encantaba subir a la parte alta del pueblo y contemplar desde allí, la amplia panorámica que desde allí puede contemplarse, y que, mirada atentamente, serena el alma y eleva el espíritu.

Hacía bastante tiempo que Susana, Lucía y Luisita, no se reunían sin prisas, como ellas decían. Por fin quedaron en hacerlo el último fin de semana de abril, para pasarlo en dicha casa de los padres de Lucía, en Los

Santos de la Humosa. Habían quedado que Susana con su coche, pasaría por casa de Luisita a recoger a sus dos amigas. Así que, a las doce del mediodía ya estaban en dicha casa de aquel lugar. Dejaron en la cocina aquello que llevaban para pasar el día. Salieron al amplio patio, con su emparrado, con un manzano y una higuera. Sentadas en unas sillas, ante un velador que permanentemente tenían en aquel patio, estuvieron buen rato tomando aquel Sol primaveral y cambiando impresiones sobre sus vidas, sus estudios; sobre sus amistades que últimamente iban conociendo; también sobre sus ilusiones, proyectos y desencantos, que, según Lucía, "de todo había…"

Decidieron dar una vuelta por el pueblo. Según paseaban por sus calles, con cierta guasa, preguntaba Lucía:

- ¿Sabes, Susana, por qué a este pueblo le pusieron por nombre Los Santos de la Humosa?

- ¡Pues no lo sé! ¡Dímelo tú! –Contestaba "mosqueada" por el tonillo de la pregunta, empleado por su amiga.

- ¡Es que yo tampoco lo sé! ¡Te lo preguntaba por si lo sabías...! Porque como tú… -Replicaba Lucía, no falta de ironía.

Luisita, sonriendo miraba a Susana, a la vez que agarrándola del brazo, se llevaba a su amiga, mientras ésta, habiendo captado la indirecta, mirando a Lucía con cierta indignación, hacía un movimiento de cabeza…

Llegaron a la parte alta del pueblo; ya en las afueras, en el campo, sentadas sobre la hierba, contemplado desde aquella altura las amplias vistas que, tanto de cerca como de lejos, componían un maravilloso "cuadro" digno de enmarcar.

Veían Madrid, con su clásico "casquete" que forma la permanente contaminación de la gran ciudad. Los pueblos o poblaciones que componen el Corredor del Henares, con sus múltiples empresas, con sus miles de puestos de trabajo. La Carretera Nacional II, que vista desde aquella altura, parece como esos senderos o caminitos que hacen las hormigas en el campo, con su ir y venir al hormiguero. También veían a su Alcalá. Vista desde allí, no parecía la misma. Contemplaban la Vega del Henares, con sus fértiles tierras de cultivo, mermadas o reducidas por los Polígonos Industriales; los pueblos de la Vega con sus urbanizaciones, que les hacen perder su fisonomía de pueblo. A lo lejos, se divisaba la Sierra de Guadarrama, con algunos restos de nieve. Somosierra; el Ocejón y, como no, el Alto Rey.

Al cabo de un rato, en que las tres amigas hacían comentarios sobre los lugares en que fijaban la vista; según iban haciendo un recorrido visual, de Sur a Norte, y de Este a Oeste, se preguntaban como habría sido todo aquello

hacía cincuenta, cien o más años; como serían sus gentes, sus costumbres y sus vidas. Llegadas a este punto:

- Sus costumbres y sus vidas –señaló Lucía-, más limpias y más sanas que las de ahora. Entonces eran poquísimos los "chicos" que morían jóvenes. Las gentes, se respetaban unos a otros, y a sí mismos. Habría sus cosas; pero ahora, la falta de respeto, producido por un excesivo orgullo y falta de humildad; la desvergüenza en no pocas las mujeres, está mostrando la "manzana" a los hombres, para que caigan en el pecado en el que ellas viven. El único "animal" que mata a sus "crías" dentro de su vientre, es la mujer… Peor "animal" que los mismos animales. Los viejos eran respetados y queridos, y morían en sus camas y en sus casas, o en la casa de los hijos. Nos quieren hacer ver que antes las mujeres estaban atadas con cadenas por sus maridos. Nos quieren hacer ver que vivimos en libertad, cuando la realidad es que nos impulsan y ofrecen mortales "esclavitudes". El hombre, convertido en su propio dios, más dispuesto a recibir que a dar. La sociedad de consumo, que impulsa al hombre a consumir, a comprar y comprar, como único medio para alcanzar la "verdadera" felicidad. La soberbia, el orgullo, la vanidad, la mentira y la hipocresía, la envidia, la sexualidad, con la que, de mil formas y maneras, se corrompe a niños y jóvenes; drogas, "botellón"… y tantas cosas más que al ser humano le apartan de Dios, para que sea él mismo el que se labre su propia ruina y perdición, ¡sin que nadie le defienda! ¡Sin que nadie levante la voz alertando del peligro! ¡Siendo víctima y mártir, de sí mismo y de la "descompuesta" sociedad en que le ha tocado vivir!

La idea del victimismo y del martirio, Lucía, no la apartaba de su cabeza. Comprendía que había mucha gente buena, que lo suyo era hacer el bien, dándose a los demás, incluso para recibir mal por bien. Pero estaban, los que ella llamaba los "verdugos del mal", que mataban cuerpos y almas; siendo los niños y jóvenes víctimas indefensas.

- Hay mucha gente buena –apuntaba Luisita-. Piensa, en los miles de trabajadores que honradamente cumplen con su trabajo en las empresas de este Corredor del Henares que estamos viendo; también en hospitales, en residencias de ancianos; en colegios, en otros trabajos y en muchísimos lugares más.

- ¡No tienen necesidad médica ni de medicamento los sanos, sino los enfermos! ¡Y esta sociedad actual se corrompe moral y espiritualmente cada vez más...! ¡¿Es que no lo quieres ver…?!

- Tenéis razón las dos –señalaba Susana-; pero tened en cuenta que el "mal", el dolor y el sufrimiento, forman parte de la naturaleza humana y está

en el mundo, desde que el mundo es mundo, y no sabemos hasta cuando será así. Lo importante es no dejarse llevar por el pesimismo y ser realistas. En esa lucha permanente del "mal" contra el bien, siempre pierde el que no le planta cara al enemigo y abandona las "armas" que a su alcance tiene. ¿Cuáles son las armas del "mal"?: La astucia, el engaño, el hacer ver que no existe, el echarse por encima la piel de cordero. "Los hijos de las tinieblas son más sagaces y astutos que los hijos de la luz". Digamos que el "mal", con apariencia de bueno, ofrece a los hombres y también a las mujeres, puro y lento veneno, con sabor a miel o caramelo, bajo la etiqueta de miel o caramelo, igual que el pescador que pone el cebo en el anzuelo. ¿Por qué son tantos los hombres y mujeres que caen en el engaño de la miel, el caramelo o el anzuelo?, por lo mismo que Eva en el Paraíso mordió la "manzana": Por desobedecer a Dios, por su soberbia y su codicia, y por el orgullo de querer ser más. ¡Sólo el amor a Dios, el amor a la Cruz y el espíritu de sacrificio, unido al Santo Temor de ofender a Dios, puede salvar al mundo y al hombre de su destrucción! ¡Confiemos en la Divina Providencia del Señor… que Él proveerá!

- ¡Dios provee, a quien a Él acude, al que en Él confía, al que a Él se entrega y a quien, por encima de todas las cosas, trata de amar a Él y al prójimo!, a pesar de sus propias caídas y errores.

Así decía Lucía, cerrando los ojos, agachando la cabeza, con una mano en la frente y el codo en la rodilla, según estaba sentada sobre la hierba.

Meditando en voz alta, más bien que en conversación, las tres amigas estaban un tanto serias, y tras unos instantes de silencio.

- ¡Sólo el amor y la humildad, pueden salvar al mundo y al ser humano! ¡El amor es patrimonio de los humildes! ¡Sólo los humildes conocen a Dios! -apuntaba Luisita-. Y quien a Dios conoce, ¡conoce el amor!

- Mira, Luisita. También la "Cruz" salva a los hombres, les purifica de sus errores y pecados, y les impide cometer otros. ¡Es muy duro ser seguidor de Cristo; porque Él a los suyos les da la Cruz! Es lo primero que hace. Es, como si dijéramos, el examen de ingreso para acceder a algo que se solicita; por eso no tiene muchos seguidores. Su premio es la Vida Eterna: pero para alcanzarla, "hay que sudar la camiseta", como hacen los deportistas que quieren conseguir triunfos.

Cuando terminó de decir esto, se dio cuenta de que había "metido la pata". "Decirle esto a Luisita, que de chiquilla ya había soportado Cruz y sufrimiento, como no lo he soportado yo". Volvió a mirarla, y ella estaba mirando hacia el Alto Rey.

Lucía, dándose cuenta de lo que terminaba de decir su amiga; la miró haciendo una mueca con la cara, que la otra entendió; pero lo dicho, dicho estaba… más valía cambiar de tema.

- Estoy pensando, que podíamos quedar un día para ir a dar una vuelta por Guadalajara –sugirió Lucía-, ¿qué os parece?

- Iremos… -respondía Susana, no muy convencida.

Luisita, sin decir nada, como si nada hubiese escuchado, había sacado los prismáticos del estuche, ofreciéndoselos a sus amigas, para que contemplaran mejor el panorama tan extenso que desde allí podía observarse. Entre tanto, recordaba aquel verso de José María Pemán, que desde hacía mucho tiempo llevaba escrito en su "libreta privada" y grabado en su alma:

Saber sufrir y tener,
el alma recia y curtida,
es lo que importa saber.
La ciencia del padecer
es la ciencia de la vida.

Y, este otro de Gabriel y Galán

No se llega ante Ti, ¡oh! ¡Dios Divino!,
por caminos de rosas alfombrados,
que se llega, con los pies ensangrentados,
por las duras espinas del camino.

Acostumbrada a sumergirse en sus meditacines, por breves que fueran, por unos instantes estuvo meditando el significado de aquellos versos; mientras sus dos amigas seguían con los prismáticos, entusiasmadas contemplando el extenso panorama que desde aquella altura se dominaba, viendo ampliados los pequeños pueblos, que si ya eran en sí pequeños; por la distancia, más pequeños parecían, en tanto hacían comentarios sobre los pueblos que divisaban que, de algunos de ellos, no conocían su nombre.

- Toma, Luisi, mira tú también, que parecemos unas "crías"; no nos cansamos de mirar, todo aumentado, parece que lo que vemos lo tenemos al alcance de la mano; como si estuviese aquí cerca de nosotras.

Conociendo sus amigas a Luisita, sabiendo que a veces prefería sumergirse en sus meditaciones o pensamientos, se levantaron de la hierba, en la que llevaban un buen rato sentadas, retirándose unos pasos de ella.

- En lo que tú miras, vamos a estirar un poco las piernas.

Empezando su recorrido visual, desde la parte Sur de aquella panorámica que ante sí tenía: Madrid y los pueblos cercanos a la Capital, que más bien parecían barrios de la Gran Ciudad. Los pueblos del Corredor del Henares, en otros tiemos eminentemente agrícolas, en la actualidad parecen estar unidos, unos con otros, por los Polígonos Industriales. Alcalá, que en poco se parecía vista desde allí, a verla desde dentro.

Otro tanto sucedía mirando hacia Guadalajara. También los pueblos de la Vega del Henares: Azuqueca de Henares, Alovera, Cabanillas del Campo, Marchamalo, Fontanar… Todo esto parecía tenerlo a unos pasos de donde las tres amigas estaban.

Después, la Campiña, con sus pueblos más pequeños que, a medida que más retirados estaban, parecían como casitas de un "belén" en mitad de la verde Primavera. La Sierra o Cordillera Central; desde Guadarrama, hasta el magestuoso Ocejón, en el que tantas veces había deseado subir hasta lo más alto de su Pico.

Por último, el Alto Rey. Al llegar a su "querida" Sierra, en la que nació y creció, la emoción estremecía su alma. Ya no podía retirar la vista de "su Sierra", como en no pocas ocasiones repetía. Mirando y volviendo a mirar; como si quisiera revivir los recuerdos de su infancia, o como esperando descubrir, sobre los picos de aquella sierra, la silueta etérea de su hermana Elena, a la que nada ni nadie podía hacer olvidar. Según seguía sentada en el hierba, cerrando los ojos, sin quitarse los prismáticos, recordó el viejo cuadro de la Virgen de los Dolores, que su abuela le había regalado a su hija Esperanza, cuando ésta se casó, y que allí está, en la casa del pueblo, ante el que tantas veces ella había rezado. Se le amontonaron los recuerdos, y sólo acertó a decir, para sus adentros: "María, Madre mía, donde quiera que yo esté… en la vida y en la muerte, sé mi Luz, se mi Guía. ¡Hazme compañía!".

Cuando Luisita abrió los ojos, retirando de ellos los prismáticos, sus dos amigas, estaban sentadas, cada una a un lado suyo. Lucía, dándose cuenta de la situación emocional que su amiga experimentaba cuando se sumergía en sus recuerdos, agarrándola de un brazo, a la vez que se levantaba:

- Vámonos, que se nos han hecho casi las dos de la tarde, y es hora comer. ¡Aunque da pena marcharse de aquí, con este día tan esplendido...!

Durante la comida, estuvieron hablando de lo divino, de lo humano, de chicos y chicas, de bromas que en tiempos no lejanos se habían gastado entre ellas o entre otras como ellas; sin retroceder en el tiempo que pudiese aproximarse al accidente de Elena. Atrás había quedado ya el Colegio

Calasanz; no así el recuerdo de los trágicos momentos vividos por estas amigas y otras más, en el fatal accidente de Elena.

Si las alegrías unen, el dolor lo hace con mayor intensidad. En este caso cabía aplicar el dicho: "Puedes olvidar con quien reíste; pero nunca olvidarás con quien lloraste". Para Luisita, aquellas dos amigas, con Maribel y Mila, que con ella estuvieron en aquel horroroso trance de la Calle de los Libreros, eran mucho más que amigas; puesto que con sus pañuelos limpiaron, de la cara y del suelo, la sangre de su hermana; considerando, semejante gesto, como un "lazo de unión o vínculo familiar"; estimando y conservando ellas, trozos de aquellos pañuelos, como si de una "reliquia" de un santo mártir se tratara; aunque para Lucía, Elena, seguía siendo: "víctima y mártir".

Después de la comida, en el amplio patio de aquella antigua casa de labradores, sin ruidos, disfrutando del maravilloso Sol primaveral, estuvieron comentando sobre su futuro.

A Susana, le faltaba un año para terminar Derecho, que decía estar estudiando a disgusto por que ella pretendía otra cosa.

- Lo que daría yo por estar estudiando Medicina. Derecho no es lo mío. Para eso, me dicen en casa que estudie Judicatura. ¿Me veis a mí como Juez, imponiendo sentencias a mis semejantes?

- ¡Qué horror! –Apuntaba Lucía- Eso tiene que ser terrible.

- Y qué puedo hacer ahora, a mis veintidós años…

- Termina Derecho, y después puedes hacer un master sobre algo que te guste, eso hace mucha gente –sugería Luisita-.

- Yo quiero terminar ATS o Enfermería. Después, haber dónde y cuándo encuentro trabajo; aunque estoy dispuesta a marchar a "Médicos sin Fronteras", y si me matan por ahí, por cualquier país… pues mira…

Susana y Luisita se miraron; la idea del "martirio" no dejaba de darle vueltas en la cabeza de Lucía.

- Tengo muy claro lo que quiero. Quiero terminar Enseñanza Infantil, lo peor será luego, si paso a la Enseñanza Pública o a la Privada. En la Pública, haber dónde son los destinos; en la Privada, quien entra, ya no deja la plaza. Así que ya veremos. Pero los niños es que me chiflan… Hasta los seis años, son el Cielo en la Tierra, y, ahora, cada vez son más los que sus padres viven separados, y pueden estar necesitados de comprensión y cariño. Piénsatelo, Susana, si como dices, quieres estar al lado de gente necesitada, pásate a hacer lo que hace Lucía, que los enfermos también pueden estar necesitados, tanto o más de amor que de médicos, y si es lo uno y lo otro junto, mejor. También puedes hacer lo que yo hago, y entregarte a los niños pequeños, que

cuanto mas amor reciben, tanto más es lo que dan. Y tal vez, no pocos de ellos pueden estar necesitados de amor. Todo puede ser, que será, que termines más tarde; pero después, tienes toda la vida por delante.

Cuando así estaban, a la casa llegó Javier, el único hermano que tenía Lucía. Tres años mayor que ella; lo cual se sorprendieron, pues no esperaban visitas.

Después de los saludos de rigor, porque ya conocía él a las amigas de su hermana, sin haberlas tratado mucho, sólo de pasada en algunas ocasiones:

- Me he enterado que estabais aquí, y aquí he venido, con el coche, claro… no iba a venir andando desde Alcalá –dijo sonriendo en tono de broma-. Diréis, que a qué he venido. Pues he venido a ver como estaba todo esto. Voy a cumplir veintitrés años y lo quiero celebrar aquí el segundo domingo de mayo. Así que estáis invitadas las tres, y si queréis traer a alguna amiga vuestra, también será bien acogida.

Las tres quedaron sorprendidas, pues nunca Javier les había invitado a nada, sobre todo a Susana y a Luisita. Se miraron estas dos, como diciendo: Qué hacemos. Si se negaban, harían un feo a Lucía, como dejándola en mal lugar ante sus hermano. No se podían negar…

- Bueno, ¡os espero! ¡No me vayáis hacer el desprecio...! Me haría mucha ilusión que acudierais, y a Lucía también ¿verdad?

- Cuenta con nosotras, ¿no, Luisita? –Contestó Susana.

- ¡Vale! ¡Cuenta con nosotras!

- Mila está en Zaragoza, lleva allí tres años, no ha tratado mucho a mi hermano Así que no la podemos invitar. La pondríamos en un compromiso. Me gustaría pasar un día con ella, también. Si os parece, podíamos ir un sábado o cuando termine el curso, a Zaragoza, se pondría muy contenta.

- Bueno, chicas, invitáis a quien queráis; si es chica como si es chico; a vuestra elección lo dejo. Creo que lo pasaremos bien. Así que, hasta dentro de catorce días. ¡Adiós! ¡¡Guapísimas...!!

- Se lo diremos a Maribel, que, por cierto, está preciosa; no la había visto desde mucho antes de Navidades, hasta hace unos quince días. Ya veréis, está guapísima –comentaba Lucía-. Sólo que, como trabaja en unos Grandes Almacenes, depende si trabaja de mañana o de tarde. No sé. Bueno, pues que cambie el turno o pida el "día libre". Lo pasaremos bien con ella, y ella con nosotras; ¡seguro! ¿No os parece…?

- ¡Ay chica! Tú eres la parte interesada ¿Qué podemos decir nosotras?

Después de marcharse Javier, estuvieron hablando de salir o no salir con algún chico. Que son unos "caras", y no hay muchos que inspiren confianza.

Que mira el caso de fulanita. Que mira el caso de menganita. ¡Qué hay que andarse con mucho ojo! ¡Según está la vida...! L

- Tú, en ese sentido, si piensas irte por ahí, a algún país perdido y, según tú, si te matan que te maten -Saltó Susana, dirigiéndose a Lucía-. No tienes ningún problema. ¡Es que lo tuyo…!

- ¡Bueno, rica...! ¡Anda que tiras a dar! No sé como te las apañas. ¡Siempre estás dispuesta! ¡No se te puede decir nada...!

Luisita reía, porque una vez más, las dos estaban en lo "suyo". Para desviar el tono y el tema, recordó el ir un día a Zaragoza, y también a Guadalajara; a poder ser, con Maribel, que si estaba preciosa por fuera, según decía Lucía; su belleza y su grandeza interior, superaba con creces todo lo exterior

Pasaron los catorce días que dijera Javier Ruiz. En aquella "casona" antigua, pero bien acondicionada, en otros tiempos casa de labradores, en Los Santos de la Humosa, que ni Susana ni Lucía sabían por qué le habían puesto tal nombre a aquel pueblo; se habían reunido, sobre las seis de la tarde, un total de dieciocho jóvenes, entre chicos y chicas. Algunos ya se conocían; otros, era la primera vez que se veían. Allí también estaba Maribel, que si deslumbraba por su belleza, más lo hacía por su sencillez y por su elegancia de saber estar. Pasando como inadvertida. Con sus veintiún años; con su rubia melena descansándole sobre sus hombros, que le hacía parecer algo mayor de lo que era; con una estatura de un metro y setenta y cuatro centímetros; con un semblante que reflejaba la bondad de su alma.

En aquella celebración también se hallaba Luisita, que no se le quedaba atrás a su maravillosa amiga; si bien, de estatura tenía un par de centímetros menos; de piel morena y pelo negro, recogido en "cola de caballo", que le hacía parecer más joven de lo que en realidad era, aún teniendo un año menos que Maribel; y que también su cara expresaba la sencillez y la dulzura de su alma. Se podría decir que eran las "reinas" de la fiesta; pero ellas, para nada pretendían ser el centro de las miradas. Las demás chicas, todas entre los veintitrés y los diecinueve años, todas más o menos guapas y bien "puestas".

Los chicos, de la misma edad que ellas; de aspecto seriote y formal. Algunos más bromistas que otros; pero entre ellos y ellas formaban un grupo alegre y encantador, donde, en su comportamiento, se les podría dar como evaluación un notable.

Ya a mediados de mayo, hacía una formidable tarde primaveral. En el amplio patio, bajo un porche a la salida de la casa, colocaron unas mesas y unas sillas. Sacaron para merendar, lo que se pone en estos casos: "Unas tortillas de patata, lonchitas de jamón, queso, embutidos. Tenían una plancha

eléctrica en la que asaron unos lomitos y unos chorizos; la bebida era lo corriente: Vino, zumos, refrescos y demás". Estando todo dispuesto, había que sentarse a la mesa.

Lucía y Susana, por su vocación de servicio, se ofrecieron para cuidar de la plancha eléctrica y servir en las mesas según fuese necesario.

Tan pronto como Maribel hacía la intención de sentarse, a su lado estaba Javier Ruiz ofreciéndole la silla, sentándose posteriormente al lado de ella.

Maribel, acostumbrada como estaba a recibir halagos y muestras de admiración, en el trato diario con el público, por su trabajo en unos Grandes Almacenes Comerciales; aquel detalle de atención de Javier hacia ella, para después sentarse a su lado, era un agasajo más, de los cuales recibía a diario, sin que ello la envaneciese ni alterase su comportamiento. Por otra parte, a Javier Ruiz le conocía desde chica como el hermano de su amiga y compañera del Colegio, Lucía; y, aunque con él no había tenido mucho trato, también habían coincidido años atrás, en la "Legión" y en el Hospitalillo de Antezana.

Un joven al que nadie conocía -que había venido de Madrid con un amigo de Javier y otra chica-; también estuvo al tanto de cuando Luisita se sentara, para ofrecerle la silla, haciendo la misma operación que Javier había hecho con Maribel.

Ante aquella inesperada y repentina acción de aquel joven al que no conocía, que había venido de Madrid y ni tan siquiera sabía su nombre; le había causado cierta confusión y más, cuando a su lado se sentaba él. Esto le ocurría a Luisita, no porque fuese una ñoña, retraída o asustadiza; no, sino más bien, porque en el fondo de su alma traumatizada, por el horroroso percance de la muerte de su hermana, que había tenido que presenciar al inicio de su adolescencia, cuando le faltaban diecisiete días para cumplir sus trece años, le había privado de disfrutar de una adolescencia como el resto de las chicas de su edad. Era ahora, cuando se iniciaba en este tipo de reuniones entre jóvenes; si bien era verdad, que sus amigas Susana y Lucía, no eran muy dadas a fiestas o festejos, y nunca se había apartado de ellas. Porque Maribel y Mila y otras, también habían estado muy unidas con aquellas; pero por vivir más alejadas aquellas y de Luisita, teniendo otro "círculo" de amistades, no habían compartido tantos ratos juntas, si bien consevaban una firme unión y amistad entre todas.

Ya todos en las mesas, empezaron las bromas de unos; los chistes de otros, que todos escuchaban en común y así reían. Más tarde, comenzaron a cambiar impresiones los unos con otros; las conversaciones con el compañero

de mesa. Hasta que el joven que atentamente le había ofrecido la silla y a su lado se sentaba, le preguntó a Luisita:

- ¿Cómo te llamas? ¿Eres de Alcalá?

- Me llamo Luisa, y me llaman Luisita. No soy de Alcalá; pero vivo allí desde hace diez años. Y, ¿tú?

- Soy de Madrid, y me llamo Juan. ¡Y estoy encantado de haber venido hasta aquí y de haberte conocido! ¡Luisita...!

Aquellas palabras de Juan, y el tono empleado por él, a Luisita le habían hecho subir las pulsaciones, y el rubor a su semblante, que él prefirió ignorar, hablando con el chico que tenía al otro lado.

Lucía, que estaba en todo, y nada se le escapaba, haciendo el papel de "ángel de la guarda" de su amiga, fue a su lado poniendo su mano en el hombro de su amiga, se la llevó diciendo:

- Ven, Luisi, que me tienes que ayudar.

Entrando en la cocina le hizo lavarse la cara, volviendo ella a su asiento, más fresca que una rosa; no sin antes escuchar los consejos de su amiga, a la que su madre llamaba "viejina", desde antes de tener diez años.

Nuevamente empezaron, Juan con Luisita, y Luisita con Juan, a cambiar impresiones de unas y otras cosas; mientras el gracioso de turno hacía reír a todos. Según se vaciaban las bandejas y los platos, Susana y Lucía, se encargaban de reponer. Así, entre chistes, bromas y risas, se iba pasando aquel atardecer de mediados de mayo.

A Luisita -por decirlo de alguna manera-, ya no le parecía tan "fiero el león". Se encontraba a gusto en la fiesta junto a aquel joven que decía ser tres años mayor que ella, y que había venido de Madrid traído por un amigo.

Maribel, también se lo estaba pasando bien, nunca había tenido ocasión de estar al lado de Javier tanto tiempo; más bien se habían ignorado el uno al otro. También ella miraba a su amiga; algunas veces se cruzaban sus miradas, con alguna mueca de complicidad, que las delataba. Entre bromas y alegría, como corresponde a la gente joven, la noche se iba acercando.

Juan, le pidió el número de teléfono a Luisita, que ella no quiso dar. Después de la tarta y de cantar el "cumpleaños feliz", pusieron música de baile. Algunos bailaban; otros no. La fiesta de cumpleaños de Javier Ruiz, estaba llegando a su fin.

En tanto que Juan le proponía a Luisita que cuándo y dónde la podría ver otro día; respondiendo esta: "Nunca, y en ninguna parte". Interpretando él que la sonrisa de ella decía lo contrario que manifestaba; si bien era verdad que su semblante reflejaba un sentir que no podída ocultar.

Empezaron las despedidas de unos y otros. Por lo bien que allí lo pasaron, algunos de los presentes manifestaron el deseo de volver allí otro día, con el permiso de sus dueños, a celebrar sus cumpleaños u otra celebración.

Las cuatro amigas se quedaron con Javier y otro chico, dejando todo recogido y en orden. Javier invitó a Maribel a volver a Alcalá, con él y con su hermana Lucía y el otro chico; prefiriendo ella hacerlo en el coche de Susana, junto a ésta y con Luisita.

Mes y medio después de la celebración de aquel cumpleaños; celebrado una tarde de mayo, en aquella casa de antiguos labradores, en Los Santos de la Humosa; Javier y Maribel empezaron a salir juntos.

CAPÍTULO III

Matrimonio de Luisita

Estaba finalizando el mes de julio; en la casa de los padres de Luisita, a eso de las cuatro de la tarde, sonaba el teléfono.

- ¡Mamá! ¡Soy yo… Luisita! ¡Hemos llegado! ¡Estamos en Ginebra! Ya iremos contando. Pensamos ir hacia Zürich, y después, pasaremos a Austria. Queremos visitar Viena y otras ciudades de aquel país. Ya os contaremos… ¡Besos a ti y a Papá!

Luisita y Juan se habían casado, y estaban de "luna de miel" por Suiza. Aquel encuentro que la feliz pareja había tenido, hacía ya tres años, con motivo del cumpleaños de Javier Ruiz, había terminado en boda.

A sus veintitrés años, Luisita, ya era una mujer casada. Dos años hacía que había terminado sus estudios de Magisterio en Enseñanza Infantil; haciendo ya también dos años que era profesora en aquel Colegio Calasanz de la calle Santiago, de Alcalá de Henares, en el que ella también había estudiado.

El nuevo matrimonio viviría en Madrid, muy cerca de la estación de RENFE de Chamartín. En esta estación todos los días tomaría el tren hasta Alcalá de Henares, para acudir a Clase. Pero la ilusión todo lo supera.

Juan, habiéndose Licenciado en Medicina en la rama de Ginecología, en los primeros días de septiembre se incorporaría, como primer empleo, al Hospital La Paz, de Madrid.

Ilusiones no les faltaban, ni proyectos tampoco. Para ella, entre sus "proyectos", tenía una "asignatura" pendiente: Juan, su marido, aunque se había casado por la Iglesia, no era creyente. Por lo demás y en todo lo demás, no cabía reprocharle nada, estando locamente enamorado de la que ahora era su mujer.

Llegado septiembre, la feliz pareja se incorporaba a sus empleos. A él, el Hospital La Paz le pillaba a un "paso". Todos los días acudía, sin necesidad de utilizar medio de transporte.

Lucía, había terminado sus estudios de Enfermería. Habiendo encontrado empleo en el Hospital Universitario de Guadalajara, aunque seguía viviendo

con sus padres en Alcalá. Cierto día que esta tenía "día libre", acudió al Colegio a la hora del recreo para ver a su más preciada amiga, como ella decía. Querían hablar de muchas cosas. La mayor preocupación de Luisita, era la falta de fe de su esposo. No se podía decir que fuese ateo, pero…

Comentando sobre la inquietud que ésta tenía, Lucía, que cuanto más crecía más "viejina" se hacía, sentenciaba:

- Te has casado con tu marido, sabiendo como era y como pensaba. Él te quiere y tú le quieres. Has superado pruebas muy difíciles y dolorosas. Siempre has dicho "que todo se supera con amor y con fe en Dios, dejándoselo todo a Él a través de la Santísima Virgen"; ésto tú lo has dicho muchas veces, no puedes haberlo olvidado. Procede así Luisi, y aplícate tú misma lo dicho. Tú sabes como yo, que todos podemos ser instrumentos del bien o instrumentos del mal. Tú tienes sentimientos para hacer el bien; no te impacientes, déjale obrar al Señor. Lo importante no es como empiezan las cosas; aunque los principios buenos, siempre buenos son; es más importante como termina aquello que tan difícil nos parece.

- Si yo no le digo nada. Sé que es bueno, me comprende y respeta. No pretendo atosigarle ni obligarle a nada; pero me gustaría… ¡Compréndelo, Lucía! En esto somos muy diferentes.

- Por el cariño que nos tenemos y por la amistad que nos une, nunca olvides esto: ¡Tú has nacido para dar amor! Procede así con tu esposo. ¡Tú has nacido para amar a Dios! Y ya sabes con lo que Él corresponde a quienes le aman y quieren seguirle. ¡Tienes que aceptarlo! Tienes que ser para Juan, como un ángel que el Señor ha puesto en su camino y en su vida. No te preocupes… Todo llegará. Dale cariño, y verás como a través de ti, él descubre el Rostro de Dios. Tú, mi querida amiga, eres un instrumento del Señor, para el bien de los niños, de las almas y de Juan. ¡Qué te vea feliz amando a Dios, y Él dirá!

- Juan es un hombre extraordinario. Nada me dolería tanto como perderle, porque mi matrimonio se fuera a pique. No lo soportaría. ¡Me volvería loca!.

- Miedos fuera, amiga mía; mucho amor y fe en Cristo. Confía en María. Ten en cuenta que después de los momentos de "oscuridad", siempre aparece la "luz" que todo lo ilumina. La vida es un contínuo caminar entre luces y sombras, entre dudas y certezas; lo importante es estar en paz consigo mismo. Si con lo preciosa que estás, a Juan tienes que volverle loco. Dónde podría haber encontrado a otra que se te parezca. Si con esa carita de ángel y ese cuerpo serrano pareces una Ninfa de la Naturaleza, que vino a parar a Alcalá de Henares, para después, por amor, marcharse a Madrid.

- ¿Pero qué te han dado hoy, Lucía? ¡Ésta no eres tú, te han cambiado! ¿Qué te han hecho en el Hospital de Guadalajara? –ddecía Luisita riendo.

- En el Hospital de Guadalajara, como en todo el mundo, hay muchísimas personas que están más necesitadas de sonrisas y cariño, que de médicos y medicamentos. El cariño no abunda en el mundo. Es algo que está a la "baja"; le está matando el egoísmo y las ansias de placer. La sociedad de consumo se nos está metiendo hasta en los huesos. Creando legiones de víctimas inocentes, tanto en niños como en jóvenes y jovencitas… y hasta en ancianos, poco menos que olvidados de los suyos. ¡Cuánto dolor hay en el mundo, Luisita! No sólo son mártires los que dieron o siguen dando su vida por su Fe. También lo son, los que no pueden defenderse de la maldad, de la ambición o de la sinrazón de los hombres… ¡Y son tántos…!

- También hay dolor en tu corazón, Lucía. Tú sufres, pero sufres porque amas. El sufrimiento y el dolor, cuando lo son por amor, no sólo purifican el alma de quien lo padece, sino también por quien se padece o se sufre. Esa es la grandeza de las almas nobles como la tuya. No cambies, Lucía. Y Jesús y su Santísima Madre, caminarán junto a ti y estarán contigo llenando tu corazón de paz y de amor. Dices que tengo cara de ángel; pero tú tienes el corazón, las palabras y los hechos. ¡Dios te bendice, querida amiga!

Siguieron comentando sobre la preocupación de Luisita. Sonando el timbre del Colegio anunciando el final del recreo, tuvieron que despedirse sin haber hablado de sus amigas.

- Otro día volveré y te contaré sobre Susana y Maribel, y más cosas. ¡Recuerda lo que te he dicho! ¡Mucho cariño… que el amor hace milagros!

- Si las ves, las dices que si pueden vengan por aquí. ¡Adiós!

Si Luisita, ya por propia madurez, ya porque también los duros golpes que la vida la había deparado en su infancia, y por su condición espiritual y religiosa, estaba bastante curtida ante el dolor y en el modo de afrontar la vida, con tales "consejeras", con tales recomendaciones y razonamientos, su visión de la vida y su enfoque moral y humano hacia cuanto la rodeaba, era muy superior al de la mayoría de las jóvenes de su edad, fuesen solteras o casadas; si bien, ella ya era una señora casada.

Los padres de Luisita al haberse marchado su hija a Madrid, se habían quedado solos en Alcalá; como tantos padres que cuando sus hijos se casan o independizan, como ahora se dice, y se marchan a vivir a otros lugares; aunque algunos días ella se quedase con ellos a comer al medio día.

Llegaron las Navidades. Al estar Juan ya en la familia, no fueron tristes como años anteriores. Porque si en unas casas o familias hay más alegrías por

esas fechas, en otras familias, ocurre todo lo contrario por mil causas o circunstancias no propicias para la alegría.

Durante las vacaciones de Navidad se reunieron las cuatro amigas en casa de Luisita, tratando de disfrutar de la amistad que les unía, ya que hacía bastante tiempo que no se reunían, ni se contan sus cosas. Comenzaron gastando bromas a la "señora" casada, que no era otra que Luisita.

- ¡Qué suerte tienes, así cualquiera…! Sin tener problemas de vivienda ni nada. Que bien que tus suegros te hanyan dado un piso, así no tienes problemas de hipoteca -apuntaba Maribel-. Javier y yo, quisiéramos casarnos; pero, por ahora, tenemos que esperar. Me alegro por ti. Disculpa la broma, Luisi. Sabes que te lo digo con mucho cariño, y te deseo mucha felicidad.

Susana, se había Licenciado en Derecho, haciendo después un master en Administración de Empresas. Habiendo encontrado trabajo en las oficinas de RENFE; de momento no salía con ningún chico; otro tanto le ocurría a Lucía, que continuaba trabajando en el Hospital de Guadalajara. Maribel seguía en con su empleo en unos Grandes Almacenes.

Repasaron sus tiempos del Colegio, del Hospitalillo y la "Legión", y a tantos amigos y amigas como por estos lugares conocieron. Recordaron el accidente de Elena, que ya iba para once años: "Nunca os olvidaré, y lo que con mi hermana y conmigo hicisteis"; les aseguró Luisita emocionada, emocionándose las otras también.

- Nos hemos hecho mayores, y vamos para viejas –indicaba Lucía-, con gesto de tristeza y cierta nostalgia.

- Eso le pasa a todo el mundo, antes unos, después otros. Lo importante es no caer en el desencanto ni el desaliento, ante nosotras mismas y ante los demás -respondía Susana-. En el Hospitalillo, nos prometimos que, unidas a la Santísima Virgen, seríamos seguidoras de Cristo, y con ese espíritu hemos de seguir durante el resto de nuestra vida. ¿Vale?

- ¡Vale! -respondieron las otras tres.

También recordaron el cumpleaños de Javier, hermano de Lucía, en el que se conocieron Luisita y Juan, y en el que dieron comienzo su noviazgo Javier y Maribel; y lo bien que lo pasaron aquella tarde, en el pueblo aquel.

- ¿Sabéis quien es aquel chico que llevó a Juan y a otra chica desde Madrid al "cumple" de Javier? Se llama Carlos Rubio, es Abogado del Estado, está estudiando para Notario; es listísimo y muy buena persona –señaló Luisita-, es muy amigo de Juan.

- Y parecía que tenía cara de "simple"… tan educadito y tan callado. No lo aparentaba. Juan sabe elegir buenas amistades -Apuntaba Susana.

Después de pasar un buen rato comentando sus inquietudes, ilusiones y proyectos, deseándose Felices Fiestas y un Feliz Año Nuevo; con alegría y cariño se despidieron hasta otra ocasión.

Habían pasado las Fiestas de Navidad, un Nuevo Año llegaba, deseándose unos a otros, las mismas buenas intenciones y los mismos deseos de paz y felicidad de siempre; o, al menos, lo importante era tener salud. Este deseo de tener salud, siempre era y sigue siendo, el último deseo a pedir, a falta de otras "dichas" y felicidades: "lo principal, es tener salud".

Después, ese libro de trescientas sesenta y cinco páginas en blanco, que son los días; a todos nos invita a que, en cada página, anotemos lo que hicimos de bueno y bien; lo que hicimos de malo y mal; lo que pudimos hacer y no hicimos; lo que por Voluntad Divina nos ocurrió en ese día, y si supimos aceptarlo o, por el contrario, renegamos de Dios y de sus designios, sumergiéndonos, cada vez más, en nuestra propia desdicha; aumentando nuestro mal y de quienes nos rodean.

Pasada la festividad de los Reyes Magos, Dª Esperanza, madre de Luisita, le comentó a D. José, su esposo, que ya unos días, tenía unas molestias en el estómago. Como médico él, le recetó el medicamento o fármaco que estimó más adecuado para aquella dolencia que su mujer le indicaba. Nada le comentaron a Luisita sobre las molestias que su madre detectaba, no creyendo que tuviesen importancia. A finales de enero, las molestias de Dª Esperanza, en lugar de remitir, habían aumentado. En la primera decena de febrero el diagnóstico era estremecedor: Cáncer de estómago, en estado avanzado, de carácter irreversible. El día treinta de marzo, Dª Esperanza fallecía quince días después de haber cumplido Luisita sus veinticuatro años.

Debido a la enfermedad de su madre, Luisita, había pedido baja en el Colegio; permitiéndole estar al lado de la mujer que la había traído al mundo: su madre. En aquellos terribles días de Hospital, conservando Dª Esperanza toda su lucidez, agarrando la mano de su hija, dirigiéndose a ella con suma ternura y el sentimiento de quien sabe que se aproxima la separación de sus seres queridos:

- Tengo que decirte, mi querida Luisita, que cuando estuve embarazada de tu hermana Elena y de ti, allí en el pueblo, ante el cuadro de la Virgen de los Dolores que mi madre me regaló cuando me casé; a Elena y a ti, antes de nacer y después de haber nacido, os consagré y ofrecí a la Santísima Virgen, para que fueseis nacidas del amor. No sólo del amor de tu padre y mío, sino del Santo Amor de Dios… Sin ser fruto de la pasión. Por lo que te ruego, mi pequeña mía… que hagas tú lo mismo y consgres a tus hijos antes de nacer, y

después de haber nacido. Conságralos a la Santísima Virgen, ante aquel cuadro de Ella que tenemos en el pueblo; eso mismo hizo mi madre conmigo y con mis hermanos, según ella me comentó. ¿Me prometes que lo harás?

-¡Sí! Mamá. ¡Te lo prometo! Me acordaré de ésto que me dices. Quédate tranquila. No lo olvidaré.

- Sí, hija. No lo olvides. Los hijos que tengas, conságralos y ofrécelos a la Santísima Virgen… ¡Y cuida de tu padre! ¡No le abandones!...

- Descansa, ¡mamá! ¡Lo que dices, haré!

La enferma, habiendo cerrado los ojos, parecía estar cansada y agotada. Su hija, entrando en el aseo de aquella habitación, emocionada, se secaba unas lagrimas que inundaban sus ojos, al tiempo que meditaba: "María, Madre mía. Tú acompañaste en su muerte a tu Divino Hijo. Acompaña también a mi madre en su agonía, fortalece su espíritu, que hija tuya es, y siempre por Madre te ha tenido. Mira qué declaración de amor a Ti y de confianza en Ti, acaba de hacerme. Ven a recoger su alma… y llévala junto a Ti. Si mi madre a Ti me consagró y a Ti me ofreció, yo también tuya soy y en Ti confío; fortalece mi alma ante esta prueba que el Señor me envía. No nos dejes en ningún momento. No nos abandones. En cuerpo y alma, a Ti me entrego…"

Al salir Luisita del servicio, encontraba a su madre como la había dejado. Estaba como dormida. Sentándose junto a la cama de su madre, echando su rostro sobre las ropas de la cama, volvía a meditar: "Señor, que esta prueba que ahora me envías, una más, sea para el fortalecimiento de mi alma y de mi espíritu; no me abandones en la prueba, ni permitas que me aparte de Ti. Que este sufrimiento de mi madre y mío, sirva para expiación de nuestras faltas y para la conversión de las almas. En Ti confío, Señor. En el Viejo Molino de mi pueblo, siendo una niña ya me diste un trozo de tu Cruz. En la calle Libreros, cuando te llevaste a Elena; otro trozo de tu Cruz me enviaste. Aquí y ahora, otro trozo más que Tú me envías… Tú sabrás por qué. Me fío de Ti, Señor. En la prueba y el dolor toda me entrego a tu Amor. No quiero decirte porqué le mandas esto a mi madre. No quiero decirte porqué nos abandonas. NO, Tú no nos abandonas. Podemos sentirnos abandonados… como Tú, Jesús, te sentiste abandonado del Padre en el Huerto de Gethsemaní; pero el Padre tenía sus planes sobre Ti, como ahora los tiene sobre mi madre y sobre mí. Te ruego, Señor, que también fortalezcas el alma de mi padre, que también está soportado todo esto de mi madre, y le queda mucho que sufrir. Dale tu Luz, para que sepa entender que hemos nacido para Ti, y junto a Ti nos quieres. Te ofrezco este sufrimiento mío y el de mi madre también, por la conversión de Juan, mi marido, para que te busque y te encuentre y quiera

seguirte. Tú, Señor, sabes que te amo, y que estoy dispuesta a aceptar tu Voluntad en todo momento. Entregándome a Ti te digo: Lo que Tú quieras… Cuando Tú quieras…"

Después de esta meditación, siguió en la misma postura, con la cara echada sobre la ropa de la cama de su madre que seguía sin moverse y sin abrir los ojos. Entrando su padre en aquella habitación del hospital, le ponía a su hija una mano sobre el hombro, al tiempo que, a media voz, preguntaba:

- ¿Qué tal lo está pasando, lleva mucho tiempo así?

- Sí, ya lleva un buen rato así. Está tranquila.

D. José, acercándose a su mujer le tomaba una mano. Ella abriendo los ojos, como queriendo sonreir, a la vez que decía:

- Ya has venido… José, y yo me tengo que marchar… Estoy cansada.

- Aquí estás para descansar, así que, descansa. Aquí estamos contigo.

Dª Esperanza, mirando fijamente a su esposo, sin decir nada, con una mirada que transmitía serenidad y amor. Siendo ella consciente de que su paso por la Tierra estaba llegando a su fin; como queriendo transmitir profundos sentimientos, cambió la mirada hacia Luisita, con el pensamiento puesto en Elena, su otra hija, con la que no tardaría mucho tiempo en reunirse. Dos días después, estando padre e hija en la habitación de la enferma, dirigiéndose a esta:

- Nunca olvides, mi pequeña Luisita, lo que el otro día te dije, ni lo que ahora te digo: "Ama a tu marido con toda tu alma y con todo tu ser, casi con la misma intensidad como si amaras a Dios, aunque al Señor has de amarle sobre todas las cosas". "Que Juan, si llega el caso, nunca te vea llorar…". "Tu sonrisa y tu cara son un reflejo de tu corazón". "No te dejes dominar por el dolor". "Aunque tu corazón esté sangrando, reparte amor… a ti te sobra y tienes mucho para dar". "No busques felicidades mundanas que puedan ofender a Dios, te conducirían a tristes amarguras". "A los niños del Colegio… enséñales a ser buenos". "Eres muy buena; en esta vida… han de pagar… justos por pecadores". Con voz tenue y apagada terminaba diciendo: "Con todo mi corazón, os quiero…". "Os tengo dentro de mi alma…"

Estas eran las últimas palabras que Dª Esperanza había pronunciado. No sin antes haber dado "consejos" y muestras de cariño a su marido y a cuantos familiares y amigos había acudido a interesarse por su estado de salud. Dos días después, dejaba de latir el corazón de aquella serrana y buena mujer que quiso, que sus hijos, en este caso hijas, fuesen nacidas del amor.

Estas palabras o consejos de Dª Esperanza a su hija, habían calado hasta lo más profundo del alma de Luisita. Repitiéndose a sí misma, en multitud de

ocasiones: “Ama a tu marido… como si amaras a Dios. Que Juan nunca te vea llorar… No te dejes dominar por el dolor… Aunque sangre tu corazón, reparte amor, que a ti te sobra. No busques “felicidades” mundanas… Pagar justos por pecadores…” Todo esto y mucho más, que ella había escuchado a su madre, en los últimos días de la vida de aquélla, Luisita lo guardaba en su corazón y en su mente, como auténtica declaración de “últimas voluntades” o “testamento espiritual” de su madre, que le acompañaría de por vida, y, posteriormente, ella pondría en práctica en no pocas ocasiones.

D. José, después del fallecimiento de su mujer, al menos por una temporada, sin haber cerrado su vivienda en Alcalá de Henares, estuvo viviendo con su hija y con Juan, en la vivienda de éstos en Madrid. Desde allí, junto con ella, los dos tomaban el tren todos los días, para trasladarse hasta Alcalá, para acudir: él al Centro de Salud, donde ejercía como Médico de Familia; y su hija, al Colegio Calasanz de la calle Santiago.

Podría decirse que, para Luisita, las desgracias le venían a pares. Si desde su accidente en el Viejo Molino de su pueblo, hasta el fatal percance en la calle de los Libreros, en que se vio envuelta con la muerte de su única hermana, habían transcurrido sólo dieciocho meses; lo ocurrido ahora superaba a todo los imaginable. A tres meses y unos días del fallecimiento de su madre, su padre fallecía a consecuencia de un derrame cerebral, unos días después de haberse producido.

Ahora tenía Luisita la ocasión de poner en práctica aquel “testamento espiritual” que su madre, en forma de consejos, le había dejado: “no te dejes dominar por el dolor…, aunque “sangre” tu corazón”. “En esta vida, han de pagar justos por pecadores…”, etc.

A sus veinticuatro años, había perdido a sus padres y a su hermana. Las dos primeras semanas después de la muerte de su padre, lo pasó bastante mal, a pesar de que Juan no acudía a su trabajo por el motivo ocurrido. Era época de vacaciones, por lo que ella no tenía que acudir al Colegio. Como los amigos son para las ocasiones, en la tercera semana posterior al fatal suceso, allí estaba Lucía, acudiendo todos los días a casa de su amiga, por estar ella de vacaciones. Llegaba sobre las nueve de la mañana, haciendo compañía a su más preciada amiga, como así solía llamarla. Cuando Juan volvía a casa, pasadas las tres de la tarde, Lucía, con el matrimonio comía, y cuando le parecía, regresaba a su casa en Alcalá. Así fue durante los días de esa semana en que él trabajaba.

Uno de esos días, en que las dos amigas estaban solas en la casa, hablando y repasando recuerdos de las situaciones vividas o compartidas; también,

como se conocieron Juan y ella, en la casa de los padres de Lucía, durante el cumpleaños de Javier, así como los principios de su noviazgo, no porque a Luisita le interesara hablar de aquello, en tales circunstancias, sino porque su amiga la llevaba en la conversación por donde creía más conveniente, con tal de ir pasando el tiempo, haciéndolo más distraído.

- ¿Qué es la vida…? –Preguntaba Lucía, en tono pausado.

- Cada persona podría darte una respuesta diferente, según las condiciones con las que ha de hacer frente a su diario vivir. Todos tratamos de ser felices, buscando la felicidad en esta vida por mil caminos diferentes; pero todos con el mismo objetivo, no siendo fácil de encontrar, porque de mil formas y maneras el sufrimiento alcanza, antes o después, a todos los seres humanos. Y, al final, por más que nos empeñemos en ocultar esta realidad, la vida es un "milagro" que nos conduce por un camino sin vuelta hacia la eternidad, de la que nadie nos podemos evadir o librar. Para el creyente, es un caminar hacia el encuentro con Dios, del que espera gozar, cantado sus alabanzas a Él. Para el no creyente…? No sé; me imagino será la nada. Prefiero no saber.

- Estos "golpes", tan inesperados, que la vida te depara siendo tan joven, ¿fortalecen tu ánimo, tu forma de ver la vida y tu Fe, o, por el contrario…?

- ¿Mi ánimo? ¡Imagínate! Es como esos árboles solitarios, altos y delgados que, ante un vendaval, se balancean luchando contra el viento, para que no le tronche ni le tumbe y que, cuando el huracán ha pasado, las raíces han cobrado más fuerza, teniendo el "orgullo" de haber quedado vencedor. ¿Mi forma de ver la vida? Pues, con muchísimo más realismo que antes; sabiendo que en cualquier momento mi vida puede terminar. Sin pensar, ni muchísimo menos, en el dicho: "A vivir que son dos días…" No. Eso queda para quienes tienen una forma de pensar muy diferente a la mía. Eso queda para quienes ante la frustración o el dolor, se hunden en la desesperación. Hasta ahora, querida Lucía, y no quiero cambiar, entiendo que el mejor modo de vivir, es viviendo en el amor y con amor; porque sólo existen dos amores: El amor a Dios y el amor al prójimo. Porque el amor a sí mismo, es puro egoísmo, que sólo produce desgracia y amargura. Por ello, puedo decirte que sí, que los "golpes" que tú dices, fortalecen mi ánimo, mi forma de ver la vida y mi Fe, porque confío en Dios, mi Señor, al que amo y adoro, y ante el que agacho mi cabeza, pidiéndole que no permita que me aparte de Él.

Haciendo una pausa, al tiempo que miraba al suelo, después continuaba:

- Me duele sufrir; pero entiendo que el dolor y el sufrimiento, hacen a los hombres más sencillos y, en su pequeñez, más humildes y humanos. A mí, al menos, así me ocurre; a otras personas, no sé. He visto sufrir a mi madre,

sabiendo que se moría, y no la he visto hacer preguntas a Dios, no. Podía haber dicho: "Por qué me mandas esto", cuando supo lo que tenía; podía haber preguntado al Señor: "Qué pecado cometí, ¿a caso merezco esto?". Pero no, mi madre no le hacía preguntas a Dios, ni se ha quejado de sus designios o planes hacia ella. Mi madre me ha dado, o, mejor dicho, nos ha dado a los que la hemos visto sufrir durante su mortal enfermedad, una auténtica lección de fortaleza y aceptación a la Santa Voluntad del Señor. Me duele la separación; me duele el no poder compartir mi vida, mis tristezas y alegrías con mis padres; sí, me duele, y mucho. Tú sabes lo unida que yo estaba con mi hermana Elena, y tuve que sufrir la separación, con tan solo doce años; tú sabes lo que sufrí. Contestando más brevemente a tu pregunta, te diré: Las adversidades que he tenido que afrontar en mi mi vida, me han hecho "madurar" como persona; aunque creo no tener ningún mérito, sino que Dios da el dolor y también el remedio.

- Eres grande Luisita, admiro tu fortaleza y tu madurez. Yo no lo llevaría con la entereza que tú lo llevas. Tú sabes que creo y confío en Dios. Sabes también cuantas veces, Susana, Maribel, Mila, tú y yo nos ofrecíamos y consagrábamos a la Santísima Virgen, en la Capilla del Hospitalillo. Tú conoces mi fe; pero si a mi se sucediera todo lo que a ti te ocurre, no lo soportaría como tú.

- ¿A caso piensas que no he llorado y que no lloro, y que seguiré llorando? En tres meses me he quedado sin mis padres. Sí, tengo a Juan. Pero al curso que viene seguiré yendo todos los días al Colegio en Alcalá, y mis padres ya no van a estar en su casa, ni podré ir a comer con ellos, como antes lo hacía.

Luisita empezó a llorar desconsolada… Aquella que aprendió a sufrir desde pequeña, el dolor la vencía y derrumbaba.

- ¡Llora, Luisita, llora! ¡Qué también es bueno llorar! Y más cuando se llora por amor, como tú lo haces. Te diré un verso que en alguna parte vi escrito en una estampa:

Las penas que tú padeces,
con santa resignación,
son cual perlas que la Virgen
recoge en su corazón.

- Gracias Lucía. Gracias; cuanto me has ayudado siempre. El Señor me quitó una hermana, pero me dio otra, me dio a ti. Los planes que sobre ti tiene el Señor, son: Dar consuelo a quien sufre; y te diré más, ¡tú sufres por

quien sufre y con quien sufre!, y eso es patrimonio de las almas nobles y de los grandes corazones. ¡Qué Dios te bendiga, si no te está bendiciendo ya!

Al día siguiente, viernes, Juan se había marchado de casa hacia su Consulta en el Hospital. Después de haber arreglado las cosas de la casa, Luisita pasó a su dormitorio en el que, colgado en la pared, sobre la cabecera de la cama matrimonial tenía un Crucifijo de unos ochenta y cinco centímetros el palo largo de la cruz, siendo el palo corto o transversal de unos cincuenta y cinco centímetros, aproximadamente; con un Cristo Crucificado, que llamaba poderosamente la atención por su realismo, sin llegar a imitar, ni muchísimo menos, la crudeza que las huellas que su Pasión habían dejado en el Cuerpo de Jesús. En esto, el artista que compuso los trazos de la figura de escayola de aquel Crucificado había sido generoso.

Aquel Crucifijo, era el regalo de boda que D. José y Dª Esperanza, le habían hecho a su hija cuando ésta se casó. Detalle bien diferente al que, en la actualidad, se situa en no pocos dormitorios, en los cuales se colocan cuadros de los más diversos temas pictóricos, que sustituyen al Crucificado, como si Este estorbase en la familia y en la vida conyugal.

Ante aquel Crucifijo, que después de haber desaparecido sus padres, para ella tenía mucho más valor que antes de la desaparición de ellos; Luisita, a los pies de la cama, de rodillas y mirando al Crucificado, pasaba sus ratos de meditación o de oración. Aquel viernes, así meditaba: "Aquí estoy, Señor, entregándome a tu Amor… Aumenta mi Fe, para no negarte ni apartarme de Ti. Dame tu amor y tu fuerza para seguirte, aunque sea a trompicones. Cuando los negros nubarrones de la vida, amenacen aniquilar mi entendimiento y mi alma, sé Tú, Jesús, mi Luz, mi Guía, mi Fortaleza… Has dejado dicho en el Evangelio: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su Cruz y me siga". Mi Cruz, Tú me la vas dando, a trozos, y que trozos… Señor. Tú sabes, cuantas veces desde la muerte de Elena, mirándote Crucificado me dirigía al Padre, diciendo: "Te ofrezco a Jesús Crucificado en la Cruz, y con Él a Ti me ofrezco, crucificada también, en la parte posterior de su Cruz, como víctima de amor; pero siempre unida a tu Divino Hijo". Esta ofrenda me la dejó escrita mi hermana, poco antes de morir. Me decía que ella la hacia; pero a mis doce años no lo entendía. Tuviste que llevarte a ella, tal vez como víctima de amor, como Elena quería, para que yo lo entendiera".

"Aquí contemplando tu Sangre, tus Espinas y tus Llagas, a Ti me entrego, una vez más, porque me considero tuya; unida a tu Santa Madre y Madre Nuestra, a la que tantas veces me he consagrado y también entregado. Todos

mis sufrimientos, penas y lágrimas, unidos a los méritos de tu Pasión, de tu Cruz, de tus Santas Llagas, de tu muerte y de tu Preciosa Sangre derramada; en tu Nombre, Señor, se los ofrezco al Padre, en reparación de las ofensas con las que es ofendida su Divina Majestad; por las almas de mis padres y de todos mis familiares difuntos; por todos mi familiares y amigos, y si alguien tuviese como enemigo. De un modo especial, a Ti, Padre Eterno, te hago este ofrecimiento por Juan, mi marido, dale tu Luz para que crea en Ti. También te hago este ofrecimiento, por aquellas intenciones que quisieras, y veas más necesarias… Tuya soy… mi Dios".

Estando así en el dormitorio, sonó el timbre de la puerta; era Lucía, que acudía,un día más, a pasar la mañana con ella hasta la vuelta de Juan. Esta se dio cuenta que su amiga había llorado, por tener los ojos enrojecidos; pero, como si nada hubiese visto, nada dijo.

La primera impresión que la recién llegada se llevó de su amiga era, por su puesto, que había llorado; proponiéndose a sí misma levantarla el ánimo que no tardó mucho en conseguir. Le comentó que había hablando con Susana, diciéndole esta que el fin de semana, pasaría por casa de Luisita a hacerle una visita. La misma intención tenían Maribel y Javier, según este le había manifestado a su hermana Lucía. Esta no tardó mucho de darse cuenta de que su sufrida amiga, se encontraba mejor de ánimo ese viernes que el primer día de aquella semana que ella le estaba acompañando. Al poco rato, las dos amigas salieron a la calle a comprar provisiones. De vuelta a casa, comentando y hablando sobre sus vidas y otros temas; sobre su futuro y proyectos, comentó Luisita:

- Estoy pensando, que tendré que dejar el Colegio de Alcalá. No sé si para el próximo curso o siguiente, y venirme a otro Colegio de Madrid, porque al no estar mis padres allí… ¡Pero abandonar aquel Colegio! Cuando lo pienso detenidamente, se me parte el alma. No sé… No sé que hacer. Es que retirarme de Alcalá ¡es romper con tantas amistades, vivencias y recuerdos!

- No tardas tanto en llegar en el tren, teniendo la estación tan cerca de tu casa. Al menos, podías esperar hasta que tengas hijos. Tú verás…

- Dice Juan, que cuando tengamos hijos, debería dejar el Colegio y dedicarme por entero a ellos. Que los niños pequeños están mejor con sus madres que en las guarderías. Si Dios quiere, cuando se digne concedernos, esperamos tener varios hijos o al menos cuatro. Llevamos casados casi un año y todavía no… -En tono triste-. Mira yo, aquí estoy sola; sin padres ni hermanos, ni sobrinos. Sola. Sí, con Juan; pero solos. Como tú, tienes a tu hermano, pero ¿qué? ¿Sería igual si tuvieras tres o cuatro hermanas o

hermanos más? Juan, con un hermano sólo. No podemos ni debemos juzgar. No sabemos causas o razones; pero hoy, esta "tendencia" que parece estar de moda de no tener hijos o solamente la "parejita", o quizá uno sólo… ¡Cuántas soledades habrán de soportar las futuras generaciones! ¡Y los primeros en sufrir la soledad son los padres! Que pudiendo tener hijos… (?)

- ¡Cuánta razón tienes! Si yo tuviese dos o más hermanas y hermanos; porque Javier es bueno, pero es uno sólo. Son así los tiempos, que imponen tener comodidad y cosas para disfrutar, antes que tener hijos para ofrecérselos a Dios. Este es uno de los signos de esta sociedad consumista, materialista y hedonista, que considera el placer como único fin de la vida, viviendo de espaldas de Dios, sin tener en cuenta que con Dios no se juega, ni de Él nadie se ríe. Sin tener en cuenta que quien huye del sacrificio y de la Cruz, también en la Cruz y en el dolor termina. No es tu caso Luisita. Tú tienes Cruz y sufrimiento, como prueba para tu fortalecimiento en el seguimiento de Cristo; esto por una parte; por otra, tu Cruz y tu sufrimiento, sirve también para la expiación de culpas ajenas y para apartarte de los enemigos del alma; porque sabes aceptarla y ofrecersela al Señor. Por lo que te digo y termino: ¡No le tengas miedo al sufrimiento ni al dolor!. En la Cruz murió Cristo; ¡en crueles tormentos murieron legiones de seguidores suyos! Nosotras, ¡¿por qué no…?!

A Lucía, la idea del martirio no se le apartaba de su mente. Ya cuando contaba doce años de edad, decía que Elena había sido "mártir" de un arrollador progreso que destruía cuerpos y almas.

- Si mucho bien puedes realizar con tus conocimientos de enfermería en los Hospitales donde trabajes, tanto más o mayor será el bien que puedes hacer con la bondad de tus sentimientos, en las almas de aquellas personas con las que trates a lo largo de tu vida. Sigue así, Lucía, y nunca cambies, y serás feliz. ¡Tú, eres un "ángel" de Dios! ¡Te admiro! ¡Eres formidable!

- Es el espíritu de la Legión de María que, en el Hospitalillo, don Manuel sembró en nuestras tiernas almas. A él se lo debemos -dijo Lucía sonriendo-.

Después de dar por terminada esta conversación, las dos amigas se dispusieron a preparar la comida; que Juan no tardaría en llegar. Como así fue. Lucía se quedó a comer con el matrimonio, diciendo que el próximo lunes volvería al trabajo, dando a entender que no acompañaría a su amiga.

Durante la comida, Juan le propuso a su mujer que deberían marcharse durante dos semanas, que él tenía de vacaciones, a algún pueblecito de la Sierra Norte de Madrid, por no ir al pueblo de Luisita que, por sus recuerdos, lo pasaría peor que estando en Madrid, Allí también estarían en contacto

directo con la Naturaleza, de la que tan amantes eran los dos. Ella se oponía a esta idea. No quería salir de Madrid. Por fin, le convencieron haciendole ver que, en la serena paz del campo, fortalecería su ánimo encontrándose consigo misma y con Dios, y sería por su bien.

Unos días después, en un pueblecito de la Sierra Norte de Madrid, habían alquilado para dos semanas, una casa no muy grande, aunque muy bien acondicionada, que sus dueños la empleaban para alquilarla a turistas, veraneantes y en estos casos. En esta casa se acomodaron Juan y Luisita, que casi en ella sólo estaban para comer y dormir y poco más.

Con sus mochilas a la espalda y sus provisiones en ellas, sin olvidar los prismáticos; como en el pueblo de la Sierra del Alto Rey, decían estar en un mundo lleno de paz y serenidad; si bien, desde los altos de aquella Sierra de Guadarrama, en varias ocasiones, ella miraba y volvía a mirar hacia el Saliente, contemplando el Pico del Ocejón, al que tantas veces pensó subir. Si bien, su interés no estaba en aquel pico que se alzaba majestuoso hacia el cielo, sino lo ocultado detrás de él: el Alto Rey, y, en sus cercanías, su pueblo con sus seres queridos en su descanso eterno.

Cuando hacia el Ocejón miraba, en sus ojos y en su alma la emoción hacía acto de presencia, al tiempo que recordaba las palabras de su madre: “Que Juan nunca te vea llorar”. “No te dejes dominar por el dolor, aunque tu corazón esté “sangrando”. “Tu sonrisa y tu cara son un reflejo de tu corazón”.

También recordaba las palabras de Lucía, que ésta le había dicho sólo hacía unos días: “Tu cruz y tu dolor son una prueba, para fortalecerte en el seguimiento de Cristo. Y para el bien de otras almas” El recuerdo de estas frases, y el recuerdo de quien procedían, eran como inyecciones de pura energía para su espíritu, cobrando nuevos y firmes impulsos en su ánimo.

En la serena paz de aquel pueblo de la Sierra de Madrid, el joven matrimonio trataba de reponerse o recuperarse de las recientes emociones pasadas. Por sorpresa, en aquel pueblo se presentaron Carlos Rubio y Alicia, que así se llamaba la esposa de aquél, y que no eran otros que los jóvenes que habían llevado a Juan, desde Madrid, al cumpleaños de Javier Ruiz, en Los Santos de la Humosa; y que hacía dos días habían vuelto del “viaje de novios”. Nada sabían del fallecimiento de D. José, padre de Luisita, por estar ellos lejos de Madrid. Enterados de este suceso, mediante los padres de Juan, y de donde se hallaban sus sufridos amigos, decidieron hacerles una visita.

Los recien casados, pensaban volver a Madrid en el día; sin embargo, con sus amigos se quedaron durante dos días más; puesto que en aquella casa había otra habitación con camas.

Después de estar dos semanas en el pueblecito aquel de la Sierra Norte, cuando Luisita volvió a Madrid, su ánimo y su temple había tomado nuevos impulsos. Sus meditaciones en plena Naturaleza, templo de Dios, su Creador; así decía ella, y así es; los dos días que con ellos estuvieron sus amigos recién casados y la inestimable comprensión y cariño de su esposo, le ayudaron a superar en parte el dolor que supone la pérdida de sus padres en el corto espacio de tres meses, cuando ella contaba con veinticuatro años de edad; y, cuando solamente hacía un año que se había casado.

Habiendo comenzado el nuevo Curso Escolar, como en años anteriores, para acudir al Colegio, todos los días tomaba el tren, desde Madrid hasta Alcalá de Henares. En el viaje, casi siempre solía llevar en su bolso un libro para leer en el tren, que algunos días no lo sacaba del bolso, por viajar sumida en sus recuerdos o pensamientos.

Los últimos tres meses de vida de su padre, había viajado acompañada de él. Ahora lo hacía con su recuerdo. Recordando las conversaciones que con él mantenía en el tren o en otras ocasiones. Recordando consejos y enseñanzas que desde niña había recibido, y que ahora tomaban fuerza y reavivaban en su mente. Sin olvidar también los consejos y enseñanzas de su madre.

Así, en el tren, uno de esos días, viajaba recordando conversaciones mantenidas con sus padres; más los consejos y enseñanzas que de ellos había recibido, y que, si antes de su fallecimiento, no daba en sí mucha importancia y valía; ahora ella apreciaba con toda intensidad y valor: “Qué triste es, que los seres humanos -se decía para sí misma-, demos más valor a las personas, y a lo que han hecho o han dicho y a lo que en vida han sido; después de haber muerto o desaparecido, y que, en vida, no supimos valorar o prestar atención”. “¡Qué triste! ¡Perdóname, papa! ¡Puede haberte escuchado más de lo que te escuché! ¡Puede haber puesto más atención y tenido más en cuenta aquello que me decías…! ¡Pude haberte demostrado más, lo mucho que te quería! ¡Pero tú sabes que te quise muchísimo, y te seguiré queriendo! ¡Perdóname, papa…! ¡Perdóname!”

La emoción hacía acto de presencia en el semblante de Luisita, que apenas podía controlar.

Un señor de la edad de su padre o algo mayor, que viajaba frente a ella sentado en el tren, dándose cuenta de que algo desagradable, doloroso o emotivo le estaba sucediendo a su joven compañera de viaje; dirigiéndose a ella, muy atentamente:

- Señorita, ¿se encuentra bien…? ¿Le sucede algo?

- Muchas gracias. No es nada. No es nada… Soy casada…

- Usted disculpe; pero si en algo puedo ayudarle o serle útil… lo haría encantado.

- Muy agradecida. Pero no es nada… No se preocupe.

Así respondía Luisita, a la vez que mostrando un gesto con la cara, en la que parecía apreciarse una leve sonrisa, manifestaba su agradecimiento hacia aquel señor que, muy atentamente, por ella se interesaba.

CAPÍTULO IV

Desde tierras amazónicas

Iba ya para tres años que la feliz pareja, Juan y Luisita, habían contraído matrimonio. Ahora, siendo el último sábado de mayo, las tres amigas, Susana, Lucía y Luisita, se reunían en casa de ésta, dispuestas a pasar el día juntas. Juan, ese día, por estar haciendo una suplencia a un compañero en el Hospital, a su casa no volvería hasta pasadas las diez de la noche. Las dos primeras, llegaron a casa de su amig sobre las doce de la mañana; después de pasado un rato contándose sus cosas y proyectos, recordando momentos pasados; se disponían para salir a comer en algún Restaurante. En tanto que Luis, el hermano de Juan, llamaba al timbre de la puerta, con la intención de comentar con este, su intención de incorporase a Médicos Sin Fronteras durante los meses de verano.

Abriendo Luisita la puerta, invitándole a pasar, sentándose con las tres amigas, le comentaba que Juan no volvería hasta pasadas las diez de la noche. No obstante, entablando una amena y alegre conversación, entre ellas y Luis, este les anunciaba su intención de marcharse con MSF, durante los meses de julio, agosto y septiembre, al lugar que le destinasen, lo cual estaba haciendo las gestiones oportunas al respecto. Causando cierta y sorprendente impresión entre las tres amigas, que, a la vez, le manifestaban sus ideas sobre tal intención.

- Mira, ahora tienes la ocasión de marcharte a algún país, por ahí perdido, como en otras ocasiones has dicho –decía Susana, dirigiéndose a Lucía-. Piénsatelo; que, al menos, puedes irte con alguien conocido, como lo es Luis.

A Lucía, esta sugerencia de Susana, no le cayó nada de bien, más por el tonillo empleado que por lo dicho en sí; captando la indirecta de su amiga, no sin cierta indignación:

- Bueno, rica. Tú siempre por lo bajo, tirando a dar. No sé cómo te las arregas. ¡Siempres estás dispuesta…!

Luisita, saliendo al corte de una posible discusión entre sus amigas, dirigiéndose a su cuñado:

- Pero, ¿te lo has pesado bien? ¿Qué te dicen tus padres? ¿Lo sabe Juan?

- A eso venía, a consultarlo con él. Mi padre dice que haga lo que me parezca, siempre y cuando sea con buena intención y para hacer el bien; no le parece mal. Dice, que ya soy "mayorcito" para tomar decisiones. Mi madre no hace nada más que disuadirme para que no vaya. Que para hacer el bien, también se puede hacer sin salir de España. Así que ya veremos –decía Luis, dejando entrever una agridulce sonrisa.

- Tienes veintitrés años ¿no? ¿Cuánto te queda para terminar tus estudios de Medicina?

- Sí, tengo veintitrés. Me quedan dos cursos para terminar la Carrera; pero luego, si puedo, quiero hacer Pediatría; me encantan los niños. Y, por lo visto, en Brasil hay muchos niños que no lo están pasando bien. Puede ser que allí me destinen, según me han informado. No sé. Pero bueno, todavía no estoy allí. Ya veremos… Aunque si me gustaría, sino allí, sí a otro lugar.

- ¿Cómo has tomado esta decisión, aunque todavía no sea firme? -Con semblante interesante y serio preguntaba Susana-. Yo creo que tu madre tiene razón. Sería para ti una interesante experiencia en tu Carrera. Pero, chico, irte tan lejos sin motivos.

- Todos tenemos ocultos sentimientos o motivos que no tenemos porqué airear; aparte de que siempre es bueno conocer tierras y gentes, y pasar por ciertas experiencias que a uno le hagan crecer o enriquecer en humanidad y en bondad. Y esto también se consigue ayudando a quien sufre y lo pasa mal. ¡Hay tantísima gente que no lo pasa bien, en tantos lugares de la Tierra…!

Entre tanto, Lucía, estaba seria; en silencio, sin hacer ningún comentario sobre la decisión de Luis, le observaba; al cual veía firme en su propósito. Ahora tenía la ocasión de cumplir un deseo, tenido desde hacía tiempo, y nunca realizado.

- Bueno chicas, os dejo. Ya hablaré con mi hermano. Le comentas mi intención. Quiero conocer su opinión.

- Y qué puede decirte tu hermano, si tú estás decidido a marchar… "mayorcito" eres, como te dice tu padre -respondía Luisita.

Por unos instantes, Luis, se quedó mirando fijamente a su cuñada, con una cierta mirada que ninguna de las amigas supo interpretar; pero que, en parte, Luisita, sí creyó intuir.

- Bueno, chico, nos vamos a comer por ahí –decía Susana-, si te vienes con nosotras, te invitamos; disfrutaríamos con tu compañía.

Luis, dándose cuenta de que la invitación sólo era un cumplido; imaginando que ellas preferirían estar solas, muy amablemente, rehusó la

invitación marchándose seguidamente, no sin antes despedirse de las tres amigas, quedando estas un tanto confusas.

Al quedarse solas, Lucía, sintiéndose molesta con Susana, y dando a demostrar que lo estaba, seguía sin decir palabra, ante las insinuaciones de sus amigas, de dónde ir a comer. Susana, que, aunque directa que era, también tenía buen corazón, pidiendo disculpas por su "tirar a dar", como decía Lucía, todo quedó arreglado, y, "pelillos a la mar".

Durante la comida, hablando del tema de la posible marcha de Luis a Brasil o a cualquier otro país; Luisita, decía que respetaba la decisión de su cuñado, y prefería no opinar. De todos modos, conociendo a Lucía, y sabiendo cómo ésta pensaba, con mucho tacto y cariño, decidió aparcar el tema para cuando estuviese a solas con su amiga, sin que Susana estuviese presente.

Unos días después de que Luis comentase a las tres amigas su decisión de marchar a MSF, Lucía, una mañana que tenía libre, a la hora del recreo, acudía al Colegio Calasanz a ver a su amiga y comentarle, a la vez, sobre la posible marcha de su cuñado; puesto que ella no dejaba de darle vueltas en su cabeza, y, en cierta medida, le gustaría; pero no lo tenía claro…

- Hola, Lucía, ¿cómo tú por aquí? A decir verdad, te estaba esperando. Sabía que vendrías a contarme tus dudas, sobre si marcharte con Luis a MSF, como alguna vez pensaste –decía Luisita, con su amable y alegre sonrisa.

- No me extraña. Me conoces muy bien; también sé lo mucho que me quieres. Han sido tantos momentos juntas... Y vengo a comentarlo contigo, porque tu consejo siempre es sincero y acertado.

- Cuéntame. Si en algo puedo aconsejarte o ayudarte, sabes que lo haré, o, al menos, te escucharé con muchísimo cariño.

Lucía, como su amiga sospechaba, quería consultar con ella sobre si satisfacer aquel deseo que en otras ocasiones había tenido. Pues, ahora se le brindaba la ocasión de hacerlo con alguien responsable y conocido, como lo era Luis. Después de un rato tratando sobre ello, Lucía terminaba diciendo:

- Sabes, Luisi, que, en cuantas ocasiones, he estado ilusionada con esta idea. Desde que Luis nos anunciara su decisión, llevo dándole vueltas a este tema; pero, una cosa es la ilusión, y otra cosa es enfrentarte a la realidad y a las dificultades. Por otra parte; abandonar a mis padres, familia, amistades, comodidades y marchar a lo desconocido. Esto cuesta mucho. A pesar de que me gusta mi trabajo en el Hospital y me siento cómoda con él, me gustaría ir. Aunque creo que soy una cobarde para dar semejante paso… También pienso que cuántas "buenas voluntades" se habrán perdido por temor al sacrificio,

por la comodidad de la vida fácil, por exceso de egoísmo y por falta de amor a los demás. ¿Será posible que mi "buena voluntad", de otros tiempos, pase a incrementar esa lista de "buenas voluntades" perdidas y que no llegaron a dar fruto alguno? Indecisión, justificaciones, cobardía. No sé, Luisita. No sé… Estoy echa un mar de dudas del que no sé cómo salir. No me atrevo a decírselo a mis padres. Eres tú, la primera persona que se lo comento, porque confío plenamente en ti. No comentes nada con Susana, ya sabes como es. Sin duda, se burlaría de mí.

- Si te decidieras a marchar, puedo decirte que estar al lado de Luis, es toda una garantía. Es muy responsable y formal, te ayudaría muchísimo y sería de gran ayuda para ti. Pero con esto, no pretendo influir en tu decisión.

- Bueno; por lo que dijo Luis, en un principio, sólo sería para tres meses o, quizá, menos. Él tiene que iniciar nuevo Curso en la Universidad.

Las dos amigas siguieron intercambiando impresiones sobre las dudas o indecisiones de Lucía; entre tanto, tuvieron que dejarlo; se aproximaba el final del recreo. Antes de despedirse, Luisita, terminó diciendo:

- Después de lo que te he dicho y de lo que te puedan decir tus padres, creo que tienes que ser tú, quien, en silencio, tomes la decisión, o mejor, encomendándote a Dios; deja que sea Él, El que te hable al corazón; escúchalo con humildad y, después, haz aquello que tu corazón te diga.

= = =

Llegado el treinta de junio, en el Aeropuerto de Barajas (Madrid), allí estaban, dispuestos para embarcar rumbo a Brasil, Luis y Lucía, con otros veinte chicos y chicas, todos ellos estudiantes o licenciados en Medicina y Enfermería, y algún licenciado en Psicología, despidiéndose de sus familiares y amigos. Entre éstos, junto con los padres de Luis y Lucía, también estaba Luisita y Susana. Estas, fundiéndose en un fuerte abrazo con su amiga, a la vez que Susana pedía le perdonase por las indirectas con que, en ciertas ocasiones, le había molestado.

Lucía, para marchar a Brasil, había solicitado excedencia por tres meses en su empleo en el Hospital Universitario de Guadalajara; habiéndole sido concedida.

Pasados quince días, Luisita, recibía la primera carta que Lucía le escribía desde aquel inmenso país sudamericano.

Manaos, 10 de julio

"Querida Luisita:

Parece que fue ayer cuando nos despedíamos en Barajas, y ya llevo aquí diez días. Te cuento: Durante el viaje, Luis y yo, decidimos que, a poder ser, nos dieran el mismo destino; lo cual nos concedieron, junto con Pilar, una chica de Molina de Aragón (Guadalajara), que hacía un año se había Licenciado en Medicina. Año que le había pasado haciendo "suplencias" y fines de semana, en Centros Médicos de la capital y provincia.

Llegamos sobre las nueve de la noche, al Aeropuerto Internacional Eduardo Gomes en Manaos. Dicen que es el aeropuerto más importante del estado de Amazonas y uno de los más transitados de Brasil. Desde el aeropuerto, en un autobús, nos condujeron a un hotel, donde cenamos y dormimos. A la mañana siguiente, en el mismo hotel, se reunieron con nuestro grupo, componentes de la Delegación de MSF en esta ciudad, para una toma de contacto y cambiar impresiones con cada uno de nosotros, y crear grupos de trabajo y asignar destinos.

No es mucho lo que te puedo contar de esta ciudad. Es la capital del Estado de Amazonas. Situada en la confluencia del río Negro con el río Amazonas. Debido a fuertes y prolongadas lluvias, estos ríos con grandes crecidas están produciendo unas inundaciones impresionantes, con muchos miles de afectados por las aguas.

Estamos muy cerca del Ecuador de la Tierra, por lo que aquí no hay Invierno ni Verano; pero, según dicen, se dan ciertos desarreglos climáticos, y las lógicas enfermedades tropicales.

Durante el tiempo de espera en el hotel, conocimos a Pilar. Parece simpática, se da un "aire" a ti, pero no es ni con mucho como tú. Algo me dice que no vamos a congeniar. Al comentar con ella que Luis y yo íbamos a solicitar el mismo destino, nos dijo que, a poder ser, si nos importaría que ella estuviese con nosotros, en el mismo grupo; que a ella le gustaría –no sé que vería en nosotros; tal vez sea que Luis le "caiga" bien-. Así que lo solicitamos, y así nos lo concedieron. Destinándonos en Manaos. Esta ciudad tienes una población aproximada a dos millones de personas. Así que estamos los tres juntos en el grupo o equipo del doctor Joao. Un médico portugués, de cincuenta y dos años, hijo de padre portugués y madre española. Me parece un buen "tipo"; es formidable, vale mucho, habla correctamente nuestro idioma. Dice estar en Brasil ya muchos años. No cuenta nada de su vida personal; pero me da la impresión de que está "marcado" por ciertas experiencias o circunstancias. Es una persona

admirable, muy amable, correcto y agradable. Sabe como tratar a la gente. Por su manera de comportarse, creo que tiene mucho "mundo".

Está en nuestro equipo Elsa, una morenita brasileña de veintiséis años, Licenciada en Enfermería, que ya lleva tiempo trabajando con el doctor Joao; que es el jefe o encargado de nuestro grupo como antes te decía.

Luis, Pilar y yo, formamos un equipo. Según lo dispone nuestro jefe, actuando donde a él mejor le parece.

Para Luis, Pilar y para mí, de momento, nos han preparado un pisito donde dormir y tener nuestras pocas pertenencias, junto a un Polideportivo que han habilitado para dar cobijo a cientos de afectados -se dice que hay más de dos mil personas que han perdido todo por las inundaciones. Proceden de pequeños pueblos y poblados inundado por la crecida de los ríos.

No tenemos horario de trabajo, actuamos cuando la situación lo requiere. También nos desplazamos en una ambulancia a otros lugares de la ciudad y alrededores, cuando nos necesitan, atendiendo también consultas externas.

Esto es una pena. Hay personas, incluso niños, que no saben nada de sus seres queridos, porque también hay desaparecidos. Tres días a la semana vienen Psicólogos y asistentes sociales. También hay jóvenes haciendo voluntariado.

El desencanto y la tristeza se manifiestan en los rostros de estas pobres gentes porque, de cara al futuro, están perdiendo la esperanza. En cuanto al idioma, nos estamos adaptando bastante bien, casi siempre hay alguien que hace de traductor.

Esto es mucho más duro que trabajar en el Hospital de Guadalajara. Cuántas lágrimas vemos en niños y ancianos que me parten el alma… Ya te escribiré otro día y te contaré más cosas, esperando que sean buenas…

Un besazo muy fuerte, tu amiga,

Lucía

Madrid, 19 de julio

"Querida Lucía:

Aquí, por los medios de comunicación, estamos al corriente de lo que en Brasil sucede. Aunque me imagino, que no será lo mismo las noticias que aquí llegan, como lo que allí ocurre. Tengo que decirte que a pesar de las circunstancias que estás contemplando, que hubiera sido mejor que no hubiesen ocurrido, por tanto sufrimiento y dolor como causan a miles de personas, más los desaparecidos; creo, que de las situaciones que estás viviendo y lo que te quedará por ver, porque aunque

deje de llover y cesen las inundaciones, los problemas causados por el agua, no se van a resolver de la noche a la mañana, aunque te partan el alma, como dices, también puedes sacar provecho y mirar a la vida con muchísimo amor y realismo. Estoy segura que, ante las situaciones que estás contemplando y viviendo, tu madurez humana y espiritual saldrá fortalecida y reforzada, y eso es lo positivo de la adversidad y el dolor, que a las personas, sino siempre, sí en muchas ocasiones, suelen hacernos más humildes, sencillos y humanos y, a veces, hasta puede ser necesario. A pesar de que nos quieran presentar una vida de "color de rosa", sin tener en cuenta que también las rosas tienen espinas. ¡¡Cuántos millones de seres humanos pasan su triste existencia colmados de padecimientos y penas!!

Mientras cuántos de nosotros, los acomodados en muestro bien vivir, los que no carecemos de nada, si llega el caso, miramos para otro lado; insatisfechos, quejándonos de todo, porque, a veces, nuestras ambiciosas o egoístas aspiraciones, por una vida cada vez más placentera y mejor, no se cumplen, según nuestros caprichos o deseos…

Dicen, "que cada cosa que ocurre en la vida, tiene un sentido; pero que lo difícil es descubrir ese sentido." ¿Qué sentido puede tener tanto dolor y sufrimiento en millones de seres humanos, producido unas veces por desastres o catástrofes naturales, y otras veces por la mano del hombre? En alguna ocasión escuche decir a mi madre: "El dolor es la voz que Dios utiliza para "despertar" a un mundo que no quiere escuchar". ¿Será posible que aún con tantísimo dolor en este mundo "dormido", seamos incapaces de despertar, y, por ello, haya que cumplirse aquella otra sentencia que también mi madre repetía, que "había que pagar justos por pecadores"? No sé. No sé, Lucía. Mejor que meditar o analizar sobre cuanto aquí te digo, desde mi pequeñez, prefiero aceptar la Voluntad de Dios, y abandonarme a Él, procurando hacer el bien que en mi mano esté; sólo que hay circunstancias… que a todos nos desbordan.

Me alegro que te hayan destinado junto a Luis. Es muy serio, responsable y bueno, ya le irás conociendo, creo que puedes confiar plenamente en él. Ya le diré que él también confíe en ti, porque tú, eres formidable.

Con todo mi cariño",

Luisita

Manaos, 4 de agosto

Querida Luisi:

Recibí la tuya del 19 de julio. Cuántas veces la he leído, y cuánto me ha hecho meditar lo que en ella dices. Pero nunca meditaremos bastante, y nunca será bastante el bien que hagamos o podamos hacer; porque la Tierra entera está regada de penas y sufrimiento; aunque vivimos en un mundo de grandes contrastes. Fíjate, mientras en otros lugares, multitud de personas se aglomeran o se amontonan en las playas, en espectáculos y diversiones ¿en cuántos lugares del Planeta también son multitud lo que, sin ninguna esperanza, sufren mil calamidades viviendo y muriendo en una lenta agonía? Aunque lo que nosotras podamos hacer, sólo sea como una gota de agua en el océano, mi querida Luisita, tenemos que seguir haciéndolo, para el bien de los demás y para sentirnos mejor nosotras mismas. Si hacer el bien es bueno para quien lo recibe, también lo es para quien lo hace, por la paz que el bienhacer produce en quien lo hace.

Las lluvias están cediendo un poco, y el nivel de los ríos está bajando muy lentamente; pero las dramáticas situaciones no cesan, y las enfermedades tropicales están presentes en no pocos pacientes. Como ahora está cerrado, un Colegio-Residencia para estudiantes, le han habilitado para madres con niños y para niños sin padres.

Los primeros días lo pasé bastante mal. Ya me estoy acostumbrando. Con el idioma, me voy defendiendo cada vez mejor. Aunque tenemos muchas horas de trabajo, el doctor Joao, que es incansable, constantemente nos anima. Profesionalmente y en valores éticos y morales, es un hombre extraordinario. En cuanto a su aspecto físico, a pesar de sus cincuenta y dos años, no está nada mal. Algunas veces, no muchas, dice frases de la Biblia y habla de Jesucristo; creo que a Pilar, eso de hablar de Dios; por la cara que pone, parece no caerle bien.

A esta chica de Guadalajara que está en nuestro equipo, bueno, ya te dije que era doctora, le gusta Luis y se está enamorando de él. Hace unos días, de forma directa y sin rodeos, me preguntó que si yo tenía o había tenido algo con él. Aunque yo ya sospechaba, pues la notaba que, en la misma medida que a mí me trataba con cierta frialdad, con Luis no perdía la ocasión de acercarse a él, mostrándose amable y complaciente. Pero, a pesar de ésto, la pregunta me dejó un tanto sorprendida; contestándole, seguidamente, que si es que a ella le gustaba, diciéndome sin titubeos: “que sí, que se estaba enamorando de Luis.”

Bien es verdad que tu cuñado se muestra con ella, muy correctamente; pero también muy fríamente, al menos, eso me parece a mí. Hasta pienso que trata de ignorarla, porque Luis, no es de los que se lanzan alegremente en

busca de aventuras; ésta es la impresión que él me causa; aunque nunca se sabe, en estos casos, a veces se "pierde la cabeza."

De esto que te cuento, Elsa, que es muy observadora, también se había dado cuenta, y me ha comentado sobre ello. Mira si estará "coladita" Pilar, que hasta le ha preguntado: "Que qué opinión le merece Luis, como chico con el que salir." Contestando Elsa: "Que ella no se siente capacitada para dar ese tipo de opiniones." También puede ser que sienta como una especie de celos tanto de Elsa como de mí; porque en casos así, todo puede darse.

Como esta la voy escribiendo a ratos y la tengo hace días empezada, te digo: El pasado sábado, todos los de nuestro equipo, comimos juntos en el Colegio-Residencia, que más arriba te decía. Al terminar de comer, en un ratito de sobremesa, el doctor Joao, dirigiéndose a Luis y a mí, nos dijo: "Como parece que la cosa está tranquila, esta tarde la tenéis libre, para que descanséis. Os lo tenéis merecido."

No te puedo decir que cara puso Pilar, porque no quise mirarla; pero, ¡imagínate! ¿Sería posible que el doctor jefe se hubiese dado cuenta del comportamiento de Pilar, respecto a Luis, y pretendiese, de algún modo, "cortar por lo sano" para evitar posibles complicaciones? No sé, pero era la primera "tarde libre" que concedía. Como ves, esto parece de película.

Así que, Luis y yo, nos fuimos a nuestras habitaciones en la Residencia del Colegio; no te lo había dicho, del pisito en que estábamos al principio, nos trasladaron a dicha Residencia de Estudiantes. Después de descansar un rato, le propuse a Luis que si quería salir conmigo a dar una vuelta por la ciudad, pues no conocíamos casi nada de ella. Ya sabes, a tu cuñado, aunque es una excelente persona, educado y a veces alegre, parece que para estas cosas hay que empujarle. Así que me armé de valor tomando la iniciativa, y la cosa resultó bastante bien.

Después de visitar sitios típicos o interesantes de Manaos, pasamos a un Bar-Restaurante a tomar unos pinchos y un refresco. Estando allí, durante un buen rato charlando sobre varios temas; Luis me sorprendió. Propuso, que si me gustaría que buscásemos un lugar donde poder bailar el resto de la tarde-noche. ¡Imagínate, querida Luisi! ¡No me podía negar, ni me lo podía creer! Así que, hasta casi las once de la noche, no volvimos a la Residencia del Colegio. Cuando llegamos allí, en un saloncito, viendo la televisión, estaba Pilar que, al vernos llegar, su cara ni se alteró ni se inmutó. Después de despedirnos de ella, Luis se metió en su habitación y yo en la mía, que también es la de Pilar. Cuando ya llevaba un rato en la cama vino Pilar a acostarse, intercambiamos cuatro frías palabritas, y cada una en su cama,

hasta otro día. Y así terminó aquella "tarde libre" que el doctor Joao nos había concedido, y que, a decir verdad, lo pasé muy bien, creo que Luis también; pero bueno, sin pasarnos… no pienses cosas raras ¿eh? De todo ésto, no le cuentes nada a Susana, que ya sabes cómo es… También a ella la escribo, pero estas cosas íntimas, no se las cuento. Faltaría más…

Acordándome mucho de ti, recibe un fuerte abrazo,

Lucía

Manaos, 16 de agosto

Querida Luisita:

Escribo la presente sin haber recibido respuesta a la última que te envié, porque es mucho lo que te tengo que contar, no puedo esperar. Es posible que esta se cruce con la próxima tuya; pero es igual.

Creo que no te he contado el plan de trabajo de nuestro grupo; pero lo hago ahora, para que te hagas una idea. Cuando aquí llegamos, nos destinaron a un Polideportivo que estaba lleno de afectados o damnificados por las inundaciones. Posteriormente, cuando nos trasladaron al Colegio, del que ya te comenté, lo cual está a poco más de doscientos metros de distancia de dicho Polideportivo, el doctor Joao, creyó conveniente que Pilar, Elsa y Luis atendieran en el "Poli" y el doctor y yo en el Colegio, y así seguimos. Como las inundaciones estaban remitiendo, hay grupos de voluntarios que se han marchado. Por ello, ahora recibimos más pacientes o afectados de la calle.

Por la mañana, de nueve a diez y media, atendemos a quienes lo requieren de los internados en el Colegio; después, tenemos media hora para desayunar, cambiar impresiones y organizar papeles. De once a dos de la tarde, atendemos a consultas de la calle. Pero en esa media hora que tenemos para el desayuno, esta mañana –por eso te escribo, porque quiero que lo sepas cuanto antes-, el doctor Joao, no sé por qué, sin yo esperarlo, se ha sincerado conmigo y se ha abierto como flor de mayo que espera recibir el rocío mañanero. Como puedes suponer, al principio de su "confesión", que digamos, y durante la misma, yo estaba impresionada, perpleja. ¿Por qué a mí, me decía todo aquello? Si yo era una extranjera en aquel inmenso país. Una desconocida para él. Si pasado mes y medio yo volvería a España y no nos volveríamos a ver más. Por ello, me costaba responder a sus preguntas o interrogantes. El doctor y yo, solos en el despacho, durante media hora; sólo le conocía hacía mes y medio; me doblaba en edad; por años, podía ser mi padre. Entonces me acorde de ti. Deseaba que hubieses estado a mi lado. Él, a

pesar de su semblante agradable y bien parecido, con la seriedad que se muestra cuando se habla con el corazón, me impresionaba con sus palabras:

J-. ¿Qué opina usted, Lucía, sobre el dolor o el sufrimiento humano, y más cuando se da de forma colectiva en multitud de personas?

L -. Creo, que hay circunstancias en la vida, y ésta es una de ellas, que se escapan del entendimiento humano. Sí, doctor. A pesar de mi trabajo en España; como todos los que atendemos a enfermos, estoy identificada con el dolor, y aunque nuestro deber es aliviarlo o eliminarlo, hay cosas que se nos escapan y nunca entenderemos. No obstante, creo que el sufrimiento humano, tanto físico como moral, nunca será erradicado de la Tierra. Todo ser humano, antes o después, de mil formas y maneras, tiene penas y dolores. Todo el mundo sufre. Nadie se libra de sufrir. ¿Por qué? Nunca lo sabremos.

J -. Según usted da a entender, el sufrimiento y el dolor sería como una "maldición" bíblica, por la que toda persona ha de pasar ¿Qué opina al respecto?

L -. Nunca ha manifestado nada usted, sobre si es o no creyente. Puesto que en alguna ocasión ha hecho alusión a algún pasaje de la Biblia. ¿Cree usted en Dios?

J -. Sí. Creo en Dios, y todos los días leo la Biblia. Si no fuese creyente, posiblemente, me hubiera suicidado. Como sabe, nací en Portugal hace cincuenta y dos años. Mi padre, Licenciado en Ingeniería Industrial, portugés, nació en Lisboa. Estudió en Madrid. Enamorándose allí de mi madre; madrileña de nacimiento. Se conocieron en la Universidad de aquella ciudad. En España se casaron; a los pocos meses de casarse, se trasladaron a Lisboa, donde yo nací, siendo el primero de sus hijos. Tengo dos hermanas menores que yo. Mi madre era Farmacéutica; tenía una Farmacia propia en Lisboa. Cuando yo tenía veintiún años, mi padre, por error, murió en un atentado; le confundieron con un político, al cual se parecía bastante. Por haber tenido una infancia y juventud, alegre y feliz, mucho me costó reponerme de la muerte de mi padre. Dos años después de morir mi padre; mi madre, en la Farmacia, cayéndose de una escalerilla sufrió un fuerte golpe en la cabeza, formándosele un trombo cerebral, que derivó en un tumor, muriendo dos años más tarde. En la familia siempre habíamos sido católicos, con una religiosidad propia de ciertas familias acomodadas. Hasta en alguna ocasión se había comentado que Dios nos "trataba" bien porque "cumplíamos" como buenos católicos. Quizá por esta circunstancia, y por las inesperadas muertes de mis padres, la "fortaleza" de aquella, mi poca fe "burguesa", empezó a resquebrajarse…

L -. Por favor, doctor Joao, le estoy escuchando con mucha atención. Si lo cree conveniente, no se detenga. Tal vez sea doloroso para usted evocar estos recuerdos; pero también es posible que, por unos instantes, usted se libere de la carga emotiva que dichos recuerdos le pueden producir.

J -. Muchas gracias, Lucía. No sé cómo en nuestra charla he podido, de este modo, descubrirle parte de mi vida. No tengo ningún derecho a cansarla y entristecerla con mis tristes recuerdos…

"Viendo emocionado al doctor, como indeciso de continuar contando la historia de su vida, un tanto confusa y sorprendida, le insistí que continuase. Después de una leve pausa, recordando a no pocos pacientes del Hospital, que conmigo se desahogaban contándome sus penas y parte de sus vidas; armándome de valor le rogué que continuase":

L -. Por favor, doctor; le ruego continúe. Como antes le dije, recordar tristes recuerdos siempre es doloroso; pero también necesario.

J -. Tal vez, tenga usted razón. Cuando mi madre murió, yo tenía veinticinco años. Me faltaban tres meses para licenciarme en Medicina. A mi hermana Marián, dos años menor que yo, también le faltaban dos años para terminar sus estudios de Farmacia. Al quedar mi madre incapacitada para regentar la Farmacia, la traspasamos hasta que Marián terminase la Carrera. Después, mi hermana se hizo cargo de la misma, quedándose también en la Farmacia, Laura, mi hermana menor, que había completado sus estudios como Auxiliar de Farmacia.

Mi hermana Marián y yo, nos casamos el mismo día. Me casé con Lidia; una mujer formidable, extraordinaia en todos los aspectos. Una brasileña que conocí en la Universidad de Lisboa, siendo ella estudiante de Ciencias Biológicas. Posteriormente, nos trasladamos a Brasil. Vivíamos en Río de Janeiro. Tuvimos una hija y un hijo. La hija, Eliana, azafata de vuelo, se casó hace unos meses, en febrero. Su marido, Comandante de Vuelo en una compañía aérea. Viven en Brasilia. Mi hijo, César, le faltan cuatro meses para cumplir veintitrés años. Es un chico extraordinario. Está estudiando. Quiere Licenciarse en Medicina Deportiva. También juega al futbol, en un equipo de segunda. Vive conmigo en la casa familiar. Estoy aquí, por esto de las inundaciones; después, regresaré a Río de Janeiro.

"Me daba la impresión, querida Luisi, que el doctor se encontraba abatido; pero aliviado. Después de una breve pausa, en silencio, él miraba mi taza vacía de café, levantando la vista, con una mirada llena de ternura, mirándome fijamente a los ojos. Según estábamos sentados uno frente al otro extendí mi mano posándola sobre la suya, sin mediar palabra entre los dos."

J -. Lidia, mi mujer, estuvo trabajando hasta el nacimiento de Eliana, nuestra hija. Prefirió dejar el trabajo, marginando su Carrera, por atender personalmente a nuestros hijos. Éramos un matrimonio feliz, enamorados como una pareja de chiquillos. Pero un día, que ella volvía de recoger a los niños del Colegio, un coche que frente a ella circulaba por el carril contrario, perdió el control, chocando ambos coches de frente. Nada pudimos hacer por ella, falleciendo unas horas después. Como en toda desgracia, siempre cabe dar gracias a Dios. Los niños de trece y once años, respectivamente, no tuvieron ni un rasguño. Eso sí, durante años, han tenido que soportar el trauma de aquel accidente y de ver agonizar a su madre; echando en falta, posteriormente, su presencia y su amor.

"Al llegar a este punto, al doctor Joao, emocionado, hacía una breve pausa; mientras yo me preguntaba: ¿por qué estas cosas me la cuenta a mí; este hombre curtido por la adversidad propia y la de sus propios pacientes, después de muchos años ejerciendo la Medicina? Si yo no era más que una joven enfermera, venida de un lejano país al que tenía que volver en un corto espacio de tiempo, y que, hacía mes y medio antes, no sabíamos ninguno de los dos que llegaríamos a conocernos. Continuando el doctor con su relato":

J -. Al faltar Lidia, estuvimos procurando hacer en casa una vida normal; pero faltaba ella, que era el "motor" de la familia, puesto que yo tenía que pasar muchas horas fuera. Consultando con los niños, decidimos que ingresarían internos en el Colegio. Imagínese, Lucía, que brusco cambio para ellos. Habían perdido a su madre que, con mil amores, les cuidaba; pasando a ser atendidos por personas extrañas para ellos. Tuvieron que salir de su casa, en la que vivieron una infancia feliz; para estar internos en una Residencia de Estudiantes. Cuando yo llegaba a casa sobre las seis o las siete de la tarde, la casa vacía y fría, no de calor, sino de amor y calor humano.

Faltaban Lidia y los niños… Cuántas horas de soledad, silencio y pena para mí. Me ha preguntado usted que si creo en Dios, y le he contestado que sí, y que leo la Biblia. Pero, imagínese, Lucía. Ante aquella situación que le he comentado, yo caí por los suelos como un castillo de naipes, y nuevamente comencé en los ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? Que no hacían otra cosa que amargar mi existencia. No pocas veces pensé en el suicidio como única salida; pero ¿qué iba a ser de mis hijos? Desde el fallecimiento de Lidia, mis hermanas me animaron a que volviera con los niños a Portugal; pero no podía dejarla a ella abandonada en su sepultura, a la que los niños y yo acudíamos casi todos los domingos… No. No la podía dejar ni olvidar.
El amor que por Lidia sentía, me impedía volver…

"El doctor, agachando la cabeza, se le llenaron los ojos de lágrimas que tuvo que secar con un pañuelo; al tiempo que a mí se me partía el alma y se me secaba la lengua, los ojos se me humedecían. Otra vez estiré mi mano y la puse sobre la suya, diciendo":

L -. Se está torturando… Si le parece, sería mejor que no continuase.

J -. Quiero contestar a su pregunta. Prefiero llegar el final. Al curso siguiente, los niños no estuvieron internos. Metimos en casa una señora mayor que hacia todo lo de la casa. Una señora hacendosa y buenísima. Aunque no suplía a su madre, a los niños les trataba con mucho cariño.Tres años después de fallecer Lidia, me detectaron cáncer en el riñón derecho y un tumor enquistado en el hígado. Por esta causa, estuve ingresado dos largos meses en el Hospital. Me extirparon el riñón, y también el quiste.

Cuando detectamos mi dolencia, me dijeron que me quedaban como cuatro meses de vida. Por mi mente rondó de nuevo la idea del suicidio, y hasta el pesar de no haberlo realizado antes. Pero, en el Hospital, en el que hube de pasar tantos días, tuve un compañero de habitación que padecía leucemia -estábamos en la planta de oncología-, de treinta y dos años, chileno, había sido taxista. No tenía hijos ni familia en Brasil; su esposa le había abandonado, estaba solo.

Sabiendo que el mal lo tenía de tal modo, que no tenía solución. En cambio, rezaba a media voz, y así canturreaba canciones religiosas; rezaba el Rosario dos o tres veces al día, y me daba ánimos a mí, sabiendo que yo no estaba en la extrema situación que él. Los primeros días me invitaba a rezar con él. Cosa que yo rehusaba. Me dio una estampa de la Virgen de Fátima.

¡¿Un chileno, dándome una estampa de Fátima a mí, portugués, que tan cerca había estado de su Santuario y que poco o nada de Ella quise saber?! Con la estampita de la Virgen en la mano, me emocioné y rompí a llorar.

Aquel compañero de habitación, que sabía próxima su muerte, fue un ángel que Dios puso en mi camino para llevarme a Él. "Mis sufrimientos y los tuyos -me dijo-, se los voy a ofrecer a Dios por ti." Cuántas cosas más me dijo aquel chileno. Cuando me vio emocionado, mirando la estampita, me habló de los "avisos" que Dios envía a los hombres, en forma dolor o males. Entonces pensé en los cuatro meses que me habían pronosticado de vida; pensé en la muerte y en la eternidad. ¡Mis días estaban contados!. En silencio, me puse a rezar, con un sentimiento como nunca antes había tenido. Cuando ya llevaba más de mes y medio ingresado en aquella habitación del Hospital, mi compañero chileno, sintiendo próximo su final, una mañana, al amanecer, con cierta fatiga, me dijo: "Esta noche, Joao, he ofrecido mi

enfermedad, mis padecimientos y mi vida también por ti.” Emocionado, sólo pude decirle: ¡Gracias!

Al atardecer de aquel día, entró en coma, falleciendo unos días después. El día del fallecimiento de Pedro, así se llamaba el chileno, lloré y recé con toda mi alma. Guardando, hasta hoy, la estampa de la Virgen de Fátima que él me dio, como si se tratase de una auténtica “reliquia” de un “santo mártir”. En aquella habitación del Hospital, allí estuvo Dios, y allí le encontré. Desde entonces, le bendigo y le doy gracias, por haberle encontrado. Mi vida, como usted puede comprobar, no terminó en aquellos cuatro meses previstos, sino que se ha prolongado hasta hoy… Finalmente, he podido poner en orden mi mente y mi vida, encauzando también la vida de mis hijos.

“El doctor, profundamente emocionado, después de una pausa, continuó.”

J -. Creo haber contestado ampliamente a su pregunta. Pero le diré más; de no haber sido por las dolorosas experiencias que tuve que afrontar, yo habría terminado suicidándome o siendo un perfecto imbécil. Ahora le doy gracias a Dios, por los trágicos y difíciles momentos que he tenido que superar. Los triunfos no enseñan nada, más bien, en muchísimas ocasiones, son la causa que nos lleva a equivocarnos en el camino de la vida: conduciéndonos a la vanidad y a la soberbia; siendo la soberbia; la ruina del hombre. Por ello, considero que la adversidad, el sufrimiento y el dolor, no pocas veces, es lo que nos salva de las vanidades del mundo, del orgullo y de nuestra “perdición”. En los años de profesión, he comprobado como el sufrimiento a unos les aplasta y a otros les fortalece, no por la forma o el peso del dolor, sino por cómo supieron o quisieron aceptarlo; y, en el fondo, es la “fórmula mágica” que, en muchos casos, nos hace “madurar” como personas.

“Sin saber que responder ni que decir, emocionada, sentí como un ligero estremecimiento que, de alguna manera, me paralizaba. El doctor, dándose cuenta de mi situación, queriendo dar a sus palabras un tono amable, decía:”

J -. Discúlpeme, Lucía. Muchas gracias por escucharme atentamente. Creo, que me he excedido y he abusado de su paciencia. No sé por qué, le he contado todo esto, pues nadie antes había escuchado lo que ha escuchado usted. No sé por qué… Gracias, Lucía. Muchas gracias…

“Por unos instantes, mirándome fijamente, con una mirada que transmitía fe, confianza y amor, de su bolsillo sacaba su cartera, y de ella, una espampa de Jesús de la Misericordia, en el reverso, escribía:

“En la escuela del dolor,
he aprendido a vivir.

Entregándome al Señor,
con fortaleza, fe y amor,
aprenderé a bien morir".

A Lucía: Como respuesta a
su pregunta.
"Con todo mi afecto",
Joao

Posteriormente, con una sonrisa, mezcla de sentimiento y cariño, me entregaba dicha estampa. Nuevamente, desconcertada, era yo, quien tenía el corazón encogido. Todo lo que el doctor Joao me había contado, conmovía mi ánimo y todo mi ser. Por unos instantes, sentí como que un "escalofrío" recorría mi espalda.

Relatos de sus vidas había escuchado a ciertos pacientes que sentían necesidad de que alguien les escuchase; pero, lo contado por el doctor, me desbordaba; superaba lo imaginable.

He visto emocionarse, llorar y venirse abajo, a un hombre al que yo consideraba fuerte como una roca. Al final, he visto como sus ojos y su cara se "encandilaban" cuando me hablaba de Dios. Nunca esperé escuchar semejante "confesión" - y menos de un hombre con Joao- que, sin duda, le había salido de lo más profundo de su alma.

Esto me demuestra que el ser humano, portador de su propia historia, envuelta en "mil" sentimientos y circunstancias, es capaz de lo peor y también de lo mejor. Es capaz de cambiar el curso de su vida cuando esta se afronta con entereza y valor. Es capaz de despojarse del orgullo y de la propia soberbia que lo esclaviza y aprisiona, cuando de verdad busca a Dios entregándose a Él. Sí, Lusita. Somos como una "caja" de sorpresas que ocultamos lo que llevamos dentro. Como ves, para mi sorpresa, el doctor me ha abierto la suya que es impresionante.

Recibe un fuerte abrazo de tu amiga que no te olvida,

Lucía

Madrid, 14 de agosto

Querida Lucía:

Recibí la tuya del cuatro de agosto, en la que manifiestas como sufres por los que sufren y con los que sufren. Muy propio de los

grandes corazones, como el tuyo lo es; y lo estás demostrando de obra y de palabra. Me alegro por ti; porque las situaciones que estás contemplando y viviendo, te hacen crecer en bondad, y ésto, no sólo es bueno por el bien que hagas a los demás, sino también para ti; porque, como sabes, la paz del corazón, siempre proviene de los buenos sentimientos que del corazón nacen.

También me alegra saber que tienes algún rato de evasión, que también es bueno para el cuerpo y para el alma. Me ha divertido lo que me cuentas de esa compañera que tenéis, Pilar, referente a su enamoramiento por Luis. Claro que, estas cosas, nunca se sabe. A veces, empiezan como un juego, y después pueden terminar en algo serio. Pero ten en cuenta que Luis, es un excelente chico; a pesar de su aspecto de chico ignorantón. Que, aunque mucho tiene de bueno, de tonto no nada tiene. Él sabe lo que hace y lo que quiere; no se deja engañar fácilmente por desconocidos; pero, si es "desconocida", ¡quién sabe!...

Por la fuerte amistad que nos une, y por el cariño que nos tenemos, con toda confianza te digo, sin forzarte a nada, referente a Luis; a ver si es que, sin darte cuenta, también te está gustando a ti, y a ti misma te estás engañando. ¡¡Que los peores engaños son lo que cada cual se hace así mismo!! Que también puede ser que estés enamorándote de él, sin quererlo reconocer, y dejes pasar el rato o la ocasión, para que otra lo aproveche. Ahí, puedes conocerle a fondo. ¡Mira que sería genial, que Luis y tú llegaseis a "entenderos"…!

Eso, con que no se meta por medio esa brasileña morenita que dices está con vosotros. Que todo podría darse. Vaya, con Luis. ¡No sabe lo tiene a su lado! ¡Cuántos quisieran!. Bueno, es una broma, Lucía. Ya sabes… Pero me divierte.

Salvo que puedas traerte para España, algún brasileño que juegue al fútbol y baile la samba... Aunque ésto te lo digo también en broma. No me lo tomes en serio. Sobre este tema, para nada quiero influir en ti ni en nadie.

De todos modos, tranquila, ya sabes que nuestras confidencias sólo son para nosotras; de esto que me cuentas, a Susana nada le diré. ¡Ay, si lo supiera! ¡Ya te diría…!

De aquí, no sé qué contarte, salvo que me acuerdo mucho de ti y es mucho lo que de hecho de menos.

Deseando de volver a verte y estar contigo, esta que te quiere,

Luisita

Madrid, 26 de agosto
Querida Lucía:

Tenías razón, la tuya de 16 de agosto, se cruzó con la mía del catorce de los corrientes. Impresionante, cuanto dices sobre el relato o "confesión" del doctor Joao. Es verdaderamente estremecedor. Son muchas las veces que hemos comentado sobre el tema del sufrimiento y del dolor; llegando a la conclusión de que todo ser humano sufre. De mil formas y maneras; antes o después; pero, sufre. Lo que es realmente lamentable es que, en no pocas ocasiones, cuando no se tienen problemas serios, los contratiempos insignificantes se hacen enormes, dando validez al dicho: "Quien no tiene problemas, se los busca". Perdiendo con ello mil ocasiones y oportunidades de ser felices, considerando que sólo son felices los demás, sin tener en cuenta que todo el mundo tiene su Cruz. A diario, cuantísimas personas salen a la calle con la sonrisa en la cara y no muestran la Cruz que en el corazón llevan. Si nos fuese posible ver o descubrir los pesares de cada persona, con la que nos cruzamos o nos encontramos por la calle, preferiríamos no salir de casa. No lo dudes.

Volviendo a lo que te ha relatado el doctor Joao sobre su vida. Por encima de lo que el hombre ha sufrido, lo que más me ha impresionado, es mucho de lo que dice: "De no haber sido por las dolorosas experiencias que tuve que hacer frente, yo habría terminado suicidándome o siendo un perfecto imbécil". "Ahora le doy gracias a Dios, por los trágicos y difíciles momentos que he tenido que superar".

Estas y otras frases similares, se me han grabado en el alma. Todo ésto me lleva a la conclusión de cómo de las adversidades o momentos difíciles de la vida, se pueden sacar o lograr profundas "enseñanzas" que, sin duda, nos conducirán a vivir una vida plena de realismo, despojada de vanidades, vicios y vaciedad. Por otra parte, me pregunto: ¿cómo terminarán sus días quienes siendo probados por el sufrimiento y el dolor, no supieron o no quisieron afrontarlo o se rebelaron contra él?

Varias veces he leído esta carta tuya, que guardo en la mesilla de noche, porque creo que es edificante ver, cómo Dios se valió de Pedro, el chileno, que ofreció su vida y padecimientos por el doctor. Cómo se valió de la estancia de Joao en el Hospital, y de su enfermedad y otras circunstancias, para que este doctor portugués, mediante la luz de la fe, encontrase la paz del alma, "conduciéndole a poner en orden su mente y su vida", según sus palabras. Y qué razón tiene cuando dice que "la adversidad y el dolor, no pocas veces, es lo que nos libra de la soberbia y de la vanidad". No me

extraña que escuchar en directo semejante "confesión", te dejara con el corazón encogido.

Verdaderamente ¿qué había visto el doctor en ti, para contarte de ese modo su vida, siendo tú una desconocida para él? Algo vería…

Sabiendo cómo piensa Juan, mi esposo, le he dado a leer dicha carta. Después de leerla, no le he preguntado nada ni qué impresión le ha causado. Él tampoco ha hecho comentario alguno sobre el contenido de la misma, a pesar de que, a propio intento, la he leído dos o tres veces en su presencia. Y es que, cuando el corazón no quiere "escuchar", los ojos y los oídos son órganos ciegos y sordos, que no cumplen con la función que de ellos se puede esperar. En verdad, "hay silencios más elocuentes que las palabras". Sin decir nada, ¡los silencios de Juan…!

Pero bueno; como puedes suponer, cuando se trata de opinar sobre temas espirituales, su respuesta siempre es el silencio. Ya estoy acostumbrada. Pero, al menos, me gustaría poder dialogar con él sobre estas cuestiones; pero, no hay medio, es imposible. "Es como pedirle peras al olmo".

Cuando vuelvas, cuánto tendrás que contarme. Un abrazo,

Luisita

Manaos, 8 de septiembre

Querida Luisita:

Podría contarte muchos casos más dolorosos que lo sucedido al doctor Joao, porque éste, a pesar del sufrimiento, tenía futuro. Estoy viendo a cientos de personas que estaban asentadas en la orilla de los ríos, habiendo perdido cosechas y animales; hasta sus rústicas viviendas de tierra y tablas. Ahora, cuando baja el nivel de las aguas, no tienen donde cobijarse, y, si llega el caso, ni qué comer; teniendo que comenzar a vivir desde la nada. ¡Cuánta desgracia, para cuántas almas, que, por varias razones, no podemos remediar! Qué pena.

Cuando recibas la presente, no me escribas. Es muy posible que nos marchemos de aquí antes de finalizar el mes. Ya se han marchado varios grupos de voluntarios. Así que, ya veremos… Ya queda poco para volvernos a ver. Cuando vuelva a España ya lo celebraremos en un restaurante…

Cinco días después que el doctor Joao me contara aquella "confesión", sin dar ninguna explicación, dispuso que yo me incorporara al grupo de Luis y Pilar, y con él volviera Elsa. Y así hicimos. Cuando tanta confianza había depositado en mí, y yo me encontraba, en cierto modo, a gusto a su lado. No

sé el por qué, haría este cambio sin dar explicación alguna. Si había algún motivo, sólo él lo sabría. Hasta piesnso que si se habría arrepentido de contarme la historia de su vida. No sé…

Pero, la verdad es, que estoy un poco mosqueada. A mí estas cosas, de unas veces tanto y otras, si te he visto no me acuerdo, me huelen raro.

Los fines de semana, un grupo o equipo hacíamos "guardia" el sábado, y el otro grupo lo hacía el domingo. Así qué, el sábado siguiente al que salí con Luis, como yo estaba de guardia con el doctor, Pilar, le propuso a Luis que si quería salir con ella; pero Luis, le dio "calabazas". En cambio, el domingo, día siguiente en el que tu cuñado le dijo no a Pilar; Luis y yo, volvimos a salir por Manaos, a tomarnos unos refrescos típicos de aquel país, y después, también fuimos a bailar; aunque eso de la samba, no se nos da bien. No para aquí la cosa. Al sábado siguiente, también salimos juntos.

Bailando, no siendo samba, nos compenetramos bien. Nos lo pasamos divertido; por lo menos yo, lo paso estupendamente. Creo que Luis también, aunque ya sabes, él no es muy expresivo; pero es amable y agradable. Se pasa bien a su lado… No. ¡No pienses mal…! ¡Que somos buenos chicos!

Cuando volvimos a nuestras habitaciones, en el Colegio-Residencia, Pilar, se mordía de rabia. Qué cara. No lo podía remediar. Imagínate, después de haberme dicho que estaba enamorándose de Luis, verse rechazadapor él.

Pero vamos, querida Luisi, no te montes fantasías entre Luis y yo, que entre nosotros no hay nada. ¡Que tú y yo no vamos a ser cuñadas…! Ya lo verás. No te hagas ilusiones.

De cuanto te he contado, a Susana, nada ¿eh? ¡Ni a tu marido tampoco! ¡No faltaba más, que Luis se enterase que te cuento estas cosas! ¡¿Qué pensaría de mí?!

Esta que te quiere y te envía un besazo,

Lucía

= = =

Tres días antes de finalizar septiembre, Luis, Lucía y Pilar, aterrizaban en el Aeropuerto de Barajas. Después de estar casi noventa días en tierras amazónicas, atendiendo a cientos de seres humanos que, de ahora en adelante, para seguir viviendo, tendrían que comenzar desde cero a reconstruir sus vidas, careciendo de viviendas, enseres y cosechas.

Volvían con un bagaje de dolorosas experiencias que, sin duda, nunca olvidarían. Experiencias que con dolor traían en el alma; pero con el corazón

rebosante de humanidad. Habían experimentado cómo el dolor o el sufrimiento, humaniza a los hombres y, a la mayoría, les hace más sencillos de corazón, elevando los nobles sentimientos que anidan en el alma de cada ser humano.

También volvían con la satisfacción de haber colaborado en beneficio de muchos necesitados. Una misión que por propia iniciativa, con espíritu de sacrificio, ellos se habían impuesto a sí mismos, con el solo fin de hacer el bien, mediante la humanitaria labor que habían realizado a miles de kilómetros de su país, de su familia y de su casa.

El sábado siguiente de su vuelta a España, Lucía, con Susana y Luisita, en casa de ésta, se reunían para pasar un buen rato juntas y cambiar impresiones, puesto que tanto tiempo hacía que no se reunían las tres. Por supuesto que, forzosamente, el tema de conversación tenía que ser sobre la estancia de Lucía en Brasil. Así que, una vez iniciada la tertulia, después de unas primeras impresiones, insinuó Luisita:

- Aunque ya sabemos, por tus cartas, parte de cómo lo has pasado durante estos meses en aquel inmenso país tropical; tendrás muchas más cosas que contarnos…

- Bueno. Pues, que he vuelto con el alma dolorida, por varias razones. No es fácil estar junto a quien sufre, y más, cuando el sufrimiento es colectivo y alcanza a tantísimas personas que, durante días o meses, han perdido la sonrisa y, a veces, hasta las ganas de vivir, mirando hacia un futuro incierto y poco prometedor, esperando recibir ayudas prometidas que después se esfuman como el humo de un cigarrillo en pleno campo. No. No es fácil estar al lado de quien llora. Cuántas lágrimas he contemplado en niños y ancianos, que me partían el alma. Cuántas veces he llorado, y cuántas veces he tenido que morderme la lengua para no llorar. Sí, morderme la lengua hasta hacerme daño, porque no sabía cómo consolar a quien a mi lado lloraba. ¡Cuántas penas y cuántas lágimas he contemplado, y, a mi manera, he consolado!

Por unos instantes Lucía callaba, no sin cierta emoción.

- Hemos visto como se desangraba una jovencita que la obligaron a abortar. Ésto fue lo más doloroso. Entre un hombre y una mujer, nos la llevaron sangrando al Consultorio. Dijeron que la habían encontrado tirada en la calle. Nos la dejaron, y salieron a toda prisa sin dar ningún dato ni explicación alguna. La estuvimos reconociendo, y vimos que la habían hecho un “carnicería”. Tuvimos que llevarla a un Hospital. Luis, se fue con ella en una ambulancia; a las puertas del Hospital, fallecía aquella joven, ingresando ya cadáver. Debido al trauma que en Luis produjo la muerte de aquella

desgraciada, le llevó a componer una poesía que después colocaba en una pared del Consultorio:

EL DERECHO DE NACER

Un niño en brazos de su madre,
es la imagen del amor.
La madre, imita a la Virgen;
el niño es hijo de Dios.

Mujer: no mates a tu hijo;
dale vida, dale amor…
Tú, transmisora de amor y vida,
no rompas tu corazón.

Si al hijo que en tu vientre llevas,
no le dejaras vivir;
pesares, dolor y penas,
¡¡ cuántos tendrás que sufrir !!

El hijo que tú concibes,
nunca lo abortes, mujer.
Ese fruto de tu vientre,
¡¡ tiene derecho a nacer !!

Poesía que nos estremecía cuando la mirábamos, recordando la dura experiencia que vivimos y contemplamos con aquella desdichada joven que atendimos sobrecogidos.

Hemos hecho de todo: distribuir alimentos, distribuir ropa limpia y retirar la sucia; dar de comer a algún anciano y a niños que no encontraban a sus padres, asistimos a tres partos, etc.

Cuando ya me manejaba un poco con el idioma portugués, no sé por qué, bastante gente quería que les escuchase. Querían contarme sus cosas, aunque por el idioma, no les entendía bien, les atendía y escuchaba mientras se consolaban teniéndome a su lado, aunque bien poco era lo que yo podía hacer por solucionar sus problemas, cuando marchasen a sus lugares de origen.

- Pero ellos sí entenderían el lenguaje del amor, que tú manifestarías con tus gestos y en tu cara. El amor se entiende sin palabras –interrumpía Luisita.

- No lo sé. Lo cierto es que no daba abasto. Me hacían sentarme junto a ellos… También he visto a algunas personas avinagradas -no muchas-, maldecir a Dios, maldecir su suerte; incitando a los demás hacia la maldición. ¡Esto me partía el alma, era estremecedor y horroroso!. Por el contrario, también he visto a mucha gente buenísima, que quería colaborar y colaboraba en el servicio de limpieza y otras cosas. Gente que, dentro de su desgracia, también rezaba y querían hablarme de su fe en Dios. También eran muchas las personas que acudían con alimentos y otras ayudas para los afectados, ofreciéndose para lo que fuese necesario. Unas señoras me entregaron una bolsa de medallas –me dijeron que era medio kilo de medallitas de aluminio-, de la Virgen Milagrosa, junto con unos rosarios de plástico y estampas de Jesús de la Misericordia, para que todo lo distribuyera entre quienes lo quisieran recibir. Todo ésto era muy gratificante para mí, viendo cómo ante la desgracia o inmersos en ella, había buenas gentes que manifestaban su fe, su generosidad y su amor al prójimo.

Durante su relato, Lucía, como recordando, callaba por unos instantes.

- ¿Qué hay maldad en el mundo? por supuesto que sí; pero también existe mucha bondad y buena fe, y muchas personas que silenciosamente hacen el bien. Esto también lo he visto… Bueno, vamos a dejar mis experiencias, que más bien son sobrecogedoras; y contarme cosas de vosotras; cómo habéis pasado el verano; algo tendréis que decir sobre vuestras vacaciones. No habréis pasado estos tres meses en blanco…

- Pues echándote de menos y acordándonos de ti, por si te pudieses perder por la selva amazónica y si no volverías más por aquí. También yo pensaba si te "engañaría" algún morenote brasileño que te hiciera tilín… porque cuando se sale de casa, la gente suele desmadrarse –respondía Susana-.

- ¡Ay, hija! ¡Yo no soy de ese tipo de personas! ¡No voy de desmadre por la vida! Creo que me conoces. ¡Digo yo!

- No te molestes, tontina, que sabes que te quiero mucho, y no te imaginas cuanto te he echado de menos acordándome de ti.

- A pesar de lo que nos has contado ¿también habréis tenido algunos buenos momentos, algo bueno o divertido nos podrías contar? No habrá sido todo malo ¿no?.

Lucía, percatándose de la intención de Luisita, por las confidencias de sus cartas, dudando unos instantes, pues era algo que también llevaba dentro del alma, no siendo fácil ocultar, a pesar de las recomendaciones hechas a su amiga, de que tales confidencias no se las descubriese a Susana. Ahora, era ella la que se abría como un abanico, dando a entender a esta amiga

como que Luisita nada sabía. Les contó todo lo ocurrido con el doctor Joao; las salidas con Luis, en algunos fines de semana; el enamoramiento de Pilar hacia Luis y el rechazo de éste hacia ella. Susana sorprendida por lo que estaba escuchando, dirigiéndose a Lucía:

- Aunque es sorprendente cuanto has contado sobre el doctor Joao, es frecuente que cuando nos enfrentamos a una grave enfermedad y vemos cercana la muerte, la vida se afronta de una manera realmente seria, dejando a un lado banalidades, orgullos y vanidades. Todos miramos de lejos a la muerte o más bien no la queremos mirar; pero, si te dicen: "Te quedan unos meses de vida…" ¿Que reacción tendríamos todos?

Susana, queriendo dejar a un lado todo lo relatado por su amiga, y tratando de aquella reunión fuese más amena y alegre:

- ¡Bueno!. ¡Ya vale! Si os parece, vamos a cambiar de tema. Lo importante es que estamos las tres juntas, alegrándonos de tu vuelta. Bastantes penas has contemplado en estos tres meses pasados, como para ponernos trágicas ahora que estás aquí. Así que, dime: Si Luis y tú, en cierto modo, os habéis "entendido" en Brasil ¿quiere decir ésto, que seguiréis saliendo también aquí en lo sucesivo? Ésto podía ser el principio de algo bonito y serio ¿no?

- ¡No hija, no! Esa es otra historia, que también tiene su miga. Otra experiencia más que me traigo de aquel país que, sin duda, os va a sorprender. Pudo haber sido el principio de algo bonito y serio, como dices; pero no lo fue. Ahora no dejo de culparme, por haberme comportado como una auténtica tonta. No me engañó Luis, me engañé yo sola, comportándome como una idiota. Le veía tan formal, tan agradable y tan complaciente conmigo, que, por qué os voy a engañar a vosotras, me hice ilusiones. Pero, ya veis, con los hombres, nunca se sabe. Todo iba bien entre nosotros, nos entendíamos bien. Al menos, esa impresión tenía yo.

Hasta que la tarde antes de venirnos, Luis y yo, salimos a comprar algunos objetos como recuerdo. Cuando volvíamos hacia nuestra residencia, Luis, muy amablemente, haciéndome ciertos halagos, me decía que siempre recordaría lo bien que lo pasó conmigo aquellos fines de semana que salimos juntos. Como yo le veía con cierto talante; tonta de mí, me hice alguna ilusión, que, por supuesto, ya tenía, aunque no con mucho fundamento; pero, ya sabéis… hay momentos en que somos débiles. Entonces, sin pensarlo, me lancé diciendo:

- "Si te parece, podemos salir algunos fines de semana en España…" Muy educadamente; pero con cierta frialdad y en tono serio, Luis me contestó:

- "Mejor no. Podemos continuar con buena amistad, pero no para salir."

- Aquella contestación, me cayó como jarro de agua fría. Más que por lo dicho, por el tono tan seco de la respuesta. Arrepentida y avergonzada por la propuesta que le había hecho hacía unos instantes, no creo que llegase a sonrojarme, porque me quedé helada. No obstante, aún sintiéndome derrotada, prefiriendo no aparentarlo y sacando fuerzas de flaqueza, insistí:

- "¿Acaso en España, tienes alguna otra que sea merecedora de tu amor?". Le pregunté, tratando de dar a mis palabras un tono de normalidad; a lo que él, después de unos instantes de indecisión, con cierto tono nostálgico y frío:

- "Sí. En España hay otra que es merecedora de mi amor… Pero es "mi amor imposible", el cual nunca llegaré a conseguir; por lo que prefiero no darte esperanzas, y que no te enamores de mí. Lo siento, Lucía; pero no te haría feliz."

- Imaginaos, como podía sentirme en aquellos momentos. ¡Qué corte! ¡Qué chasco! ¡Si lo hubiera sabido Pilar…! Así que, llegando a nuestra residencia, me encerré en mi habitación hasta la mañana siguiente. Al día siguiente, me sentía mal conmigo misma. Me dolía mi infantil comportamiento frente a Luis que, a mi entender, me había dado cierta confianza o, tal vez, yo me la había tomado. No sé. No sé. Por otra parte, el viaje de vuelta, ¡qué diferente al de la ida! Cuando volábamos hacia Brasil, Luis y yo, viajábamos juntos en el avión. A pesar de que, de alguna manera, íbamos hacia lo desconocido. A pesar de la incertidumbre y de lo que ésto suponía, yo iba ilusionada; creo que Luis también, por según se manifestaba. La vuelta hacia España, ¡qué situación tan diferente, tan violenta y tan forzada! También volvimos juntos en el avión. De no hacerlo, habría sido como una clara "declaración" de ruptura. Así que nada dijimos de viajar juntos o separados. Luis, subió al avión detrás de mí, y, como por inercia, ya dentro del aparato, tomé asiento y él lo hizo junto mí. ¿Durante el viaje? ¡Os podéis imaginar…! Con frialdad y con cierta tensión, que en nada se parecía a según nos comportábamos en las salidas de aquellos fines de semana. Sin que penséis mal ¿eh? Que entre nosotros no hubo "nada", ni un solo o simple beso…

- ¡Bueno, hija. Bueno! ¡Nadie te acusa de nada! No entres en detalles que no te pedimos. ¡A ver si va a resultar que quien se "pica"…! -advertía Susana con cierto "tonillo"-.

- ¡Vale! ¡Tú, siempre igual! ¡No tienes arreglo!. Sigo contando: Agarraos, que lo siguiente tampoco tiene desperdicio. Esa mañana, antes de despedirnos del doctor, de Elsa y de otras personas con la cuales habíamos tratado; para después marchar hacia el Aeropuerto, me llamó el doctor Joao a su despacho. Después de ciertos halagos hacia mi trabajo y lo bien que me había

comportado; frente a mí, con sus catorce o quince centímetros de estatura más que yo, agarrando mis brazos cerca de mis hombros, mirándome fijamente:

- "Es usted una mujer extraordinaria. No sabe, Lucía, cuanto lamento la diferencia de edad que nos separa. Si sólo nos separasen diez años, estaría dispuesto a casarme con usted; pero, son veintiséis años. Demasiados, para que un matrimonio funcione bien. Pero dentro de mi corazón, queda el recuerdo de que usted me ha cautivado. Tengo que decirle que es mi "amor imposible". Con muchísimo cariño la recordaré siempre".

- Una extraña sensación, como un escalofrío, paralizó mi cuerpo y mi mente. Según me tenía agarrada, me dio un beso en la frente. Yo, sin saber cómo reaccionar ni que responder, me sentía violenta. Creo que me ruboricé. Nunca me había hallado en semejante situación, y menos, ante un hombre que, por edad, podía ser mi padre. Di media vuelta, deseando salir de aquel despacho, lo cual, no recuerdo si dije ni adiós. ¡Cómo podía yo sospechar, que el doctor me saltara con semejante proposición! No deshonesta. No. ¡Pero sí descabellada!. ¡Ni que yo estuviese loca o desesperada por echarme en los brazos de un hombre así! ¿Qué hubierais hecho vosotras? Así que, por diversos motivos, volví de Brasil con el corazón hecho "añicos". Por lo que, os ruego: ¡Nunca me recordéis mi estancia en aquel país!. ¡Prefiero coger todos los recuerdos de los momentos allí vividos, y meterlos en un cofre recubierto de plomo, cerrado con siete llaves y tirarlo al fondo del mar!

- Aunque aquella proposición fuese descabellada, como dices, deberías sentirte halagada. Siempre es bueno que alguien nos muestre cariño. Es posible que física y emocionalmente, hayas vuelto cansada y ésto no lo sepas valorar. También, por unas y otras causas, puede que te sientas herida y humillada, y, por ello, quisieras borrar de tu mente los recuerdos que, en cierta medida, te pueden seguir atormentando. Todo lo que tú has experimentado ¡todo! ¡no es más que una prueba que tienes que superar! ¡Ya verás! cómo lo superas y terminas riéndote de esta amargura que ahora sientes; y terminarás alegrándote de la gran labor humanitaria que has desempeñado en el Continente Americano.

- Mira, Luisita. Tú eres fuerte; eres muy buena. ¡Tú soportas todo lo que te suceda; pero yo no! ¡Quisiera ser como tú; pero no lo soy! -Así decía Lucía, un tanto alterada-. Es posible que haya vuelto cansada, como dices. El cansancio físico se supera y recupera descansando. Del cansancio emocional, causado por la contemplación de ver sufrir en el alma a cientos de personas, de las cuales una termina encariñándose con ellas, viendo como se

conformaban agradecidas con que solamente les escuchase contándome sus penas; de ese cansancio emocional, también me recuperaré, creo yo; porque nada humano es eterno; pero, las heridas del alma, causadas por desengaños, ¡esas…! ¡No son fáciles de curar! Por otra parte, me siento culpable de haberme comportado de manera infantil; como si hubiese sido una niña ingenua, tonta y boba o caprichosa ¡Todo por dejarme llevar de mi buena fe y confiar en las personas! ¡Qué rabia…!

- ¡Olvídate de Luis y de lo que le dijiste! ¡Tenías derecho a decir lo que sentías! Sobre todo, no te sientas fracasada, Lucía. Todo se supera cuando se piensa en positivo. Recuerda las palabras del doctor: "Los triunfos no enseñan nada, más bien… nos conducen a la vanidad y a la soberbia; siendo la soberbia la ruina del hombre". Deberías recordar el bien que has hecho en Manaos, y en el mucho amor que allí has repartido; y que también será mucho lo que allí has recibido. ¡Esto es lo que vale, y con lo que te tienes que quedar!. ¡Esto es lo que tiene que llenarte de paz y de satisfacción! ¡A pesar de que las rosas tengan espinas, quédate con su "belleza y su perfume"! Ten muy presente que tú has vuelto de Brasil, con un "saco" lleno de buenas obras. Has vuelto con un enorme "manojo de rosas en tu mochila". ¡¡Esto el lo que vale, Lucía!! ¡¿Qué importan las espinas cuando el alma se llena y rebosa con el perfume del amor depositado en el prójimo?! ¡¿Qué importan…?! -decía Susana, emocionada, hablando a su amiga con toda la fuerza de su corazón.

- Creo que Susana tiene razón -añadía Luisita-. Comprendo tu situación y cómo te sientes, de alguna manera, hasta molesta contigo misma. No creo que te hayas comportado como una niña tonta y boba. No, Lucía. Todos tenemos momentos de debilidad, y tenemos derecho a equivocarnos, y no una sola vez. Si te sientes ofendida contigo misma, aunque no tengas motivos para ello, deberías aprender a perdonarte a ti misma. Por ello, con Santa Teresa, quiero recordarte: "Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta". Y a ti, Lucía, nada te falta: ¡¡Tienes a Dios en tu corazón!! Por eso, sin esperar recompensa alguna, te fuiste a Brasil, con la sola intención de darte a los necesitados. Por lo tanto, no te sientas herida ni humillada ni fracasada. ¡Creo que Dios no premia los triunfos que podamos conseguir con aquello que hagamos, sino por el amor y la fe con la que hemos deseado llevar a cabo la labor que realizamos donde quiera que estemos!.

Luisita, haciendo una breve pausa, contemplando a su amiga seria y emocionada, seguía:

- Estoy segura de que, en tu trabajo o en la labor que tú has desempeñado en Tierras Amazónicas y en las personas a las cuales has atendido; con muchísimo empeño, has volcado todo el amor de tu corazón. Así que, para recobrar la alegría y la paz, que siempre has tenido, con mucho cariño, te digo: En el silencio de tu habitación, ponte en la presencia de Dios, sin hacerle preguntas, deja que sea Él, El que te hable al corazón, escúchale, Él te dará la paz que ahora te falta y echas de menos.

Callando nuevamente, durante unos instantes, viendo que sus amigas nada decían, Luisita continuaba:

- Sí Lucía. Es posible que saturada de trabajo y de emociones, sin darte cuenta, se haya enfriado tu fe y te hayas alejado del Señor, y estés echando en falta su cercanía y su Presencia, y, por ello, no te encuentres bien. Ten paciencia, que todo pasará. De todos modos, tú sabes que la alegría y la paz solamente nacen en los corazones que saben amar. Y tú, por dolida que ahora te sientas, tienes un corazón que es "como una casa de puertas abiertas". Tienes un corazón que está abierto a todo el mundo y, pase lo que pase, nunca dejará de amar. Tienes un corazón que, aunque ahora esté hecho "añicos", como dices, no tardará en volver a ser como siempre ha sido, recuperando la alegría y la paz que ahora echas de menos; a pesar de lo que llamas desengaños y errores, que no son otra cosa que pequeños tropiezos, que todo el mundo tiene en el camino de la vida y, al final, hay que superar todo con fortaleza de espíritu, mirando al futuro con fe y esperanza. Sí, Lucía. ¡Nunca pierdas la fe en ti misma! ¡Nunca pierdas la ilusión! porque tú, ¡¡eres formidable!! ¡Y aquí nos tienes a nosotras, para estar siempre a tu lado dándote nuestro apoyo, con muchísimo cariño…!

- Con amigas como vosotras… ¡Sois estupendas! ¡Nunca podré olvidaros! ¡Nunca os olvidaré... -Respondía Lucía, con voz entrecortada, y la emoción que sentía en su corazón, se reflejada en su semblante.

CAPÍTULO V

La fortaleza de la fe y el amor

Luisita, seguía como profesora en el Colegio de Alcalá de Henares que, después del fallecimiento de sus padres, había pensado dejar para trasladarse a otro Colegio más próximo a su domicilio; pero por los momentos o acontecimientos vividos en la Ciudad Complutense y por las amistades que consevaba en esta ciudad, de momento, prefiría no retirarse de allí.

Faltaba poco más de un mes para que hiciera el año en que Lucía iniciaba su "aventura por tierras amazónicas", que así calificaban las tres amigas la estancia de esta en Brasil.

Solamente hacía dos semanas que Juan y Luisita, habían estado en el pueblo de ésta, en la Sierra del Alto Rey, habiendo acudido, una vez más, al lugar que ellos llamaban la piedra de "nuestro secreto", y que, ese día, añadieron "… y de nuestro amor", jurándose, también allí, una vez más, amor eterno. En otras ocasiones, en aquel lugar se habían "prometido" tener, al menos, cuatro o más hijos; pero este día, él le descubría a ella su esterilidad masculina; motivo por el cual, en cuatro años de matrimonio, no habían tenido hijos ni nunca los podrían tener.

Juan, que había estado casi tres meses silenciado o más bien ocultando esta situación, lo cual le pesaba como una losa y, a pesar de habérselo declarado, le seguía pesando aún más, si cabel.

Ahora se encontraba con la obligación de tener que acudir, muy a pesar suyo, al cumpleaños de su abuela materna en Arganda del Rey, donde se encontraría con sus tíos y primos, con sus padres y su hermano; con las pocas ganas que él tenía de fiestas y reuniones.

Era doña Ángela, así se llamaba la abuela de Juan, una señora que cumplía ochenta y seis años, no bien llevados; la misma edad tenía su marido, aunque éste estaba en peores condiciones físicas y de salud, por lo que convivían en el mismo domicilio con una hija y con el marido de ésta. Había tenido el matrimonio un hijo y cuatro hijas; todos casados. Cada matrimonio tuvo dos, hijos e hijas; por lo que la feliz homenajeada tenía diez nietos, cinco casados

y cinco solteros. También tenía cuatro bisnietos, tres niñas, hijas de una nieta, y un niño, hijo de un nieto. De los nietos solteros faltaron dos por estar en el extranjero; por lo que se juntaron veinticinco, más las tres niñas y el niño.

Quedaron en celebrarlo el primer fin de semana de junio, sobre las ocho de la tarde, en la casa que siembre habían tenido como residencia aquellos ancianos. A la hora más o menos anunciada, daba comienzo la celebración con una merienda-cena. Como suele ocurrir en estas celebraciones familiares que se desarrollan sin prisas, se habla de muchos y variados temas. Al final, terminaron acaparando la atención los niños. Si se tienen o no se tienen niños. Si se quieren tener o no tener; porque la vida está mala y todo está muy caro; si la comodidad o no comodidad de los padres, si las mujeres trabajan o dejan de trabajar; entre tanto, allí estaba Juan aguantando pacientemente y, por supuesto, Luisita. Hasta que doña Ángela, que había estado callada, observan do y escuchando a unos y a otros, sentenciaba:

- Hoy, a la mayoría de las mujeres sólo os gusta "luciros" y presumir, viviendo cómodamente y sin ocupaciones. ¡Algún día hecharéis de menos el no haber tenido más hijos...! y os pesará, ¡vaya que sí! ¡Teniendo diez nietos, sólo tengo cuatro bisnietos!

Para Juan, esto ya era el colmo, aunque no esperaba lo que le estaba por llegar. Su prima Gema, que tenía tres niñas como tres "soles" –dos de ellas mellizas-, dirigiéndose a su abuela:

- No diga eso abuela, que llevo cuatro años casada y ya tengo tres, y no he terminado -dirigiéndose a Juan y a Luisita, decía-: Vosotros, a ver cuando, que lleváis casados tanto tiempo como yo, y todavía nada… ¡A qué esperáis!

- Mira. Gema, no te metas en vidas ajenas -replicó Juan-, que los demás, no nos metemos en la tuya.

- ¡Qué barbaridad…! No aguantas una broma; encima que te lo digo para animarte… Ya ves lo que dice la abuela.

- Pues mira, ya me has animado bastante.

Levantándose y haciendo una señal a su mujer, se acercó a su abuela y a su abuelo, dándoles un beso y deseándoles mucha felicidad, despidiéndose de todos sus familiares; haciendo Luisita lo mismo, dejaban la reunión para marchar seguidamente hacia su domicilio en Madrid.

Aquella fiesta familiar terminaba como no pocas. Donde las imprudentes bromas de unos, hieren en lo más profundo de otros. A Gema, le reprochó su marido lo que ella había dicho por "animar" a su primo Juan. Otro tanto hizo Luís, hermano de Juan, marchándose posteriormente del cumpleaños de su abuela, quedando en aquella reunión familiar un ambiente tenso y frío.

La desfachatez de Gema, había sido un golpe bajo para Juan, que no hacía otra cosa que aumentar la carga emocional que sobre sí llevaba, que, si pensando en él ya era muy grande, pensando en su encantadora mujer, aún era mayor; por verse ella privada de tener aquellos hijos que, desde que eran novios se habían "prometido"; y, por si esto fuese poco, en el Colegio tenía que atender a hijos de otros padres, sin poder amar y cuidar a hijos propios.

Lo que él no podía imaginar, es que su mujer, curtida como estaba desde niña a soportar la adversidad o el sufrimiento; la carencia o falta de aquellos hijos "prometidos", ella lo aceptaba como querido por Voluntad Divina, en la que confiaba y a la vez se entregaba, sin reservas ni complejos.

Una vez solos, Juan quiso justificar la reacción que había tenido ante lo que él llamaba grosería de su prima Gema; pero Luisita, que llevaba grabadas en el fondo de su alma, aquellas palabras que su madre le dijera en el lecho de su agonía: "Ama a tu marido… como si amaras a Dios…" no hacían otra cosa que aumentar, si cabe, el gran amor que por él sentía; viéndole algo excitado, antes de coger el coche para volver a Madrid; con la mayor dulzura y su encantadora sonrisa:

- Lo más importante de todo, no es el tener o no tener hijos. No, Juan. Lo más importante de todo es nuestro amor; porque el amor proviene de Dios, y que, a la vez, Él reparte en los corazones que le acogen; para que estos también lo repartan. Así que, si es Voluntad de Dios el que no tengamos hijos, aceptémoslo, no con forzosa resignación. ¡No! Sino como querido por Él, para nuestro bien y para nuestras almas. No pienses más en eso, que aquí estoy para amarte y hacerte feliz –a la vez que esto decía Luisita, le daba un beso en la cara-. ¡Te quiero Juan, te quiero! ¡Y quiero que seas feliz!

Una vez más, él quedaba desconcertado ante aquel torbellino de amor y alegría, que era su mujer, a la que no lograba comprender ni entender de donde le nacía aquella arrolladora fuerza interior. No obstante, seguía indignado. Gema le había puesto en "ridículo" delante de todos. También estaban allí sus primos Jesús y Tomás, con sus respectivas esposas, que no tenían hijos, y se tuvo que dirigir a él y a Luisita, como si se les notase en la cara el porqué no tenían hijos. ¡Esto era indignante para él!

Su ofuscación era tal, que sus conocimientos de psicología y de la condición humana, en aquellos momentos, habían desaparecido. Él sabía que nadie puede dar de aquello que no tiene. No se le puede pedir sensatez al insensato; ni prudencia al imprudente; ni humildad al soberbio, etc.; tal como "no se le pueden pedir peras al olmo". También sabía, que no pocas personas, conocedoras de su propia condición o vaciedad; no pudiendo ni queriendo

pasar desapercibidas ante los demás y pretendiendo llamar la atención para hacerse notar, como que son algo o alguien, recurren con cierta y maliciosa intención a bromas pesadas, hiriendo en lo más profundo a quienes se distinguen por su saber estar y por sus virtudes.

Aquella noche, ante la sentencia de su abuela y la "broma" de su prima Gema, Juan no dejó de darle vueltas a la cabeza. Si adoptaban niños, sería notorio a todas luces, que lo hacían porque ellos sabían que no tendrían hijos; preocupándole el decir de la gente. Pensando en una polible, remota y drástica solución que, por el momento, prefería dejar a un lado; creyó encontrar el modo de convencer a su mujer. A la mañana del día siguiente, con el mayor aplomo, dirigiéndose a Luisita:

- He pensado, Luisi, que bien podías someterte a las nuevas técnicas de reproducción humana, para que pudieses concebir y tener hijos. ¡Te lo digo, por esa ilusión tuya de tenerlos!

- ¡Me voy a terminar enfadando! ¡Lo tuyo ya es obsesivo!. Te tengo dicho que no pienses más en eso. ¿Me estás proponiendo que tenga hijos de laboratorio? ¡No sabes lo que dices ni a quien se lo dices! ¡Si Dios no quiere que tenga hijos, no los tendré! El sabrá porqué. ¡No quiero tener hijos de ese modo! ¡No quiero tener hijos si no son de tu sangre y de mi sangre! Por mucho que te pese, ¡nunca serás feliz si no aceptas la Voluntad de Dios! Alguna vez me has dicho que por tu consulta pasan algunas mujeres que, sabiendo que tienen un cáncer dentro de ellas, tienen paz y te hablan de Dios. Y, a pesar de ello, son felices porque aceptan la Voluntad de Dios. ¿Pero es que estás ciego y no puedes descubrir donde está el secreto de la felicidad? Sí, me dirás, que conoces a personas que, diciéndose creyentes, viven amargadas. Este tipo de personas son así, porque viven una religiosidad forjada a su manera y conveniencia, donde son ellas mismas su propio dios, esperando conseguir todo aquello que desean sin confiar en el Dios Verdadero; careciendo de espíritu de entrega y donación. Te diré más: ¡Dios está muy por encima de los intereses y caprichos mezquinos de los hombres! ¡Con Dios no se juega, Juan, ni de Él nadie se ríe! ¡Convéncete…!

Ésto lo había dicho Luisita en tono serio, pausado y sin dejar de mirar a su esposo. Éste, pocas veces la había visto con tanta firmeza, casi a punto de enfadarse. En tanto, él se preguntaba: "Qué tendría que ver Dios en lo que él la proponía, para que su mujer se apoyase o recurriera a la Voluntad Divina, y le mezclara casi constantemente en su vida. Qué razones tenía ella para tener esa fe y esa confianza en Dios, para aceptar todo cuanto le ocurría con una conformidad y paciencia fuera de lo común. Lo más sorprendente es que

ella "predicaba" con el ejemplo. Sin frases estudiadas o complicadas teorías teológicas, sin citas doctrinales o pasajes bíblicos. Lo hacía sencillamente con la fuerza de la razón, impregnada de fe, de alegría y de amor.

Algo similar le ocurría a su hermano Luís, que parecía no ser de este mundo materialista y deshumanizado. Dispuesto a dar la vida y cuanto fuese necesario, por salvar al hombre del hundimiento humano, moral y espiritual.

Pensando a la vez en su hermano y en Luisita, a sí mismo se decía: "Si él y ella parecen "almas gemelas". De no haberme entrometido en su camino y en su vida, es muy posible que ella hubiese terminado en algún país subdesarrollado y pobre enseñando a los niños a ser buenos y a ser personas".

"¿Será posible –se preguntaba Juan-, que esté empezando a creer en Dios al que no veo, y que si está en alguna parte, tiene que ser en el interior de estos dos seres excepcionales, o mejor dicho, en sus corazones que son auténticos manantiales de amor y bondad, reflejándose en su caras, en sus ejemplos y en sus vidas? ¡No, no puede ser!. Entonces… ¿para qué sirve la razón y su verdad, con sus exigencias humanas que, en no pocas ocasiones, son un auténtico fracaso, conduciendo al ser humano a la confusión, a la autodestrucción y a la nada? Todo lo contrario de Luisita que, al igual que Luis, son dos seres extraordinarios que , con sus vidas, me están demostrando que si hay una verdad, esa es la que ellos llevan dentro de su ser." Después de estar un rato meditando en silencio:

- Para nada quisiera ofenderte o molestarte, mi querida Luisi, tú tienes tus razones, que yo respeto, aunque no las entienda; pero entiende tú también que yo tenga las mías, que, si ahora no las entiendes, algún día sí las puedes entender, y, entonces… (?)

Luisita se había retirado, quedándose él con su pesadumbre, sus dudas y pensamientos: "Cómo Dios, que según dice Luisi, es Misericordia, Bondad y Amor, me ha puesto a mí en el camino de ella, que tanto le ama a Él; que incluso es posible que su amor hacía mí sea menor que su amor hacia Dios, y en correspondencia a ese amor que le profesa, le impida, a través de mí, el ver cumplido su deseo de tener unos hijos que, a su vez, ella se los pretendía ofrecer a Él. Será que Dios no quiere aceptar unos hijos de un padre que en Él no cree, como es mi caso. Entonces… ¿por qué concede hijos a esas mujeres, que no los quieren tener ni criar, matándolos en su vientre antes que vean la luz, incrementando día a día, esa lista negra de madres, aparentemente, despiadadas; no porque no tengan corazón o buenos sentimientos, que sin duda los tienen, sino porque la corrompida sociedad que les ha tocado vivir, impulsa al ser humano a dar rienda suelta a su libre

albedrío, mostrando o haciendo ver que aquello que siempre la Ley Natural había condenado como algo anormal y malo, ahora toma carta de naturaleza y bueno, incrementando las consultas de Psicólogos y Psiquiatras, para paliar unas depresiones que terminan en la tumba? ¿Hasta dónde llega la locura del "supercivilizado" Primer Mundo, que permite a la mujeres matar a sus futuros hijos dentro de sus vientres, amparadas por la legalidad, y, en cambio, castiga o sanciona con el peso de la Ley, a quien se le ocurra matar a un lagarto o a un animalito de las llamadas "especies protegidas"? Otro tanto le ocurre a quien, en el campo, tome un manojito de manzanilla protegida, también en alguna de sus especies. Es mejor no continuar en lo que Dios aplica o no aplica su Voluntad, en la que Luisita tiene tanta fe o conformidad y en la que nada claro tengo yo. ¿Por qué esa diferencia de ideas y creencias entre mi mujer y yo, y cual puede ser la razón?"

A pesar de sus muchas dudas sobre temas o cuestiones espirituales, nunca había entrado Juan en estos razonamientos, asociados a la idea de no poder tener hijos en su matrimonio. Todo le venía desde el último fin de semana que estuvieron en el pueblo de Luisita, y, por consiguiente, en la "piedra de su secreto y de su amor".

= = =

El día veinticuatro de junio, habían celebrado en la intimidad, el treinta cumpleaños de Juan, al que acudieron como invitados sus padres, D. Tomás y Dª María, y Luis, su hermano. Lucía, su hermano Javier y su esposa Maribel, que estaba en estado, ya de cuatro meses. Carlos Rubio, con su esposa Alicia; siendo estos lo amigos que llevaron a Juan al cumpleaños de Javier, en Los Santos de la Humosa.

Con un poco de retraso llegó Susana, por tener dificultades en el viaje, pues venía de Burgos; y como dijo Luisita: "pero has llegado". Teniendo una merienda-cena en su propia casa, hasta eso de las once de la noche, dentro de un ambiente cordial y familiar; despidiéndose todos ellos, hasta el próximo año, deseando muchas felicidades para Juan, diciéndole que ya entraba en la década de la treintena.

Las "felicidades" de Juan, sólo él las conocía. Seguía sin aceptar, lo que su encantadora esposa decía ser la Voluntad de Dios. Dándole vueltas y más vueltas en su cabeza. No soportaba la idea de que Luisita, por "culpa" de él, no pudiera concebir y tener aquellos hijos que tanto deseaba, como se habían "prometido" hacía ya seis años en la "piedra de su secreto", en la Sierra del

Alto Rey. Apunto de perder las esperanzas de que su mujer pudiese tener hijos; se le ocurrió manifestarle una remota idea que hacía tiempo había tenido. Esperó a que ella tuviese uno de aquellos ratos de desbordante alegría, más cuando a él le veía un tanto decaído en el ánimo o preocupado por algo; así qué, cuatro días después de su cumpleaños; como quien dice, se lo jugaba a una carta:

- Luisi, quiero decirte algo. No me contestes ahora, sino cuando te lo hayas pensado: Si quieres tener hijos de mi sangre, como en alguna ocasión has dicho, deberías acostarte con Luís, mi hermano… Nadie tendría por qué saberlo, sólo nosotros y Luís. -Luisita, no daba crédito a lo que estaba escuchando, mientras él continuaba-. Sé que esto es para ti, todo un sacrificio; pero tú me tienes dicho, que Dios bendice todo sacrificio que se hace para dar vida, y más, si se hace con amor, y ésto a ti te sobra. ¡Piénsatelo! ¡No es preciso que contestes ahora...! Sería por tu bien.

Como si ella hubiese recibido un duro golpe en la espalda, mirándole fijamente, sin decir palabra, tardando unos instantes en reaccionar. Después de encomendarse al Ángel de la Guarda, dirigiéndose a su esposo, con el rostro encendido de rubor, producido por la vergüenza de tener que escuchar a su propio esposo semejante proposición:

- ¡Esto que acabas de decir, es lo que nunca hubiera esperado de ti! No quiero apelar o recurrir, a si tienes o dejas de tener vergüenza ni a que nivel está tu dignidad. Ni tampoco si te has vuelto loco, o estás borracho. ¡No! ¡No te reprocho nada de eso; porque sería igualarme a ti! ¡Mi dignidad está por encima de todo eso y de tus ideas o razones! Lo que de verdad me duele, después de tres años de noviazgo y cuatro de matrimonio, es que de mí tengas un concepto tan bajo, tan rastrero y despreciable; y pienses, ¡¿qué yo sería capaz de meterme a la cama con otro hombre que no fueras tú?!

- Luís, es mi hermano, y, si se lo pido, lo haría. ¡Él te quiere! ¿Es que no te has dado cuenta como te mira siempre? ¡Si hasta pienso que si no tiene novia es porque para él no hay otra como tú! ¡Sacrifícate! ¡Si no quieres hacerlo por ti, al menos, hazlo por amor a mí! Tú lo dijiste, que lo que se hace por amor, Dios lo bendice. Así podrías tener unos hijos que serían nacidos de tu amor hacia ellos y de tu amor hacia mí, y también del amor de Luís hacia ti. ¡No te estoy proponiendo algo imposible! ¡Compréndelo…!

- ¡Ahora, ya me atrevo a decirte, que has perdido la razón y la vergüenza! ¡Sí! ¿Dónde está tu dignidad y tu vergüenza? Esos hijos que me propones, ¡serían hijos del pecado! ¡Que es todo lo contrario al amor!. ¡Entérate! ¡Dónde hay pecado no está Dios ni hay amor!. ¿Qué concepto tienes tú del

amor? ¿De qué te enamoraste de mí? ¿De mis virtudes y sentimientos, de la bondad de mi alma y de lo que yo te daría con todo mi corazón; o sólo te fijaste en mi cuerpo para lucirme como un trofeo y disfrutar de mí en tus apetitos carnales? Entérate de una vez, por si lo has olvidado: ¡Fui virgen al matrimonio, y tú lo sabes! ¡Nadie ha besado mis labios, sino tus labios! ¡Nadie me ha visto siquiera en ropa interior, ni nadie ha puesto sus manos sobre mi cuerpo, vestida o desnuda, sino tú y solamente tú! ¡Nadie me ha visto en bañador en playa ni en piscina alguna! ¡Nunca he pretendido llamar la atención o provocar a ningún hombre, para no inducirle a pecar, aunque sólo fuera de deseo! Me han llamado beata, santita, puritana, ñoña, estrecha… Tú lo que necesitas es que te… Si tú supieras lo que yo haría contigo. ¡Todo esto y más, que me repugna recordarlo, me han dicho! ¡Y ahora tú, mi marido, al que me he entregado en cuerpo y alma; con un cuerpo y alma puros y blancos como la nieve! ¡¿te atreves a insultarme de esta manera…?! ¡Cómo si yo fuera una vulgar mujerzuela, sin pudor y sin vergüenza que, gustosamente, se somete a los caprichos de su marido! Sólo por el malsano interés de tener unos hijos; ¡qué siempre los miraría como producto de mi pecado, no de mi amor! Y también, por el hecho de guardar las apariencias por temor al qué dirán sobre ti.

Haciendo una pausa en su excitación, mirando a Juan:

- Dices, que si no me he dado cuenta de que Luís me quiere. Me di cuenta la primera vez que me llevaste a tu casa, a conocer a tus padres y a tu hermano; y también algunas veces después. Hacía cinco o seis días que yo había cumplido los veintiún años; a Luís le faltaba algo más de un mes para cumplir los dieciocho años, y mi intuición femenina me decía que en Luís había un alma pura y limpia que irradiaba pureza y transmitía amor, y no me equivocaba; lo cual contigo me falló. Sabiendo aquello que tu hermano sentía por mí, ¡nunca! ¡jamás! intenté hacerle descubrir sus sentimientos hacia mí. ¡Nunca! ¡Ni en nada me propasé hacia él según fue pasando el tiempo! ni él en nada se excedió ni dejó translucir “algo” hacia mí; sino el puro y limpio afecto familiar que nos une. Pero tú, que siempre me has visto complaciente contigo, que, aunque mi corazón “sangrara”, casi siempre me has visto sonreír, sin dejarte ver o mostrarte para nada mis penas o preocupaciones; no porque no las haya tenido, sino porque que me las he “tragado” y consumido en soledad. En cambio tú, desde tu egoísmo, sin enterarte de nada, me has visto como si nada me ocurriese ni faltase. A mis veintisiete años, ya llevo tres años sin mis padres, más el trágico recuerdo de mi hermana, que cuantas veces sueño que estoy de rodillas junto a ella ensangrentada, tiradas las dos

en mitad de la calle; y, tú dirás, ¡cuándo me has visto llorar!, y no porque no haya llorado. ¡Cuándo me has visto lamentarme!, y no porque no haya tenido motivos para lamentarme. –Enojada y llena de resentimiento, continuaba-. ¡Ahora tengo la impresión de que me has tomado por tonta! ¡Qué no has hecho otra cosa, que aprovecharte de mí! ¡Te has pasado! ¡Juan, te has pasado! ¡Me siento engañada! ¡Me siento sucia! ¡Precisamente por ti… que, con todo mi amor, te he dado lo mejor de mí…!

No pudiendo soportar aquel estado de arrebato emocional, entró en el servicio. Quería lavarse la cara, que, de coraje y rabia, la tenía encendida. En este caso, podía aplicarse aquello de: "Dios te libre de la rebelión de los humildes".

Ahora era Juan, el que se encontraba derrotado, sin "armas" o argumentos para presentarse ante aquel portento de mujer, que si en belleza y hermosura deslumbraba, en virtudes humanas, éticas, morales y espirituales, resplandecía como un sol. Nunca pudo esperar él, semejante reacción de aquella que por esposa tenía; que se había mostrado como "fiera herida" y "acorralada" que forzosamente ha de defenderse para no sucumbir.

En Luisita había quedado ese "poso" de tranquilidad y descanso, que siempre encuentra quien, con coraje y rabia, y con cierta dosis de orgullo, ha defendido sus derechos, su pureza, su honra y dignidad; que si antes nunca había hecho exaltación ni ostentación al respecto, llegado el momento no queda otro remedio.

Juan, se sentía humillado. Aunque tarde, reconocía haberla herido en lo más sagrado que ella siempre había conservado con el mayor esmero: su dignidad y su pureza. Había recibido toda una lección de dignidad y honor, de aquella que tanto amor a él le había dado. Sintiéndose ofensor hacia ella, se encontraba en la obligación de pedirle perdón. Sin pretender insistir sobre el tema. Sí, quería justificarse por aquello de quedar, si no bien, al menos, de manera menos mala.

Entre tanto, ella había entrado en el dormitorio. Habiendo cerrado la puerta; sentada al borde de la cama, contemplado un póster de la Inmaculada de Murillo, que sujeto con cuatro chinchetas, tenía fijado en una pared; recordaba lo que Juan, en algunas ocasiones le había dicho; "Si Murillo te hubiese conocido, te habría elegido como modelo para pintar la Inmaculada". "¡Compararme con la Inmaculada!, ¡con lo que él pretende!" -Pensaba Luisita-. Que, avergonzada, confundida y humillada, no podía comprender niadmitir aquella deshonesta pretensión de su propio marido, de hacerla caer en la deshonra y en el deshonor que ella, precisamente, se había cuidado toda

su vida de no manchar ni mancillar. No era esto lo peor -pensaba-; ¡¿qué confianza podría tener en él, de ahora en adelante, si una propuesta así sólo puede proceder de una mente enferma, a la que no le importa para nada su dignidad, ni su orgullo ni su hombría?! Quería llorar, y no podía. Viniendo a su mente las palabras de su padre, con motivo de la muerte de su madre: "Mira, hija mía, los grandes dolores no producen lágrimas". "Aprende a soportar y a dominar el dolor y habrás aprendido a vivir".

Recordaba tambien lo dicho por su madre: "Cuando los negros nubarones de la vida te envuelvan con sus sombras, ten calma; que por encima de todo nubarrón, el Sol sigue brillando, y, antes o después, las tormentas también pasan y el Sol sigue inundando todo con su luz y su calor". Estos pensamientos también eran motivo de excitación para ella, dada la situación en que se encontraba en aquellos momentos.

Para Luisita, aquello superaba todo lo imaginable. ¿Qué estaba pasando por la cabeza de Juan…? Ella se sentía sola. Esto no se lo podía contar ni a su querida y fiel amiga Lucía. Teniendo en cuenta que los dolores que más amargura y desazón causan en las almas, son aquellos que se han de consumir y apurar en soledad; sabía que en soledad tendría que superar aquella difícil y cruel situación que ante sí tenía.

Según seguía Luisita sentada en el borde de la cama, apoyados sus codos sobre sus piernas, por encima de las rodillas, teniendo su cara sobre las palmas de sus manos, con la mirada perdida, pasando por su mente la idea de la posible ruptura de su matrimonio que, con todo su ánimo trató de rechazar. También por su imaginación pasaban un sin fin de pensamientos y recuerdos que, como en un torbellino, se entrelazaban unos con otros, como si no fuese capaz de detenerse en ninguno de ellos, hasta que, viniendo a su memoria el recuerdo del Hospitalillo de la Calle Mayor de Alcalá de Henares, meditaba:

"María, Madre mía, ven a mí, con tu gracia y con tu Amor… Te necesito. No me abandones en esta soledad que siente mi alma. No tengo a nadie en quien confiar, ni en quien descargar esta amargura que aflige a mi corazón y a todo mi ser. Sé Tú mi consuelo. Aumenta mi fe y fortalece mi espíritu, como otras veces has hecho. Sólo puedo confiar en Ti y en tu Divino Hijo. No tengo a mis padres ni a mi hermana que, aunque en la distancia, pudieran darme su apoyo y compañía. No sé que planes tendrá el Señor para mí; al que quiero seguir con mi Cruz. No sé como terminará esta prueba que ahora me envía, y que tendré que superar; pero no sé cómo; te lo confío a Ti. Desde que me enamoré de Juan, todos los días le estoy encomendando a Ti, para que le des luz y conversión, y en lugar de ver en él un algún signo o señal de

acercamiento hacia Jesús o hacia Ti, ya ves a que situación ha llegado. Como si mis ruegos y mis súplicas no hubieran sido escuchados. No. No quiero dudar de la Divina Misericordia. Me faltó mi hermana, pero tenía a mis padres. Faltó mi madre; pero conmigo estaban Juan y mi padre. Mi padre también faltó, pero tenía a Juan. Ahora sigo teniendo a mi esposo conmigo; pero, ¡en qué condiciones…!"

Levantándose de según había estado sentada con la cara apoyada entre sus manos, dio unos cortos y como vacilantes pasos por la habitación, repasando con su vista cuanto aquel dormitorio contenía; puesta su mirada en el hermoso Crucifijo de escayola, que sus padres le regalaron cuando ella se casó. Pasó unos instantes como fuera de sí; como si estuviese ausente.

Contemplando al Crucifijo, a la vez, recordaba a sus padres que ahora tanto necesitaba. Según contemplaba a Jesús en la cruz, con resentimiento en el corazón, con ciertas dudas al dirigirse a Él, en silencio meditaba:

"No soy buena, Señor. No. Tú, desde la cruz dijiste: "Padre, perdónales, que no saben lo que hacen". Los que te crucificaron no sabían a quien crucificaban; pero Juan, mi esposo, sí sabe a quien ha querido manchar, insultar y corromper y, por derecho propio, tenía la obligación de custodiar y defender. ¿Por cuántas cosas hemos de pasar los que queremos seguirte? ¿Hay que poner la otra mejilla…? ¿Para qué? ¿Para que nos den en los dos carrillos? ¿Para que quienes queremos ser tus seguidores, seamos el hazme reír de los que te rechazan? Tú, puedes decirme muchas cosas. Pero ante nuestras dudas y preguntas, Tú, callas. Ante nuestras penas y dolores, callas también. Sé, que tu silencio, Señor, es de lo más elocuente. Sé, que ahora estarás diciendo":

"Mírame". Continuarás diciendo: "Mírame tú, por los que no quieren mirarme. También mírame por Juan y por todos los que me rechazan y desprecian; por los que a Mí me persiguen y calumnian en los que quieren seguirme, como es tu caso, que tantas veces te has ofrecido y consagrado a mi Madre y Madre tuya. Sí. Mírame, y dime, ¿qué estás viendo en esta figura de escayola en la que estoy representado? Te lo diré Yo: Viéndome a Mí, estás viendo la imagen de multitud de hombres, mujeres y niños, mártires vivientes que sufren y mueren de mil formas y maneras. En manos de otros hombres. Siempre ha sido así. El mal no soporta al bien; por lo que los buenos y mis seguidores son los perseguidos; porque el mundo aborrece a los que no son del mundo por seguirme a Mí".

"Te comprendo, Señor. Pero Tú eres bueno y yo no. Durante toda mi vida me he esforzado en mantener limpia mi pureza; la que sin mancha entregué a

mi esposo en Santo Matrimonio bendecido por Ti, y no puedo consentir que Juan pretenda obligarme a cometer aquello que Tú no puedas bendecir. ¿Fui yo quien se equivocó al elegir a Juan por esposo, o fuiste Tú, Señor, el que lo pusiste en mi camino para cumplir los designios o planes que tengas para nosotros?"

Orando así estaba Luisita, de pie, contemplando el Crucifijo de la cabecera de su cama, no con el humilde fervor que en otras ocasiones de rodillas ante Él había había estado en oración. Ahora estaba excitada y dolida; porque nada le duele tanto al corazón humano, como aquello que ha de sufrir debido a la maldad, a la tosquedad, a la ignorancia o a los oscuros intereses de otros hombres. Como tantas veces, cuando miraba aquel Crucifijo, se acordó de su madre, y también de sus palabras: "Ama a tu marido, como si amaras a Dios". "¿Qué diría ahora mi madre, si supiera quien es mi marido y que es lo que pretende?" -Se decía a si misma.

Preguntas y más preguntas se hacía Luisita, inmersa en una lucha interior, en la que cada fuerza tiraba para su lado.

Al cabo de casi dos horas de estar en el dormitorio con la puerta cerrada, salió hacia la cocina, quería beber agua. Al sentir Juan, que salía de la habitación, fue hacia ella; quería pedirle perdón, pero también se quería justificar.

- ¡Perdóname…Luisi! ¡Perdóname!... No quise hacerte daño. Ha sido mi ofuscación la que me ha dominado. Si puedes, ¡discúlpame! ¡Te lo ruego! No quise ofenderte. Pensaba, en qué va ser de nosotros cuando seamos mayores, sin hijos ni nietos, solos…

- Estás perdonado. Pero… por favor, déjame. No continúes… déjalo.

Esto ocurría el veintiocho de junio, sábado, cuatro días después del cumpleaños de Juan; tres semanas después del cumpleaños de la abuela de éste, en Arganda del Rey, y seis semanas después del último fin de semana que habían pasado en el pueblo.

Iban pasado los días, y la frialdad en la relación de los dos esposos, era la tónica dominante. La sonrisa de Luisita, que casi de manera constante permanecía en su semblante, había desaparecido. Lo más, era algún gesto o mueca agridulce, que tenía más de lo primero que de dulce. Ninguno de los esposos, podían creer la situación que estaban viviendo y como lo estaban pasando en las últimas dos semanas.

Siendo el diez de julio, Luisita no iba al colegio por estar de vacaciones. Pasaba los días haciendo las cosas de la casa; leyendo, escribiendo y algún rato pintando. Sobre las tres treinta de la tarde llegó Juan; ella le notaba con

cierto talante abatido y cansado; con la tristeza reflejada en su semblante, más acusada que en días anteriores, dirigiéndose a ella con voz pausada:

- Luisi, no estoy bien. Me han hecho unos análisis y tengo cáncer. A la semana que viene, me harán más pruebas. Creemos que es el Páncreas… Ya veremos.

- No. No puede ser. ¡Esto es cosa tuya…! ¿Es que quieres impresionarme?

- Es la verdad, Luisi. Tienes que creerme; no miento…

Ella, ante la firmeza de él y la expresión de su rostro, por unos momentos quedó paralizada, pálida, tardando unos instantes en reaccionar. Al fin, sin poderse creer lo estaba escuchando, dando unos pasos hacia él, echándole los brazos al cuello, rompiendo a llorar; entre sollozos, decía:

- No. ¡Noooo! ¡Esto no, Juan! ¡Esto no…! ¡No puede ser! ¿Pero estás seguro? ¿No habrá sido un error?

- No. No hay error. Se ha repetido la analítica y los resultados son ciertos. Ya nos dirán si es conveniente aplicar la "quimio" y demás tratamientos. Es posible que empecemos enseguida.

Explotando de emoción y pena, los dos seguían abrazados. Sin dejar de sollozar Luisita:

- ¡Por qué, Dios, por qué! ¿Qué pecado hemos cometido? ¿Qué quieres de nosotros? ¡¿Otra vez, Señor?! ¡Otra vez…! ¡Qué quieres de mí! ¡Si hemos pecado, perdónanos! ¡Señor! ¡Señor!...

Según seguía abrazada al cuello de él, después de unos instantes, seguía:

- Perdóname, tú también. ¡Juan! ¡Perdóname! Luego tú, ¡ya sabías!… y por eso me dijiste aquello… ¡Dios mío! ¡Dios mío!

= = =

Después de varias pruebas médicas, el diagnóstico que Juan anticipara a su esposa, era certero y el proceso irreversible, que según pasaban los días, se precipitaba de manera galopante.

Una vez más, la vida demostraba lo breve e ingrata que es, cuando quiere y con quien quiere, sin atenerse a razones ni a lógicas leyes de la naturaleza, ni del conocimiento humano. Lo cierto era que aquel feliz y enamorado matrimonio que tanto disfrutaba de la Naturaleza, en aquel pueblecito serrano de la Sierra del Alto Rey en el que hacía poco más de dos meses, en el tercer fin de semana del mes de mayo, habían estado por última vez; ahora se encontraban, en tan corto espacio de tiempo, en una habitación de la Sección o Planta de Oncología y Cuidados Paliativos de la Ciudad Sanitaria La Paz.

Hospital donde él prestara sus servicios médicos antes de caer enfermo. Allí estaba el joven matrimonio combatiendo en una terrible "lucha" desigual e imposible, imaginando el final que tendrían que aceptar.

Si muy triste era para Juan, tener que dejar la vida a sus treinta años, esa tristeza era muchísimo mayor por tener que dejar a su extraordinaria mujer, sola, sin padres, sin hermanos, sin hijos… Ya no procedía hacerse preguntas. Preguntas que no tendrían respuesta. No. Sólo cabía esperar y ver pasar el tiempo que, de manera implacable, sin nadie que le detenga, no atiende súplicas ni ruegos.

"Golpes" duros y dolorosos le había dado la vida a Luisita. Todos inesperados. A uno grande le seguía otro mayor. Ahora, para Luisita, la presente e inesperada situación superaba todo lo imaginable. Allí estaba junto con quien ella llamaba "el amor de su vida" que se le escapaba de las manos sin poder hacer nada para sujetarle. Teniendo asumido Luisita, la dolorosa situación que estaban viviendo y, en cierta medida, esperando sin esperanza de que aquella situación mejorase o más bien temiendo enfrentarse al doloroso "trance" final. Por ello, su empeño era que Juan terminase sus días convertido, creyendo en Dios y "poniéndose a bien" con Él .

Dª María, madre de Juan, no perdía la ocasión, de hablar de Dios a su hijo, pidiéndole que se encomendara a Él. Prefiriendo hablarle a solas, sin que Luisita estuviese presente. En unos momentos en que ésta había salido de la habitación, quedando solos madre e hijo, comentando con él sobre el estado en que se hallaba, éste preguntó:

- Mamá, ¿podrías decirme por qué Luís ha sido creyente y yo no, habiendo tú educado a los dos de la misma manera? Esto me lo he preguntado varias veces, y por qué somos tan diferentes.

- Nada te puedo asegurar, porque, en cuanto a creencias, todo es discutible. Eso que me preguntas, también me lo he preguntado yo en ocasiones; pero te diré, sobre mi fe y lo que pienso: Yo era creyente, un poco a mi manera, analizaba y juzgaba más que creía; pero sufrí un desengaño, causado por personas que yo tenía por mucho más creyentes que yo misma. Aquel desengaño me hizo apartarme de la religión y de la Iglesia, perdiendo la poca fe que yo tenía. Esto ocurría tres o cuatro años antes de que tú nacieras; eso sí, me casé por la Iglesia; pero eso era todo. Así seguí varios años, hasta que, estando embarazada de tu hermano Luís, de unos dos meses, dos compañeras del trabajo me dijeron que si quería ir con ellas, a un lugar donde decían que la Virgen se Aparecía. Se lo comenté a tu padre, y me dijo que fuese, que poco perdería. Fuimos las tres, vimos a quien decían era la vidente; había

bastante gente; decían que allí podía haber más de dos mil personas. Empezaron a rezar el Rosario, nosotras también lo rezamos. "Aquello" a mí me caló y me hizo reflexionar sobre mi vida pasada. Empecé a rezar y a ir a Misa los domingos.

Dª María, contemplaba a su hijo que, estando consciente escuchaba a su madre con los ojos cerrados, permaneciendo inmovil.

- Seguí yendo a aquel lugar a rezar el Rosario, los Primeros Sábados de mes; íbamos en el tren; cuando ya se me notaba el embarazo de tu hermano, yendo camino de la estación, una señora que caminaba junto a nosotras tres, me dijo: "Está usted embarazada, bien podía consagrar y ofrecer a la Santísima Virgen la criatura que usted lleva dentro; tome esta estampita de la Virgen, por si se anima y lo hace". Mis amigas lo escucharon como yo; me animaron a que lo hiciera. Así lo hice, antes de nacer Luís y después de haber nacido. Si aquella consagración y ofrecimiento hizo efecto o no, no lo sé, más bien creo que sí, pero no te puedo decir más. Hijo mío. Lo que sí te pido con toda mi alma y con todo el dolor de mi corazón, es que te pongas a bien con Dios; dices que no eres creyente, piensa en que nada perderías haciendo lo que te pido, sólo te bastaría que te arrepintieras de aquello que haya podido ofender a Dios. Por lo mucho que te quiero ¡confía en mí y en lo que te digo!

Juan nada contestó. Bajo el efecto de la medicación, agotado y un tanto adormilado, estaba consciente. Entrando Luisita en la habitación, al verla, con voz un tanto apaagada, le preguntaba:

- Luisi ¿Podrías decirme por qué tienes tanta fe en Dios, y si es porque tus padres te enseñaron mucha religión desde pequeña o fue por alguna otra causa? Nunca antes te lo pregunté, aunque era conocedor de tu fe.

Luisita, sorprendida por la pregunta, respondía:

- Te voy a decir lo que tengo oído a mi madre: Mi abuela, la madre de mi madre, decía que, "cuando estuvo embarazada de mi madre y de sus otros hijos, los consagraba a la Santísima Virgen, antes de nacer y después de nacidos, ante aquel cuadro de la Virgen de los Dolores que tenemos en el pueblo. También mi madre hizo lo mismo con mi hermana Elena y conmigo. Esto es lo que tengo mi madre me contaba en alguna ocasión. Más, no sé. Después, según recuerdo, siempre fui creyente. No puedo decirte más.

Juan, cerrando los ojos, permaneciendo callado durante un buen rato, mientras su madre y su mujer le contemplaban pacientemente. Abriendo los ojos de nuevo, mirando a las dos:

- Lo tengo claro, tú y Luís, tenéis fe y sois creyentes, por que os ofrecieron a la Virgen, y, por ello, vosotros sois nacidos del amor. Sí, del Amor de Dios

que, según tú, es el mejor de todos los amores. ¿No es así? -Preguntaba con voz apagada…

No pudiendo creer ellas lo que estaban escuchando. Luisita, agachándose, pegando su cara sobre la cara de él, al tiempo que para sí misma se decía: "Gracias, Señor, aquí estás Tú. Has obrado un milagro en el alma de Juan. Fortalece su esplíritu. Acógele en tu corazón y no le abandones. Sálvale". Cuando así estaba ella, Dª María, tomaba una mano de su hijo.

A pesar de los calmantes, él tenía muchas molestias y cada día que pasaba su situación era más determinante. Al día siguiente de aquellas preguntas que el enfermo hiciera a su mujer y a su madre, cuando estaban las dos con él, pareciendo estar adormilado, dirigiéndose a su madre:

- Mamá. Aunque yo tenga treinta años, sigo siendo tu hijo, ¡bien podrías consagrarme y ofrecerme ahora a la Santísima Virgen para que yo tenga fe y crea!

- No es necesario que lo haga, porque tú tienes fe y crees; sólo que, por tu excesivo orgullo, siempre te has llevado la contraria a ti mismo, y nunca has querido demostrarlo ante los demás; pero no te preocupes, porque cuando nació tu hermano, también te ofrecí a ti y te consagré a la Santísima Virgen, junto con Luis, y durante este tiempo que aquí estamos, también te he ofrecido y encomendado a Ella todos los días, en varias ocasiones. Lo que deberías hacer es llamar al sacerdote, y, al menos, por una vez, humíllate y ponte a bien con Dios; para que con Él estés por toda la eternidad.

Sorprendido por las palabras de su madre, después de permanecer unos minutos en silencio:

- Pues sí, que venga cuando pueda -contestaba Juan, no sin cierta emoción-. Tengo que confesaros que siempre he creído a mi manera; pero tu fuerza y tu alegría ante el dolor y el sufrimiento, apoyándote en tu fe en Dios, manifestándome constantemente tu amor, esa ha sido la mejor predicación y el principal motivo para que yo busque a Dios; mi querida Luisita. ¡Eres formidable! ¡Cuántas gracias tengo que darte por tu bondad y tu amor, por tu confianza en mí, y por el cariño y comprensión que de ti he recibido! ¿Qué va a ser de ti? ¡Mi querida "serranita"…! ¡Qué va a ser de ti…!

Juan, terminaba llorando, su madre y Luisita también. Si el dolor y el sufrimiento, purifican a las almas y las acercan a Dios; en aquella habitación de Cuidados Paliativos, el dolor y el sufrimiento sobraban para todos, y Dios no estaría lejos.

Después de tantos días de Hospital, más la tensión emocional de saber que aquella lucha estaba condenada a la derrota, donde Juan tenía los días

contados, estando cada día más decaído y agotado. Luisita, queriendo transmitirle a él una imagen de paz y serenidad, no ya de alegría, como en otras ocasiones vividas en más o menos normalidad.

La situación que el joven matrimonio estaba viviendo durante ya dos largos meses, excedía y superaba los límites de toda normalidad. Ella "destrozada"; en poco se parecían su cara y su figura a la "visión" que de ella tuvo Juan, aquel fin de semana junto a la "piedra de su secreto", a la que él comparaba con una diosa de la mitología en versión moderna.

En poco o en nada se parecería aquel Jesús que recorría caminos y pueblos de Tierra Santa en sus predicaciones, al que después moriría en la Cruz. Porque la Cruz y el dolor transforman los cuerpos y las almas. Al cuerpo le destroza, pero al alma la eleva a su mayor grandeza y dignidad. Por lo que las almas humilladas adquieren su mayor grandeza ante Dios; si no ante los hombres, sí ante Él, que condena y aborrece la soberbia del mundo y de los corazones engreídos y orgullosos; manifestado claramente en el espíritu de las Bienaventuranzas: "Bienaventurados los que lloran…" "Bienaventurados los mansos…" "Bienaventurados los limpios de corazón…"

En aquella habitación del Hospital, los que no hacía mucho tiempo eran una feliz pareja, llena de vida y esperanza, con un futuro prometedor: Él, esperando morir, en la "cruz" de aquella cama de hospital; ella, también "crucificada" el pie de aquel "cristo" sufriente y ya casi agonizante, cuando Juan, mirando a su mujer:

- Luisita: ¿Qué sentido tiene la vida cuando hay que morir a los treinta años, convertido en una "piltrafa" o un desecho humano, colmado de sufrimiento de uno mismo y viéndote sufrir a ti y a todos los que me queréis? ¿Qué sentido tiene todo esto…? ¡Terminar así, cuando se tiene toda una "vida" por delante…!

Ella, sorprendida por la pregunta, como tomándose tiempo, recordando las palabras que su madre: "En esta vida hay que pagar justos por pecadores…" y, el significado "redentor" de dichas palabras. No siendo fácil entender ésto, y más, en aquellas circunstancias.

- No todo es explicable en la vida. No todos estamos en disposición de entender todo, ni saber todo. Hay cosas que sólo le pertenecen a Dios; en El que más vale creer que entender, porque Dios se entiende a Sí Mismo. A mi manera, te diré lo poco que entiendo: Todos hemos nacido, no para nosotros mismos, ni para los padres, ni para los hijos… aunque tengamos, eso sí, una relación entre unos y otros, por lazos familiares, de amistad o de vecindad; pero por encima de todo esto, hemos nacido para Dios, nos guste a unos o

disguste a otros. Estando Él muy por encima de nuestra pobre pequeñez; sólo que el hombre en su soberbia se cree superior a todo, y éste es su error y su fracaso y, a la vez, su derrota.

Contemplando a Juan, que había cerrado los ojos, ella continuaba:

- Me dices, que qué sentido tiene morir a los treinta años. Me lo preguntas a mí, que de alguna manera estoy también "muriendo" contigo –emocionada, se le llenaron los ojos de lagrimillas que tuvo que limpiar con un pañuelo-, y sufro como tú, por no decir más que tú, pero sufro entregada en cuerpo y alma a ti y a Dios, que sois la razón de mi vida y que, de no ser así, sin ese amor y esa disposición de total entrega, mi vida no tendría sentido. Ten presente que, en estos momentos, sin tener en cuenta el pasado ni el mañana; en estos momentos, hay millones de seres humanos de todas las edades, sufriendo condiciones insufribles, incluso, sin esperanza de futuro, que podríamos señalar sólo unas pocas de esas condiciones, por que en todo el mundo hay dolor y Cruz, y la Tierra está regada o más bien inundada por el sufrimiento humano que, en general, tratamos de ignorar o incluso de ocultar, mirando más hacia nosotros mismos que hacia el exterior. Esto también es causa que hace aumentar nuestro dolor, porque pensamos que nadie sufre como nosotros. Todo ésto por una parte; porque quienes teniendo una profunda fe en Dios, y mirando a cuanto les ocurre como querido por Él, para bien de su alma, uniendo todos sus sufrimientos y dolores a los de Cristo en su Pasión y su Cruz, todo lo llevan muchísimo mejor, porque unidos a Cristo están apartados del mundo y sus vanidades. Sí, Juan, las vanidades del mundo, que únicamente son las raíces del orgullo y la soberbia; el gran pecado de la humanidad y del hombre, causante de multitud de desgracias.

Juan, con los ojos entornados; según la escuchaba, para sí y en silencio, se decía una vez más: "Esta Luisi. Esta Luisi… es por demás; no es de este mundo…" En tanto, ella seguía:

- A pesar de esto que te estoy diciendo, y por encima de las circunstancias que estamos viviendo, creo que la vida sí tiene sentido cuando se vive con amor y por amor al prójimo y a Dios, teniendo en cuenta que el amor es sacrificio, y no pocas veces sufrimiento que, a la vez, humaniza al hombre y eleva el alma hacia a Dios; al que estamos destinados a encontrarnos con Él.

Como nada contestara él, observándole atentamente, después de haber dejado ella de hablar.

- No dices nada. Discúlpame. No te encuentras bien… y te he cansado.

- No es eso, mi querida Luisi… -contestó él, en tono cansado y abatido-. Con tu vida, con el amor que me has dado y me sigues dando, y con tus

razones… me has hecho creer en Dios. No sabes cuanto lamento el no haber tenido en cuenta tus razonamientos sobre tu fe, como en tantas ocasiones pretendías que te escuchase, mientras yo te mostraba mi rechazo.

Según había estado ella sentada, se levantó, acercándose a la cabecera de la cama, agachándose, juntó su mejilla con la cara de él, con el corazón explotando de ternura y de amor, sin poder articular palabra, meditaba: "Gracias, Señor. Le has convertido. ¡Que fuertes y duros son tus designios, y qué difíciles de entender! ¡Que tengamos que sufrir tanto y pasar por todo esto, para que él te haya encontrado! ¡Perdónale, Señor, y dale tu bendición como yo le bendigo; acógele en tu seno y dale tu salvación!"

De emoción, de amor y dolor, los dos lloraban, fundiendo sus lágrimas sobre sus mejillas. Ella, abrazada a él, que ya no podía levantar los brazos de la cama, para abrazarla de aquel que habría sido su último abrazo. Después de haberse retirado Luisita; con tono pausado y emocionado, Juan, mirándola fijamente, con profunda pena reflejada en su demacrado semblante, decía sus últimas palabras:

- Qué feliz he sido contigo, ¡mi querida Luisi! ¡Cuánto amor me has dado…! ¡y cuánto te he amado yo...! Te seguiré amando, "serranita" mía… por toda la eternidad!

Como algo más de una hora después, Juan entraba en coma, para no volver más en sí.

Aquella tarde, Lucía, fue al Hospital a visitar a sus amigos, encontrándose con la dura situación en que aquellos se hallaban. Él, en estado terminal, casi agonizante; ella, cansada, agotada, abatida. Parecía haber envejecido como unos cuantos años más; habiendo perdido alegría, belleza y hermosura; siendo casi desconocida.

- ¿Qué tal…? –preguntó la recién llegada.

- Mira… Ha entrado en coma… Ya veremos, si vuelve.

- Acordándome de ti, por la situación que estás pasando, he compuesto esta poesía de la Cruz; puesto que tú en ella estás. Como tantas veces, supongo, estarás ofreciendote por tus intenciones y también por Juan; la he titulado:

CRUZ DIVINA REDENTORA

Cruz divina y redentora
cáliz de amargo dolor,
que el Señor da con amor
al alma que le enamora.

A quien Tú quieres, Señor,
le unes por siempre a la cruz.
Nunca prives de tu luz
a quien pruebas con dolor.

Si por amor me hieres
y pruebas mi fortaleza,
limpia en mí, toda flaqueza
sabiendo que Tú me quieres.

Señor, que la cruz que me das,
haced de mí un "cristo" viviente,
humilde, entregado, paciente;
¡no me apartes de Ti, jamás!.

En la cruz que Tú me has dado,
clávame Tú, mi Señor;
¡si he de estar crucificado,
quiero estarlo por tu Amor!.

- ¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Que fuerte! ¡Si es toda una invitación a tenderse sobre la Cruz y, desde ella, entregarse al Señor! ¡Cómo eres…! ¡Lucía! Qué inspiración has tenido.

- ¡A caso no es el Señor, quien te está entregando su Cruz? ¿A caso no estás tú entregada y sobre la Cruz tendida? ¡Mucho te debe amar el Señor, cuando así te trata! ¡No es fácil entender esto! mi querida amiga. Aunque yo sé que tú lo entiendes como yo, y por eso no te rebelas contra Él. Sí. Nosotras entendemos que todo sufrimiento viene por Voluntad de Dios, que así paga a quienes a Él se entregan y quieren seguirle. Por eso no tiene muchos seguidores. Porque a cada cual le ofrece la Cruz, que, por mucho que se rechace, antes o después, se ha de llevar o por ella se ha de pasasr; siendo la Cruz y el sufrimiento lo que nos salva de la soberbia, de la vanidad y del orgullo, y, por supuesto, de la idiotez. Esto decía el doctor Joao, cuando estuvimos en Manaos.

- Sí, Lucía. A pesar de que es muy doloroso padecer penas y adversidades; creo, como tú, que el sufrimiento y el dolor para unos es "corona", porque les acerca a Dios; para otros, "prueba", para que a Él se acerquen y, para

todos, una "purificación"; pudiendo ser el camino que conduce a la humildad que, por desgracia, no abunda en el mundo de hoy.

Después de haber estado Lucía un buen rato acompañando a sus sufridos amigos, marchándose posteriormente. Sentada junto a la cama, apoyando la cabeza sobre la ropa que cubría a Juan, donde solamente respiraba ayudado por la mascarilla del oxígeno; Lusita meditaba: "Juan, Juan… Ya no puedes ni tan siquiera oírme. Quién nos iba a decir esto, aquel fin de semana que por última vez estuvimos en el pueblo. ¡Lo nuestro era demasiado bonito, y el "mal" ha tenido envidia de nuestro amor! Hemos gozado entregandonos mutuamente un puro y limpio amor, respetándonos el uno al otro, enamorados como una pareja de quinceañeros; para terminar así, con tanto dolor y sufrimiento. Pero con un sufrimiento lleno de amor, ante una separación que se aproxima, no querida ni esperada, que siempre nos mantendrá unidos en el recuerdo. Aunque la muerte se empeñe en separarnos, te llevaré en el fondo de mi alma hasta unirnos en la eternidad. ¡Sí, así será!"

Quedándose unos instantes con la mente en blanco, por estar emocional y físicamente agotada, posteriormente continuaba: "Tantos matrimonios como se rompen por falta de amor, o más bien por falta de Dios en la pareja, y que, al faltar Él, siendo el origen de todo amor; nunca se amaron, sino que más bien se desearon, viviendo un amor adulterado o falseado por los "deseos" de cada uno, o de uno en particular. En estos matrimonios rotos también hay sufrimiento, producido por los resentimientos y otras causas derivadas, no del amor, sino del egoísmo y otros vicios. En cambio nosotros… Enfrentándonos a esta situación. ¡Jesús, María: Fortaleced mi espíritu y no me abandonéis en esta prueba. A Juan, en la hora de su muerte hacedle compañía! ¡María, madre mía, en estos momentos no le abandones! Tú. Virgen Santa, no puedes haber echado en el olvido, tanto como por él te he ofrecido. Tanto como por él te he pedido… ¡Toma su alma en tus manos y dale la salvación!..."

Unos días después de que Juan entrara en coma, que a sus padres y a Luisita se les hicieron eternos, Juan dejaba de existir.

= = =

Para que Luisita no estuviese sola en casa, su tía Justa, la que había sido la madrina en su bautizo, vino del pueblo para estar con ella una temporada más o menos larga. Luisita, decía que tenía que acostumbrarse a estar sola; pero ante la insistencia de Justa y de los hijos de ésta, ella accedió a la compañía de su tía, que con ella se quedaba por una temporada más o menos larga.

Nuevamente se incorporaba Luisita en el Colegio, de Alcalá de Henares, depositando su amor y su ternura en aquellos niños. Pensando que ella también había sido alumna en aquel Colegio. Pensando en cuántas cosas había tenido que pasar y sufrir desde que por primera vez entrara en "el Calasanz": Pensando sobre los niños que ante sí tenía; se decía también: "Qué os tendrá reservada la vida que, con su pasar de cada día, cuántas sorpresas nos tiene reservadas. Para unos, como queridas por Dios. Para otros, son cosas de la suerte o el destino; pero lo realmente cierto es, que unos antes, otros después; unos más, otros menos; el dolor, el sufrimiento o la Cruz, de mil formas y maneras, a todos alcanza y a todos llega".

No obstante, según decía, su cariño hacia los niños era repartido para muchos, y a cada niño le tocaba un poco; pero ella salía ganando, porque un poco de amor de cada uno de los niños hacia ella, sumado era mucho.

Por otra parte, Justa, siendo una mujer emocionalmente fuerte, con una formidable vitalidad, como si tuviese diez años menos de su edad real, se encargaba de elevar el ánimo a su sobrina, mostrándole muchísimo cariño y haciéndole ver que no estaba sola, indicándole tambien que las dificultades de la vida se sobrellevan y superan mejor afrontándolas con fe y esperanza.

Algunos fines de semana, los hijos de Justa acudían a ver a su madre y, en este caso, también a Luisita, pasando el día en casa de esta . También Lucía y Susana, le animaban con su presencia y compañía, en bastantes ocasiones. Lo mismo hacían Javier Ruiz y su esposa Maribel.

Así iban pasando los días, serenando el ánimo y recuperando "fuerzas" perdidas. Con el recuerdo de sus desaparecidos seres queridos, a los que no podía olvidar, y más, por las dolorosas circunstancias que se habían producido en su desaparición. Recordando también las palabras de sus padres que, como "testamento espiritual", ellos le habían dejado: "No te dejes dominar por el dolor…", "Eres muy buena…Reparte amor, que tú tienees mucho para dar", etc. etc.

El amor y el "calor" de su corazón, no podían estar ocultos e inactivos. Cuando se marchase su tía Justa, estaba dispuesta a destinar su tiempo libre en ocupaciones benéficas o labores humanitarias. Bien con enfermos, bien con ancianos o niños. Su decisión era entregarse para el bien de sus semejantes. De momento, sin saber cómo ni dónde; a pesar de que esta idea la había meditado y aceptado, sólo cabía esperar.

Habían pasado ya seis meses desde el fallecimiento de Juan. Justa, ultimamente le tenía dicho a su sobrina, que estaría con ella hasta que hiciera unos seis meses del fatal desenlace. A pesar de haberse cumplido el tiempo

previsto. A pesar de lo dicho, a Justa le dolía dejar sola a su sobrina, a la cual quería como a una hija. Por ello, sin decir nada sobre su posible marcha, estaba decidida a dejar pasar los días, con el fin de retrasar su marcha.

Habiendo pasado dos días más de dichos seis meses, Luisita y Luís, recibieron, cada cual en su domicilio, una citación notarial de parte del Notario Carlos Rubio, el amigo que llevara a Juan al cumpleaños de Javier Ruiz, en el que Juan y Luisita se conocieron.

Los dos citados, extrañados por dicha citación, se presentaron en el despacho del Notario Carlos Rubio. Después de los saludos de rigor, invitando a sentarse, dirigiéndose a Luis y a Luisita:

- Aquí tengo una carta de Juan, para cada uno de vosotros, fechadas el día once de julio, las cuales, por disposición de Juan, he de entregar en propia mano, no antes de los seis meses de su fallecimiento. Esta es la razón por la que os he citado. Te entregó esas cartas el día siguiente de declararme su dolendcia.

- Te las entregó al día siguiente de declararme su dolencia, porque hasta el día diez de julio, nada me había comentado. Nunca me comentó nada sobre la existencia de esas cartas.

- Ese día se presentó aquí, en el despacho, sobre las doce de la mañana, diciéndome como estaba. Me entregó otra carta para tu tía Justa y sus hijos, que yo mismo se la llevé al pueblo después del fallecimiento de Juan.

En dicha carta, le rogaba a Justa que te acompañase en tu casa, al menos, seis meses después de su fallecimiento, o hasta que quisierais estar juntas.

- Por eso tía Justa, se vino del pueblo. Nada me ha comentado sobre esto.

- Si queréis, leo las cartas –Insinuó el notario.

- La mía, démela, ya la leeré –Replicó Luís.

- La mía, mejor léela… Por favor –Respondía Luisita con cierta inquietud.

- Dice así:

- “Mi querida Luisita: A través de ésta, y por mediación de Carlos, quiero darte las gracias, una vez más, por lo feliz que me has hecho en mi corta vida. Mil veces que dijera ¡gracias!, ¡gracias!, no sería suficiente para demostrarte todo mi agradecimiento, por todo el amor, alegría y dulzura que me has dado durante estos años pasados, y por lo feliz que he sido a tu lado.

Quiero darte las gracias también, porque con tus formas y maneras me has enseñado a dar amor y muchas cosas más. Me hubiera gustado tener la fe que tú tienes, para haberla compartido juntos, puesto que cuántas veces has intentado comentar conmigo sobre temas espirituales, encontrándote con mi rechazo; pero, Dios sabra… Si yo no he sido creyente, tú lo has sido por los

dos. Estoy seguro de que me encontraré con Jesucristo, porque tú le dirás o le habrás dicho que salga a mi encuentro y me reciba… Y, sin ninguna duda, seguirás ofreciendo y pidiendo por mí. ¡Gracias, Luisi!

Cuando te conocí, en el cumpleaños de Javier, en Los Santos de la Humosa me dije: "esta es la chica de mi vida", y no me equivoqué. Después, la vida se encarga de desbaratar nuestros planes, destruyendo ilusiones y promesas. No sabes cuanto siento separarme de ti; por una separación no querida ni esperada, no puedo seguir dándote mi cariño ni recibiendo el tuyo. Ya ves, con tanto como te he amado y te sigo amando; en contra de nuestra voluntad tenemos que terminar así, dejándote sola... ¡Sola! Luisita. ¡Sola…! ¡Esto se me clava en el alma! Es lo que más me duele; más que mi enfermedad. "Será la Voluntad de Dios…" Como tú dirías; pero… ¡no lo puedo soportar!

Me apena muchísimo esto de dejarte sola, sin tus padres, sin tu hermana ni otros hermanos; por lo que te ruego: Medita si te convendría casarte con mi hermano Luís. Te he dicho algunas veces que os consideraba como dos almas gemelas, en bondad, sentimientos y virtudes. Creo que seríais felices, dándoos mutuo amor el uno al otro, porque vuestros corazones son auténticos manantiales de amor, y no saben hacer otra cosa que no sea amar y dar amor. ¡Piénsatelo, Luisi! Escucha lo que tu corazón te diga y obra en consecuencia. Yo solamete puedo aconsejarte, deseando tu bien y tu felicidad.

Si llegaras a casarte con Luis, ámale con todo tu corazón. Él es muy bueno; creo que te haría feliz. Sé, que tú también le harías feliz a él, como a mí me hiciste. Si no te casaras con él, siempre tendrás en Luis a un hermano, dispuesto a ayudarte en todo momento. Confía en él, y medita esto que te digo pensando en tu felicidad, porque tú tienes derecho a ser feliz.

Sí, Luisita. La vida continúa, y la tienes que afrontar con valor, entereza y amor; como en difíciles momentos lo has hecho. Tú sabes de esto mucho más que yo, y espero lo pongas en práctica; porque tú eres fuerte, buena y alegre y, sobre todo, porque tú eres de Dios. Pero, ante todo, no te dejes dominar por la pena de mi ausencia que, aunque quieras suplirla con mi recuerdo, contigo no estaré; sintiéndote sola en muchos momentos, en los que te sientas necesitada de protección, compañía y cariño. Por ello, piensa y considera si serías capaz de amar a Luis y compartir tus sentimientos, tu amor y tu vida con él. Tengo la impresión de que mi hermano te admira y te ama.

Tú eres muy buena, y te mereces que alguien te ame como yo te he amado y que te haga feliz, como creo que yo te hice, o incluso más de lo que yo logré hacerte. Sobre todo, no te dejes impresionar o seducir por desonocidos y lejanos "cantos de sirena" que puedan llegar a tus oídos con aduladoras

"canciones" y falsas promesas. Por eso vuelvo a repetirte: ¡Confía en Luis, nunca te fallará! Siempre te ha tratado con mucho respeto y cariño…

¡Por todo "aquello" que te ofendí y molesté…! ¡perdóname, Luisi! Sé, que me comprendiste y me perdonadonaste, porque tú naciste para amar y perdonar. Nunca cambies, por mal que la vida te trate. Nunca pierdas la sonrisa. Nunca dejes de sonreír y de amar al prójimo. Entrégate a los niños del Colegio con todo tu corazón, como si fuesen tuyos. Sigue creyendo en Dios y en el amor, porque éstas son las razones de tu vida que, unidas a la pureza de tu alma y sentimientos, te convierten en un ser excepcional.

Te repito que espero encontrarme con Jesús y con la Virgen María, de la que tanto me has hablando. Si te llegaras a casar con Luís, les diré que os concedan unos hijos a los que tú puedas amar y ofrecérselos a Él.

Tú, ¡Luisita! ¡has sido el amor de mi vida…! ¡Y lo seguirás siendo por toda la eternidad! ¡Adiós, mi vida! ¡Te quiero Luisi!

¡Con todo mi amor!

Juan.

Cuando Carlos Rubio, el Notario, terminó de leer la carta, Luís estaba pálido, inmóvil, como un estatua; como si llevara un tiempo, durante la lectura de Carlos, que no había escuchado. Luisita, también inmóvil, lloraba en silencio, con la mirada fija en el suelo de aquel despacho; sus lágrimas caían por sus mejillas sin que ella hiciera nada por secarse los ojos. El Notario, siendo protagonista de aquella emotiva y conmovedora escena, les contemplaba también emocionado. Habiendo pasado como un minuto o poco más, que se hizo eterno, Carlos se levantó, avanzando unos pasos, poniendo una mano en el hombro de Luisita, dirigiéndose a esta:

- No llores, Luisita. Tú eres fuerte; a Juan no le gustaría verte llorar. Tienes que sentirte orgullosa. ¡Has estado casada con un gran hombre, y excelente persona! ¡A quien he tenido gran estima, y la fortuna de tenerle por amigo!

- ¡Dios mío! ¡Dios mío…! ¿Por qué? –así decía Luisita sollozando-. ¿Por qué? ¡Juan, Juan! Te seguiré amando… como si amase a…

Sin poder terminar la frase, Luisita rompia a llorar desconsolada.

EPÍLOGO

Para cuantos conocían a Luisita, no era ningún secreto el saber o conocer, la facilidad que esta tenía para reponerse de las duras adversidades de la vida o pruebas queridas por Dios que, desde chiquilla, había tenido que superar. Adversidades que después de pasadas, fortalecían su alma y su espíritu. Así se lo manifestaba ella a su amiga Lucía, cuando ésta le preguntara sobre si el sufrimiento, fortalecía su ánimo, su forma de ver la vida y su fe, o por el contrario… Contestando Luisita: "Mi ánimo, es como esos árboles solitarios, altos y delgados que, ante un vendaval, se balancean luchando contra el viento para que no le tronche ni le tumbe, y que, después de pasado el huracán, las raíces han cobrado más fuerza teniendo el "orgullo" de haber quedado vencedor". Otro tanto le ocurría con su Fe y su confianza en Dios.

También ella tenía bien presente que "detrás o por encima de los negros nubarrones de toda tormenta, está el Sol con todo su esplendor." Teniendo en cuenta que, "cuando los nubarrones o tormentas han pasado, vuelve el Sol a inundarlo todo con su luz y su calor". Sin haber olvidado las palabras de su madre: "No te dejes dominar por el dolor". "No busques felicidades mundanas que puedan ofender a Dios, te conducirán a tristes amarguras".

Con este bagaje a sus espaldas, también sabía Luisita que el complacerse en el propio dolor, solamente conduce a un aumento de la pena y a una autocompasión victimista, de la que es poco menos que imposible poder salir; por ello, en esta ocasión, no tardó mucho en recuperarse. Si bien, la pérdida de sus seres queridos, había dejado profundas huellas en su alma; como todas las heridas dejan cicatrices, como muestra o señal de que todo pasa y la vida sigue con sus luces y sus sombras, con sus tristezas y alegrías, con sus risas y sus llantos; donde cada cual ha de hacer su propio camino,

superando obstáculos y adversidades que todo el mundo tiene; que nunca uno mismo es el más desgraciado o desafortunado de la tierra, porque lo mismo para el bien que para el mal, para reír o llorar, a todo hay quien gane… y aún dentro de la desgracia, siempre cabe dar gracias a Dios, porque toda desgracia puede ser mayor.

No son pocas las veces que almas nobles y puras, queriendo vivir conforme a la Voluntad de Dios, procurando por todos los medios no ofenderle, como era el caso de Luisita que, entregada en cuerpo y alma al Amor de Dios, tuvo que soportar el dolor y el sufrimiento, con el mismo sentimiento que años más tarde le manifestara con sus palabras su amiga Lucía: "Tu Cruz y tu dolor, son una prueba para fortalecerte en tu seguimiento a Cristo y para el bien de otras almas". Esto, Luisita, lo tenía asumido desde niña; pero le agradaba que alguien también lo entendiera así; porque no son pocas las personas que contemplando el dolor o el sufrimiento en sus semejantes, maliciosamente, lo enjuician como Castigo Divino, sin tener en cuenta que Dios, en su Divina Providencia, procura conducir a las almas hacia Él, por mil caminos diferentes; con mil modos y maneras diferentes que, con su Infinito Amor, muestra a disposición de las almas, A estas les corresponde tomar o rechazar, para su bien o para su mal.

Por otra parte, nunca sabremos cuántas son o cuántas serán las almas que, en virtud del sufrimiento de sus semejantes, unidos a los méritos de Cristo y, en su nombre, ofrecidos al Altísimo en beneficio de otras almas, han gozado o están gozando de tales anónimos ofrecimientos, distribuidos por la Misericordia Divina.

= = =

Como esa madre que viendo caer a su hijo pequeño, le deja solo para que él se levante y fortalezca ante las dificultades; sabiendo también que las personas que buscan a Dios, es en soledad donde mejor se encuentran con Él -como así le ocurría a Luisita-; Lucía, estuvo casi dos semanas sin tener contacto alguno con su amiga. Cuando hacía poco más de dos meses del fallecimiento de Juan, Lucía y Susana acudieron a visitar a su amiga; cuando esta les abría la puerta, sus amigas quedaron un tanto sorprendidas por el cambio que manifestaba su semblante, diciendo Lucía:

- ¡Esta es mi Luisita! ¡Pero que bien te veo! Te admiro, ¡eres formidable! Tú, nunca caerás en depresiones. Si la cara es el espejo del alma, tu cara refleja una serenidad, una fuerza interior y una paz, fuera de lo común; para

mí quisiera tener la entereza y la paz que tienes tú frente a las dificultades, para poderla trasmitir a los pacientes que a diario trato en el Hospital.

- Vale, Lucía, no es para tanto, que la "procesión" va por dentro. No se puede ir por la vida con cara de víctima, ante quien se le acerque a una; como pidiendo compasión. No tengo porqué descagar mi pena en los demás. Mi dolor es mío, y es para mí, y soy yo quien lo tengo que aceptar y superar. El Señor me lo dio. Él sabrá los planes que tiene sobre mí.

- Los planes que sobre ti tiene el Señor, sólo Él los conoce; pero uno de esos planes Divinos ya le has cumplido. Transmitir a Dios a través del amor, es la mayor obra de las almas. Esto es lo que tú has hecho con Juan. Fue el Señor el que os puso a cada uno de vosotros en el camino del otro, para que, a través de tu amor, él se convirtiera. Sí, Luisita. La conversión de tu marido ha sido obra tuya y del amor que tú le diste.

- No lo sé; puede ser por lo mucho que por él pedí y ofrecí. No podemos saberlo; pero a través del sufrimiento, también se manifiesta el Señor con todo su amor. Juan ha sufrido mucho; mucho más de lo que podáis imaginar, y ese sufrimiento suyo le condujo hacia Dios por el camino de la humildad, que es el único y verdadero camino para llegar hasta Él. Esto tú lo sabes, Lucía. ¡Donde no hay humildad, la Gracia de Dios no se manifiesta!

- No te quites méritos –replicaba Susana-. Estoy segura de que Juan descubrió en ti algo más que un normal amor entre esposos. Bien es cierto, que allí donde hay un corazón que sufre, allí está Cristo para recoger sus lamentos. Pero cuando ese alma sufriente tiene a su lado a alguien que por amor hacia él, ama y sufre con un comportamiento que podría decirse sobrenatural, como ha sido tu caso, la Gracia de Dios puede manifestarse y hacer el milagro. De todos modos, en los momentos difíciles es cuando las personas manifestamos lo que somos. Tú, mi querida amiga, has pasado por unos trances muy dolorosos, demostrando ante tu esposo y ante todos los que te conocemos y a tu lado estamos, lo que eres y lo que vales; y la firmeza de tu fe en Dios, convierte a tu corazón en su Sagrario Viviente; manantial de puro amor que alcanza a cuantos a tu lado estamos, y del que, el primer beneficiado ha sido Juan, tu marido. No tengas duda.

Mirando fijamente a su amiga, con profundo cariño reflejado en su semblante, continuaba:

- Dices, que a través del sufrimiento y el dolor también se manifiesta Dios. Sin duda; estoy de acuerdo contigo. Tal vez podría ser ese el origen de tu fe. A tus once años estuviste "crucificada" dentro de una funda de escayola durante meses. Tenías doce años cuando, tirada en plena calle, contemplaste

la muerte de tu hermana. Ya no tengo duda sobre ti, mi querida Luisita. También hay quien dice, que "la mejor "escuela" para educar y formar a la almas, es el sufrimiento y el dolor". Si así fuera, tú pasaste por esa "escuela" siendo niña. Desde entonces, Cristo te acompaña y cuando le parece te entrega la Cruz. En varias ocasiones quise preguntarte: "¿De qué "pasta" estabas hecha?"; pero, ya tengo la respuesta: "Dios está en tu alma".

Luisita, emocionada, no sabía si reír o llorar. Estando presente la tía Justa, dirigiéndose a Lucía y Susana, intervenía en aquella conversación con intención de "aclarar" posibles dudas que estas amigas pudiesen tener sobre su sobrina, comentaba:

- Permitidme que os cuente: Mi madre, siendo joven, allí en el pueblo, fue al monte, cortando una rama de un árbol hizo una cruz que colgó de una pared de su dormitorio, diciendo: "A esta cruz de madera le falta el Crucificado… Tengo que ser yo". Ella no fue "crucificada"; no tuvo mucho sufrimiento. En aquella cruz que sigue colgada en la pared de la casa del pueblo, y que, a mi parecer, mi madre no llegó a "ocupar" en nungún momento; es muy posible que, desde hace tiempo, esté siendo "ocupanda" por mi sobrina como "herencia" de su abuela. También os diré, ante las preguntas que os hacéis sobre ella: Mi hermana Esperanza, madre de Luisita, estando recien casada, ante un viejo cuadro de la Virgen de los Dolores que se conserva en la casa del pueblo, ofreció a la Santísima Virgen los hijos que pudiese tener, para que fuesen nacidos del amor. Cuando quedó embarazada de sus hijas y cuando sus hijas nacieron, también las ofreció y consagró a la Santísima Virgene. Así que, no os hagáis mas preguntas sobre Luisita; ella pertenece a ese grupo de hombres, mujeres y niños que, quizá, sin ellos saberlo, fueron "nacidos del amor".

NOTA FINAL

Al finalizar la lectura de este sencillo relato, puede quedar una amarga sensación de pena o tristeza, por haber leído unos episodios que "es imposible -puede decirse- que ocurran en la vida real". Porque "estas cosas" sólo suceden en los cuentos y novelas, en los que el autor pretende impresionar o entristecer a los lectores. No. No ha sido ésta mi intención. Sino la de mostrar y hacer ver que el dolor y el sufrimiento, y las contrariedades de la vida, de las que antes o después nadie se ve libre, se sobrellevan mucho mejor amando que llorando; confiando en Dios y en su Providencia que renegando de El, o maldiciendo la suerte.

En NACIDOS DEL AMOR, el lector puede deducir sus propias conclusiones. Bien es verdad que, en su contenido, se manifiesta dolor y sufrimiento; pero también mucho amor, y mucha fe y confianza en Dios. Presentando a Luisita como el prototipo de la joven que por novia no pocos jóvenes quisieran tener; la hija en la que los padres quisieran mirarse; la esposa con la que compartir el amor y la vida… Manifestando en ella y en su comportamiento, cómo la bondad, la alegría y la paz, solamente nacen en los corazones que saben amar.

Es mi deseo manifestar al estimado lector, que no siempre fui creyente; que jamás pensé escribir semejante libro; y, hasta es posible que, en otro tiempo, no lo hubiese leído. Cierto es que la vida misma es una "universidad" donde estamos "obligados" a estudiar o cursar nuestra propia "carrera"; donde lo que hoy ignoramos o no comprendemos, un mañana no lejano nos sorprende mostrando con suma claridad, poniendo al alcance de nuestro fácil entender o conocimiento "aquello" que, en otros tiempos, era tan difícil de admitir o comprender; "algo" que sólo podía ser para otros, no para nosotros; porque los otros, casi siempre, suelen ser direrentes… (!)

Me he sentido con la obligación de dedicar a los míos más cercanos, este sencillo libro; no obstante, mediante esta NOTA FINAL, quiero dedicárselo, de un modo especial, a todos aquellos que, de alguna manera, pasan por circunstancias o momentos difíciles, y también a todas las personas que aman, teniendo en cuenta que, «solamente los sencillos que saben amar, gozan de la paz que el amor produce».

J.F.G.A.